

ESFINGE



COELHO NETO

Sobre esta edición

Obra original: *Esfinge* – Coelho Neto, 1908.

Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.

Nota legal: La obra original en portugués se encuentra en dominio público. Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución Compartir-igual 4.0 Internacional (CC BY SA 4.0).

Para consultar los términos de esta licencia visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.pt>

Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español y se publique bajo la misma licencia o derechos e autor equivalentes.

Aunque el texto original en portugués es de dominio público, el texto base de esta obra es una transcripción bajo licencia CC BY SA 4.0 tomado de Proyecto Adamastor, un proyecto para la difusión de la literatura clásica en portugués.

La portada también es tomada de Proyecto Adamastor bajo licencia CC BY SA 4.0 aunque la pintura *Figuras Sobrepostas* que aparece en ella sí se encuentra en dominio público.





Coelho Neto

CAPITULO 1

La pensión Barkley, en la calle Paissandu, tenía la celebridad honesta de un hogar familiar.

Discreta, sin anuncio alguno, ni siquiera una placa en el portal de granito, cómodamente instalada en un edificio antiguo y vasto, parecía dormir un sueño encantado a la sombra del arbolado, en el fondo del jardín, donde una pequeña cascada de piedra alegraba el silencio con un leve, perenne y fresco murmullo de agua.

Pérgolas cubiertas de jazmines y rosas rodeaban rincones apacibles, y las avecillas, atraídas por la quietud, tejían con seguridad sus nidos en las ramas musgosas, en los setos de acalifa o de cedro. Miss Barkley, todas las mañanas, a la hora del pan, ya dispuesta y con toda la casa en orden, les dedicaba una lenta mirada, como si considerara aquellas frágiles cunas de paja y plumas aposentos también sujetos a su vigilancia. Más allá del edificio, al final de una alameda de acacias, había un pequeño chalé que la inglesa, con su gusto sobrio y su meticulosa limpieza, había alfombrado, amueblado y preparado para Frederico Brandt, profesor de piano, crítico musical y compositor eximio.

En aquel refugio, el artista, que solo disponía de la noche para estudiar —porque las horas del día apenas le alcanzaban para dar clases en barrios distantes—, podía repasar sus clásicos y componer en sus momentos de inspiración, al estilo misterioso y nostálgico de Grieg, sin incomodar a los huéspedes reacios a la música, como el viejo comendador Bernaz, quien ocupaba las mejores habitaciones del primer piso, al frente, con su reumatismo y sus cuantiosos ahorros a interés.

Miss Barkley realizaba con el silencio el prodigio del orden. Ante un gesto suyo o el destello de sus ojos azules acerados, que los lentes encendían aún más, los criados se inclinaban sin ruido ni atropello, cada cual en su servicio. Si ella descendía al jardín, paseando

lentamente la mirada, se diría que los pájaros cantaban con más vivacidad y que las rosas florecían más hermosas; la misma agua de la cascada, siempre escasa en su tímido fluir, parecía correr más abundante, con un sonido más alto, bajo la sombra húmeda de los helechos y plantas ornamentales.

Era una mujer alta, delgada, angulosa y rígida. Sus lisos mechones color ámbar, tirantes, le afinaban aún más el rostro. La boca redonda daba la impresión de estar siempre silbando; el mentón agudo se levantaba como atraído por la nariz aguileña, afilada como una hoz. Hablaba poco y su rostro, severo y duro, era impermeable a la sonrisa. Décio, estudiante de Medicina en cuarto año, que solía visitar al pianista y escandalizaba la casa con su alegría desbordante, definía en una frase breve a la inglesa erguida y reseca: «Es un hombre atrapado en el cuerpo de una mujer». Pero le alababa el tino, la capacidad administrativa, la austeridad puritana y el culto exaltado por Tennyson.

Alma escarpada, aparentemente estéril, como un peñasco sin aristas, completamente desnudo y seco, era, sin embargo, adorada en el vecindario. Por la noche, diversas figuras atravesaban sigilosamente el jardín con paquetes: eran los desfavorecidos que venían por su ración diaria.

Más difícil que conquistar una ciudad bien artillada y abastecida era conseguir alojamiento en aquella casa de tanta simplicidad y modestia. Miss Barkley prefería conservar sus habitaciones vacías antes que alquilarlas sin todas las garantías. Solicitaba información y, al escucharla, sus ojos chispeaban revelando su sagacidad curiosa; solo después de convencerse, con pruebas, de la honestidad del solicitante, le entregaba la llave, con estrictas condiciones de moralidad y un reglamento con la lista de los gastos extraordinarios.

Residir en aquella casa representaba una alta recomendación: el recibo de la «Pensión Barkley» valía como fianza en el comercio y como carta de presentación en la sociedad. A pesar de la amplitud señorial del edificio, eran pocos los que gozaban de su tranquilidad,

del confort suave de sus sillones de arce, de la blancura perfumada de sus linos, de su sólida y abundante comida y de las flores de su jardín, que nunca faltaban en la mesa de la cena ni en las habitaciones de los huéspedes, siempre frescas.

En el primer piso, el gran salón y dos habitaciones estaban ocupados por el comendador Bernaz. Gruñón y hogareño, siempre refunfuñando, pasaba los días encerrado o, durante los intensos calores, aprovechando las mañanas y las tardes. Vestido de lino blanco y con un ancho sombrero de paja, salía al jardín buscando las sombras, siempre con libros viejos, o se refugiaba bajo las pérgolas para dormir la siesta. Era el huésped más antiguo; se decía incluso que él había adelantado el capital a Miss Barkley, razón por la cual ella lo trataba con una confianza y un cariño casi afectuoso.

Miss Fanny, profesora, tenía su habitación frente a la de Miss Barkley: un cuarto amplio que daba al patio central lleno de macetas y con ventana al jardín. Pasaba los días fuera, regresando por la tarde de su peregrinaje por el barrio enseñando a los niños, difundiendo las reglas e inculcando la pronunciación del inglés, además de dar clases de historia, geografía, dibujo y música.

Siempre con su bolso repleto de folletos ingleses, al ver a un pequeño en algún jardín lo llamaba y, a través de las rejas, le entregaba uno de los opúsculos mostrándole las figuras; a veces añadía a la oferta lápices de colores o tarjetas, y seguía apresurada, haciendo sonar fuertemente las suelas al andar. Los domingos reunía grupos bulliciosos de niños y los llevaba a los jardines públicos o a las playas. Alegre y risueña, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, corría con ellos por el césped, entre los árboles o a lo largo de la arena húmeda, fortaleciéndolos al sol, entre el aire puro de los bosques o el aliento salino que venía del océano azul. Era pecosa y sufría de migrañas, por lo que siempre llevaba un frasquito de sales y cápsulas en el bolsillo. En la mesa hablaba inglés o, a regañadientes, destrozaba el portugués con gestos de repulsión, haciendo rodar las palabras en la boca como si le causaran náuseas.

En una de las habitaciones que daban a la galería se encontraba Alfredo Penalva, estudiante de Medicina de quinto año. Era muy reservado, aunque cierta mañana el jardinero lo encontró tendido en una pérgola roncando, con un paquete apretado contra el pecho. Cuando lo levantó en vilo, apelando respetuosamente a su decencia, el paquete se le cayó de las manos, se deshizo y varios huevos duros rodaron por la grava.

En el piso superior, cerca de la escalera, yo tenía mis aposentos: una salita y un dormitorio. Al fondo, en amplios salones, vivía Péricles de Sá, viudo, contratista de obras y fotógrafo los domingos. Al frente, ocupando el salón y tres piezas —incluido el balcón atestado de macetas como un jardín babilónico—, residía el apuesto y excéntrico James Marian.

Y estaba Basílio, un tenedor de libros... Tenía, en el primer piso, un cuarto ascético que era la desesperación de Miss Barkley, porque el hombre insistía en mantenerlo desordenado, con los libros esparcidos y los periódicos y revistas por el suelo. Vociferaba cuando, al entrar, veía los volúmenes alineados, los periódicos apilados y las pipas en su repisa. Una vez estuvo a punto de mudarse porque Miss Barkley, con su afán de orden, instaló en el cuarto una estantería de hierro y, pacientemente, con verdadero placer, acomodó allí todos los libros.

En el sótano, al frente, vivían tres jóvenes ejemplares: uno, estudiante de Derecho, llamado Crispim; los otros dos, hermanos, Carlos y Eduardo, de ascendencia inglesa y empleados en una casa importadora. Miss Barkley se levantaba a las cinco de la mañana en invierno y a las cuatro en verano, y a las seis la casa ya resplandecía de limpieza.

Los huéspedes se trataban con familiaridad; solo el inglés del segundo piso, el apolíneo James Marian, se retraía de toda convivencia. Siempre sombrío y callado, aparecía rara vez en el comedor a la hora de las comidas; prefería comer solo en su habitación o en el jardín, en una pequeña mesa de hierro bajo las acacias, con champán enfriándose en un balde mientras escuchaba a

los pájaros. Los domingos, muy temprano y vestido de blanco, salía con su raqueta de tenis o con el bolso donde llevaba su indumentaria para el fútbol.

Era, en verdad, un joven apuesto, alto y fuerte, erguido como una columna. Pero lo que sorprendía de inmediato, por el contraste en ese magnífico atleta, era su rostro de una belleza suave y femenina: la frente despejada, serena y como dorada por los rizos que caían graciosamente sobre ella; los ojos grandes, de un azul delicado y triste; la nariz recta y la boca pequeña y roja. El cuello, redondeado y blanco como un tallo, sostenía aquella cabeza de Venus sobre los robustos hombros de un Marte.

El comendador, que no lo veía con buenos ojos, lo llamaba despectivamente “el Muñeco”, y Basílio, siempre mordaz, no lo soportaba, pues lo encontraba ridículo con esa cara de maniquí de peluquería. James había llegado con un equipaje digno de un lord y excelentes recomendaciones de Smith & Brothers. Miss Barkley lo admiraba y, por las noches, en la galería, escuchaba con deleite sus relatos sobre viajes por tierras bárbaras, caravanas, cacerías de gran riesgo en los juncuales de la India, luchas contra tribus en el Sudán y aventuras de toda índole. Conocía el mundo y solo le faltaba visitar alguno de los polos para contemplar los extremos fríos de la tierra, escuchar el rugido del oso y ver el paso de los renos sobre los témpanos errantes.

Los huéspedes se resentían por la indiferencia y los modos secos de James; lo consideraban maleducado.

—Si tiene dinero, que se lo coma —decía el comendador—, nadie se lo pide. ¡Qué sujeto tan rudo! Ni siquiera da los buenos días... Cree que trata con la gente de África... ¡Se equivoca!

Miss Fanny intervenía, intentando apaciguar los ánimos con su voz infantil y su portugués maltratado:

—Él es distinguido. Solo un poco tímido, vergonzoso... Háblenle...

—¿Hablarle? ¿A quién? ¿Al Muñeco? ¡Por Dios!

Décio, mientras almorzaba un domingo en la pensión, mencionó al hermoso inglés que había visto:

—Imaginen: la más bella cabeza de mujer sobre el tronco formidable de un Hércules de circo. La belleza y la fuerza. ¡Toda la estética personificada!

—Pues sepa, amigo mío —replicó el comendador, removiendo lentamente su ensalada de papas—, que toda esa "estética", como usted dice, es el mayor patán que hay bajo el cielo.

—¿El comendador lo conoce?

—¿Que si lo conozco? ¡Si vive aquí!

Décio abrió los ojos y exclamó, casi a gritos:

—¿Aquí?!

—Sí, señor. Si no me cree, pregúntele a Miss Barkley.

La mujer bajó la vista, sonrojada. Pero alguien se atrevió a contradecir al comendador; fue Frederico Brandt:

—No es grosero, es tímido —dijo el pianista mientras se servía pescado, captando la atención de todos.

—¿Tímido?! —exclamó Basílio frunciendo el ceño—. ¿Por qué habría de ser tímido y no simplemente un grosero?

—Lo explicaré —respondió Brandt. Miss Fanny dejó los cubiertos, interesada, y todas las miradas se fijaron en el rostro moreno del profesor—. Una noche, mientras estudiaba la Patética de Beethoven, me pareció escuchar pasos cautelosos en el jardín que luego se alejaban. Corrí a la ventana, la abrí y, a la luz de la luna, reconocí a Mister James. Me quedé allí un momento contemplando la noche, luego volví al piano y toqué hasta tarde. Cuando me levanté para cerrar la ventana, él subía lentamente por la galería. Después de esa noche, nunca faltó a mis horas de estudio; ahora toco con la certeza de que él está por ahí, entre los árboles o en algún rincón, escuchándome. Siento que me conoce, me observa. Nos cruzamos todos los días, aunque nunca me ha dirigido la palabra.

—Es un romántico —concluyó Décio.
—¡Es orgullo! —bramó el tenedor de libros.
—No es orgullo, es timidez —insistió Brandt.

Décio lo secundó:

—Puede ser. Por lo general, esos colosos son tan tímidos e ingenuos como niños. La verdadera fuerza es simple, como la naturaleza misma.

—¡Bah, la naturaleza! —replicó el comendador—. La naturaleza no tiene la obligación de ser educada, pero un hombre sí; debe ser cortés. Se entiende que nadie se rebele contra las palmeras de la calle porque no se apartan al pasar, ni contra la lluvia que nos moja; pero un hombre que vive entre hombres tiene el deber de la cortesía. Ahora bien, que un tipo pase junto a mí, todo tieso, haciendo ruido al caminar y sin siquiera tocarse el sombrero... ¡eso es una grosería! ¡No lo tolero!

—¡Es un idiota! —resumió Basílio, estallando en carcajadas.

Pérgles de Sá, que se había mantenido en silencio, carraspeó. Penalva se atragantó y comenzó a toser, mientras que los dos hermanos, Carlos y Eduardo, muy colorados, sofocaban la risa con sus servilletas. Miss Barkley frunció el ceño, resentida, y sus ojos centelleantes se dirigieron al tenedor de libros, que masticaba con furia. Reinó un silencio que Brandt interrumpió diciendo:

—Yo mismo soy así: solo hablo cuando conozco a alguien.

—¿Y a nosotros no nos conoce? ¿Acaso no vive aquí?! —gritaron al unísono, con igual furia, el comendador y Basílio.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? No hay excusas ni pretextos. ¿Acaso quiere defender al hombre solo porque escucha su música? ¡Por favor!

—Yo no busco audiencia, comendador. Cuando la quiero, anuncio un concierto.

Hubo un momento de incomodidad y miradas cruzadas; se palpaba el

malestar. Miss Barkley intervino justo a tiempo:

—¡Oh, señores, qué discusión! ¿A qué viene esto? Con un día tan radiante, de verdad... Olviden a Mister James y sus excentricidades. Los ingleses son así, tienen neblinas en el alma. Dejen que salga el sol y lo verán alegre como un pájaro. Almorcemos en paz.

Aún discutían cuando sonó la campanilla. El criado subió al segundo piso y regresó para informar a Miss Barkley que Mister James solicitaba el almuerzo en su habitación, acompañado de champán.

Al día siguiente, un lunes brumoso y ventoso, Basílio, al bajar a almorzar, encontró a Miss Barkley en el vestíbulo, donde tenía su escritorio protegido por un biombo. Entre ambos se produjo un intercambio de palabras a propósito del incidente ocurrido la víspera en la mesa.

—Usted comprende: tengo jóvenes aquí y necesito mantener el respeto.

—Tiene razón, Miss; yo soy de temperamento fuerte, es mi carácter. Pero no se preocupe, no volveré a hablar de ese hombre: para mí está muerto. Y escuche, dígame a Alfredo que no me toque la mesa, que deje todo como está —era su defensa del desorden.

Una noche, mientras escribía, me pareció escuchar gemidos y luego el golpe de un cuerpo en la habitación del inglés. Me puse alerta, escuchando; como los gemidos continuaban, salí al pasillo y avancé hasta la puerta del salón. Estaba abierta y había luz. Los gemidos cesaron y ya me disponía a volver cuando vi aparecer a Mister James, más pálido que nunca, con los ojos desorbitados por una expresión de pavor, la boca entreabierta y su hermoso cuello blanco al descubierto bajo el cuello de la camisa de seda.

Al verme, corrió hacia mí, me tomó de las manos y me arrastró hasta el sofá, donde se dejó caer jadeando. Aturdido por aquel imprevisto, me quedé sin reacción, observando a aquel hombre que forcejeaba con el cuello de su camisa como intentando aflojarlo, agitando la cabeza

con una desesperada necesidad de aire. De repente, fijando en mí sus grandes y maravillosos ojos, sonrió con una dulzura femenina, extendiendo los brazos sobre el respaldo del sofá y dejando caer su cabeza dorada y revuelta.

Le tomé el pulso: estaba acelerado; toqué su frente: estaba fría como la nieve. Me senté a su lado y le pregunté:
—¿Qué siente?

Se agitó, estiró las piernas y le castañetearon los dientes con fuerza. Sobre la mesa había una botella y vasos: whisky. Se lo preparé con agua y se lo ofrecí. Bebió a sorbos espaciados. Permaneció algún tiempo inerte, con los ojos cerrados, como si durmiera, respirando con dificultad; pero poco a poco recobró la calma y, sonriendo en un estado de éxtasis, empezó a pasarse la mano por el pecho mientras murmuraba palabras vagas. Se levantó de golpe y, de forma muy suave y afectuosa, me estrechó la mano: Thank you... Thank you...! Se mantuvo un tiempo en silencio, conservando mi mano entre las suyas; por fin se apartó, caminó por el salón, llegó al umbral de la galería y retrocedió vacilante, mirándome con extravío y sonriendo.

Me despedí, ofreciéndome para lo que fuera necesario. Él me acompañó a la puerta, muy agradecido, explicando que "era propenso a esos vértigos". Y me estrechó efusivamente la mano, sonriendo: Thank you! Thank you!

Regresé a mi habitación y esa noche no logré continuar con el trabajo que tenía entre manos. Estuve en la ventana fumando, leí un poco y me acosté insomne, preocupado por el caso; era ya de madrugada — cuando comenzaba el movimiento en la calle— cuando finalmente me dormí.

Por la mañana, al atravesar la alameda de acacias de camino al baño, descubrí a James en medio del jardín siguiendo con interés las idas y venidas de una avecilla que se instalaba en una rama para tejer su

nido. Al oír mis pasos, volvió el rostro. Yo iba a hablarle cuando lo vi alejarse lentamente, con los brazos a la espalda y la cabeza baja. Tal indiferencia me indignó. Definitivamente, el comendador y Basílio tenían razón.

Y nunca más volvimos a encontrarnos. Desde mi cuarto, por las noches, escuchaba sus pasos hasta tarde; a veces tarareaba, nada más. Una noche, mientras Brandt y yo paseábamos por la playa de Botafogo, lo vimos pasar en un carruaje abierto.

—Allá va el excéntrico —dijo el músico, arrojando a la calle la colilla del cigarro. Comentamos aquella vida misteriosa y yo le relaté lo sucedido aquella noche, "el vértigo", y Brandt, tras escucharme en silencio, dijo:

—Para mí, es un enfermo del alma. Quisiera que lo vieras de noche, cuando toco. El hombre viene hasta mi ventana y allí se queda horas y horas, escuchando. Hay ciertas piezas que lo irritan, no sé por qué; apenas las comienzo, se marcha nervioso, murmurando. Otras lo atraen, como la *Mélodie Nocturne* de Meyer-Helmund, por ejemplo; no me sorprendería verlo una noche entrar al chalet, escuchar y retirarse sin decir palabra. Beethoven y Schumann ejercen un verdadero influjo sobre él. Si quieres convencerte, ven al chalet y lo verás. Y lo más interesante es que Miss Fanny lo adora.

—¿Quién? ¿Miss Fanny?

—Sí. Incluso no sé si el hombre se queda en el jardín para escucharme o si mi piano es solo un pretexto. Conversan, pasean juntos. Los veo andar por allí hasta tarde.

—¿Miss Fanny?

—Pues sí.

—¡Vaya!... No es posible. ¿Miss Fanny? No lo creo.

—Cuando quieras convencerte...

—Mañana, entonces...

—Que sea mañana. Ve temprano: a las nueve.

—Trato hecho —y nos despedimos. Brandt se dirigía a un cumpleaños elegante; estaba en el programa con una Elegía y la Marcha de los Mistos.

La noche era sofocante. A lo lejos, sobre el mar aceitoso, los relámpagos iluminaban un cielo denso y agitado. Ráfagas de viento levantaban torbellinos de polvo.

La noche siguiente, a la hora convenida, entré al chalet. Brandt me esperaba hojeando distraídamente la partitura de Parsifal. El arreglo de la sala revelaba al artista: muebles amplios, suaves y confortables; otomanas y divanes de cuero verde con almohadas apiladas; el gran piano Bechstein de cola, abierto, y un armonio. Un alto biombo de jacarandá y seda con incrustaciones mostraba, en bordados de oro, una fantasmagórica escena ribereña llena de cigüeñas, algunas lejanas y otras apoyadas en una sola pata, mirando pensativamente los hilos temblorosos del agua. La alfombra mullida, de color púrpura, ahogaba los pasos silenciando todo ruido.

En un macetero, sobre una columna de loza, una esbelta palmera inclinaba graciosamente sus hojas en abanico. En las paredes había cuadros valiosos, grabados, retratos, máscaras severas de samuráis y porcelanas antiguas; una auténtica panoplia dispuesta en torno a un escudo con un morrión en lo alto y, radiando en forma de trofeo, flechas indígenas, cerbatanas, macanas y lanzas. Todo estaba dispuesto alrededor de un vistoso penacho de plumas, flanqueado por un cinturón de fibra de tucum con flecos de campánulas de coco y una brillante cabellera negra, larga, que caía como la abundante cola de un potro salvaje.

Las estanterías de música rebosaban de álbumes. Un cortinaje verde cubría la puerta de la habitación. Brandt abrió una de las persianas y enseguida una rama de jazminero, estrellada de flores, se inclinó con familiaridad invadiendo el aposento. La luz de la luna parecía de nieve.

Afuera, en la orilla, los árboles producían un susurro de sedas arrugadas y, a intervalos, gritos agudos y lacerantes herían el silencio. Era en la vecindad: una señora lanzaba gorjeos en un falsete histérico.

Brandt sonrió y, tomando un álbum de la estantería, lo abrió sobre el piano y se sentó, diciéndome con serenidad:
—Voy a atraerlo.

Recorrió el teclado y permaneció un momento recogido, con los ojos levantados, como esperando la inspiración... Sus dedos se movieron suavemente, serenos, dibujando en el alma esa delicada Pastoral de Beethoven. Los sonidos iban cantando, esparciendo la poesía divina, abriendo el sentimiento hacia el misterio de la naturaleza, volando como mariposas del sueño hacia el reposo de la noche, confundiéndose con el perfume, allá afuera, en la serenidad mística del espacio adormecido bajo la luz de la luna.

Se me escapaba de la memoria la razón de aquel encanto, la causa de aquella fiesta armoniosa, cuando el pianista —que a cada instante se inclinaba lanzando la mirada al jardín— me advirtió, imprimiendo más alma a la maravillosa sinfonía:
—¡Ahí viene!

Yo ocupaba la poltrona frente a la ventana y vi claramente la silueta blanca avanzar, ora en plena luz, ora velada por la sombra de las lánguidas ramas. Me incorporé en el asiento para ver mejor: nada; avancé hasta la ventana y miré. Allí estaba él, inmóvil, junto a una palmera, escuchando.

A lo lejos, otra silueta blanca, ligera como la neblina de las mañanas, parecía oscilar al final de la alameda de acacias, como mecida en un lento vaivén. Era Miss Fanny.

Y así permanecieron mientras la música sonaba. Al callar el piano, James dejó su sitio y se dirigió lentamente al encuentro de la profesora. Siguieron como visiones pálidas y se perdieron en la sombra, bordeando las pérgolas que la luz de la luna blanqueaba.

—Tienes razón. Es un idilio.

—¿Estás convencido?

—Es verdad.

—Ya ves que el inglés no es tan excéntrico como parece.

—Más de lo que parece, Brandt. Siendo tan apuesto y con la fortuna que posee, podría aspirar a más y dar a sus ojos el encanto de un rostro divino. Miss Fanny... has de admitir... es una excelente muchacha, no hay duda, pero...

—¡Quién sabe! Miss Fanny es inteligente, tiene una cabellera que la transfigura y el amor se contenta con poco. Hay quienes concentran la pasión en una sonrisa, en un gesto o en el sonido de la voz, abstrayendo todo lo demás. A veces se ama incluso el dolor. ¡Quién sabe! Las almas puras son profundas. Ninguno de los dos es vulgar: él es un excéntrico; ella, una idealista. La hermosura es vana. El corazón no ve, siente. La vista pertenece a la inteligencia, no al sentimiento; está en la cabeza... y la cabeza es lo que flota en la realidad. El corazón, en cambio, se sumerge en el misterio; es el ritmo. ¡Quién sabe! Pero dejemos esto. Ahora Schumann: *Rêverie* —y comenzó el preludio.

De nuevo, bajo la luna, blanquearon las dos siluetas. Con paso lento y pensativo, James, separándose de su acompañante, volvió a quedarse junto a la palmera, mientras Miss Fanny permaneció en el mismo punto donde había aparecido, inmóvil y blanca, como si fuera de mármol. Al terminar la sentida página musical, James, silenciosamente, retomó el camino para reunirse con la profesora y, fundidos en una sola mancha, desaparecieron en la sombra.

—¡Es curioso!
—¿Qué dices?
—No lo sé.

La noche avanzaba, serena y acariciante, con una luz de luna cada vez más blanca, como una flor que se abriera en el silencio. La brisa fresca movía las ramas, sacudiendo las flores que, fecundas o vírgenes, amaban esparciendo su aroma o recibiendo gérmenes. El perfume ascendía en una voluptuosa serenata: era el himno nupcial de las rosas sensuales, el epitalamio de las magnolias y los jazmines, la divina armonía de las corolas. Lánguidamente las ramas se inclinaban, y las sombras negras de los ramajes, al moverse sobre la arena de las alamedas, parecían centinelas del amor que ocultaban discretamente el coloquio nocturno.

Brandt, desde la ventana, repitió la frase:

—¡Quién sabe! Puede ser un puro amor espiritual, esa divina afinidad que establece corrientes de atracción entre almas distantes, haciendo que un hombre rubio salga del Friuli del Norte hacia los brazos morenos de una hija del país del sol. El pueblo llama a esa fuerza misteriosa "Destino". ¿Y por qué no "Simpatía"? La hermosura es una ilusión de los sentidos. Lo verdaderamente bello es solo el Ideal. La novia de Menipo es un símbolo. No hay hermosura que resista al tiempo, y lo Bello es eterno como el Ser. Te digo: hay ocasiones en que me siento ardientemente enamorado y la Mujer que amo —llamémosla Mujer, por ser la expresión de lo femenino— no vive, existe; es inmaterial y yo la siento. La veo en una ola de sonidos, como se ve el humo que sube de los incensarios. Me envuelve con su esencia y me da el puro gozo espiritual, que es el éxtasis, más dulce y fecundo que el espasmo efímero que engendra la muerte. Dirás que es la Melodía. No lo sé, yo lo llamo Amor. ¿Nunca has amado?

—Verdaderamente, nunca. He tenido impresiones fugaces.

—Fugaces... El amor es una idea fija: sube del corazón como sentimiento y se convierte en pensamiento en el cerebro. ¡Quién

sabe! Ese hombre encontró, tal vez, en Miss Fanny el complemento de su ser, su parte femenina. Eran dos ansias que se buscaban en el Ideal. ¿Acaso las palmeras no se aman a distancia?

—¿Y ya notaste, Federico, que el rostro de James no tiene un solo rasgo viril?

—Rostro de esfinge, amigo mío.

—Dices bien: de esfinge. Buenas noches, Brandt. Y gracias por el espectáculo.

—Si te agradó, vuelve —y, en la puerta, añadió—: Aún espero atraerlo hasta aquí. Orfeo dominaba a las fieras y detenía el curso de los ríos con su lira mística. No es mucho pedir que yo someta a un alma.

—Tienes el Arte todopoderoso. Hasta mañana.

Llegaba a la veranda, fragante y clara, cuando el silencio se abrió en sonidos de enternecida y conmovedora dulzura. Me apoyé en la balaustrada, escuchando. Era el arioso de Elsa, la descripción del sueño, el canto humilde de la Fragilidad fortalecida por la Fe, a orillas del Escalda, entre la crueldad pérfida de Federico y Ortruda y la indiferencia de los brabantones. ¿De dónde venía? ¿Qué voz lo esparcía por la noche con tanta dulce ternura?

Pero una exclamación extraña me estremeció:

O my soul! Where art thou, my soul...!

Lancé una mirada y vi la silueta blanca de James cerca de la pérgola, los brazos levantados hacia el cielo, en súplica, y, caída junto al borde de un cantero, como una ruina, Miss Fanny lloraba.

CAPITULO 2

Una mañana, en un alboroto esperanzador, Alfredo entró en mi cuarto muy risueño y, aún desde la puerta y jadeando, anunció que el inglés iba a almorzar abajo, con nosotros.

Había sido él quien llevó el recado. Miss Barkley estaba conmovida: había cubierto la mesa de flores, mandado traer del jardín macetas grandes de plantas y rondaba al cocinero, supervisando platillos, recomendando el sazón de las carnes y la frescura de los huevos y la lechuga para agradar al hombre difícil. Dos botellas de champán se enfriaban en la nevera, y aquel sudor que lo empapaba, pegándole el cabello, era producto de la carrera que hizo hasta el Largo do Machado en busca de chuletas de cordero y frutas para el postre.

—¿Pero entonces... en la mesa común? —pregunté con interés e incredulidad.

Alfredo, con la escoba y un trapo bajo el brazo, afirmó:

—Sí, señor. Y ya está allí desde temprano, en la galería, con un libro.

Qué pena que no fuera domingo para que todos disfrutaran la sorpresa. ¡Cómo habrían de lamentarlo, al enterarse del gran acontecimiento, Basílio, Péricles, Brandt, Penalva, Crispim y los dos inseparables hermanos! Y Miss Fanny, pobrecita... allá andaba charlando con los niños, de casa en casa, dibujando paisajes y ensayando sonatinas con el pensamiento puesto en él, esperando ansiosamente la noche. Solo el viejo Bernaz y yo íbamos a tener la incomparable fortuna de ver al divino joven morder la carne, beber el vino, saborear las uvas y sorber el café; quizá escucharlo y gozar el sonido de su voz.

Bajé al primer toque de la campanilla, que el mozo hacía sonar con furor de alarma, y enseguida noté los grandes cambios en la sala: lucía más alegre con el verdor de las palmeras, con el color vivo de las rosas aún cubiertas de rocío, con el brillo cerúleo de los cristales y, al centro de la mesa, resplandeciendo entre flores, una barca de plata entre tritones festivos.

Miss Barkley, muy esbelta y rígida, con sus lustrosos mechones impecables, iba y venía, ágil y silenciosa; sus lentes chispeaban atentos y sus dedos, incesantemente, arreglaban, disponían y alineaban: aquí una servilleta, allá un cubierto, más allá una flor. Sobre el mantel bordado se extendían caminos de mesa entretejidos de

seda y oro, en una opulencia de festín. En el aparador se alineaban las botellas y la hielera de cristal con la pinza en forma de garras.

James, en la galería, vestido de franela a rayas y repantigado en una silla de mimbre, leía un folleto. Pasé junto a él con indiferencia y me encaminaba hacia la escalera, admirando la pureza del cielo azul y el brillo de las palmeras al sol, cuando sentí que se levantaba para seguirme; por fin, me llamó cortésmente. Al volverme, lo encontré ya con la mano extendida; su hermoso rostro, de una piel blanca y fina como el jaspe, bajo la cual la sangre joven se transparentaba en tonos rosados, resultaba encantador con la sonrisa que lo iluminaba.

Nuestro apretón de manos fue verdaderamente afectuoso. Nos miramos embelesados, sin decir palabra: él se sonrojaba, yo sentía palidecer; como la sorpresa me detuvo en el descanso de la escalera, él se inclinó gentil y, con un gesto gracioso, me invitó a bajar, cediéndome el paso. Juntos, como amigos íntimos, pasamos al jardín donde la cascada (otra atención de Miss Barkley) brotaba con abundancia.

El jardinero, que cortaba el césped de los canteros balanceando el cuerpo al ritmo del machete, se detuvo súbito, pasmado y, quitándose humildemente el sombrero, se quedó mirándonos con el cigarrillo colgando en la comisura de la boca. No me pasó inadvertida la calva del comendador, que brillaba entre las hojas entreabiertas de una ventana siguiéndonos con asombrada curiosidad en el trayecto que hacíamos despacio, conversando entre los rosales podados.

Las cigarras cantaban alegremente, las mariposas revoloteaban posándose en los tallos temblorosos y el sol, rutilando en la arena, ablandaba lánguidamente el follaje en un desfallecimiento de voluptuosa fatiga. Y James, con su voz suave y acariciante, me preguntó si podía traducirle del inglés un escrito, una especie de novela... «¿Una extravagancia...?»

—Pues claro.

Me tomó del brazo y yo, cada vez más aturdido, temblando como si fuera arrastrado por un asesino por una callejuela oscura, lejos de

todo socorro, estaba íntimamente encantado con la propuesta que me dejaba en el umbral del arcano, ligándome, por la inteligencia, a aquel hombre extraño, cuya belleza era un misterio, mayor quizá que sus excentricidades.

—Tengo el manuscrito. La letra es desigual, no siempre clara, pero como nuestros aposentos son contiguos, cualquier duda, ¿no es cierto?... No hago cuestión de precio.

—¿Precio? ¿Cómo precio?

—Naturalmente. El trabajo es difícil, muy difícil.

—No, señor. No acostumbro a traducir. Nunca he traducido; si hago una excepción es por simpatía, sin otro interés.

—¡Oh! No... no... ¡El trabajo es difícil, muy difícil!

—Tanto mejor, ganaré con ello perfeccionándome en el inglés.

—¡Oh...! mi inglés...

—¿Es entonces una novela?

Se detuvo transfigurado, la boca entreabierta, fijando en mí sus grandes ojos tristes y, después de un momento, dijo en tono vago, sutil, como en confidencia de amor:

—Es... mi... novela.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Con voz apagada y temblorosa pregunté:

—¡Debe ser hermosa!

Se sonrojó, encogió los hombros, mordiéndose los labios y, como si le faltara el aire, sacudió ansiosamente la cabeza, que parecía de oro al sol.

—Pues estoy a sus órdenes. ¿Cuándo quiere comenzar?

—Cuando quiera.

—¿Mañana...?

—Sí, mañana.

—¡Es muy difícil! —repitió cabizbajo—. ¡Muy difícil!...

El tercer toque de campanilla nos hizo volver. Miss Barkley, inclinada en la veranda, alargaba la mirada por el jardín y, al vernos aparecer, dio rienda a la sorpresa:

—¡Oh! No sabía que se conocían.

—Sí, Miss... pues sí, una noche...

El viejo Bernaz, que había vestido la levita, arrugaba el rostro en muecas por las punzadas de los callos y no perdí la mirada de odio que me lanzó, como a un traidor, al verme con el inglés. James se inclinó ante él, obteniendo apenas, como respuesta, un gruñido malhumorado. Y nos sentamos a la mesa que rebosaba aromas.

James, destrozando el portugués, alabó las flores con exaltación y, amable, ofreció rosas a Miss Barkley, que las prendió en el corpiño; a mí, que la coloqué en el ojal. El comendador dejó la que le correspondía, una admirable Vermerol, sobre el mantel. James tomó para sí una Paul Neyron.

El almuerzo transcurrió alegre. Miss Barkley charlaba expansiva. El criado sirvió el champán, pero cuando llegó con la botella al comendador, el hombre inflexible extendió la mano gruesa sobre la copa, rechazando.

—¿No bebe? —preguntó James.

Y el viejo, sin levantar la cabeza, gruñó:

—Agua. —Y pidió la jarra.

Pero al café se soltó en un francés áspero y deteriorado, hablando de la belleza radiante del día, de las cigarras, del calor y, a propósito de las uvas insípidas, recordó su abundante Douro.

—¡Eso sí, uvas allí! —James debía saberlo, porque los vinos de las mejores cepas portuguesas envejecen en las vastas bodegas de Londres.

—¡Oh, sí... el Oporto...!

—El Oporto y los otros, los buenos. En Portugal solo queda el carrascón.

Dejamos la mesa a las dos de la tarde, ablandados y, como James pasara a la veranda con Miss Barkley, el comendador, avanzando en puntas de pie, cruzó los brazos delante de mí y, balanceando el vientre, preguntó con un gran labio húmedo y los ojos muy pícaros:

—¿Pero qué me dice usted de esto? Explíqueme esta cosa...

—El hombre se humanizó, comendador.

—Se arrimó al surco, ¿no le decía yo? —Y, agarrado a mi brazo, en secreto—: Y mire que es realmente simpático. Hoy es que lo noté. Cara de mujer, ustedes tienen razón. ¡Cara de mujer y bonita! Si Miss Fanny lo atrapara, ¿eh?, le daría una pierna al diablo. —Y soltó una risita burlona.

La cena, ese día, a pesar de la redoblada actividad de Miss Barkley, que no descansó un segundo, apremiando a los criados, solo fue servida a las siete de la noche, bajo el fulgor inusitado de todos los mecheros de gas.

En la sala, a la que la mesa —más extendida y suntuosa— daba un aspecto solemne entre el brillo de los espejos del aparador y los trinchantes, se escuchaban leves murmullos de hojas cuando el sople de la brisa agitaba las palmas de las arecas y las latánias.

Los huéspedes, enterados del gran acontecimiento del almuerzo, cuchicheaban mientras paseaban a lo largo de la galería. Décio, que había aparecido ruidoso y con ansias de arte, apelando al “estupendo” Frederico como evocador de melodías tracias, desbordaba comentarios sobre James: el Apolo bretón que, hastiado del lánguido Olimpo y de la insípida ambrosía, descendía a confraternizar con los mortales para comer en la mesa, con apetito humano, el guiso de vaca y las hortalizas del huerto.

Péricles, desolado, lamentaba no tener a mano sus placas fotográficas; de otro modo, habría perpetuado en un instante la entrada de James.

—¿Y si cantáramos el God Save the King? —sugirió Décio.

Pero Penalva se adelantó:

—Nada de bromas con ese hombre. ¡Es temible!

—¿Quién? —preguntó Basílio con tono de desprecio.

—¿Quién va a ser? James Marian. ¿Conocen a Félix Alvear? Es un coloso.

Todos asintieron.

—¡Un monstruo! —añadió Décio, abriendo mucho los ojos.

—Pues el domingo, después del partido en el Fluminense, solo porque Félix hizo el ademán de besarlo llamándolo “Miss”, él le puso las manos en el pecho y, como el otro arremetiera, le lanzó un puñetazo que le dejó la cara ensangrentada. Lo curioso es que después James tuvo un síncope.

—¡Afeminado!... —ridiculizó Basílio—. Es que no hubo nadie que supiera manejar el asunto. Eso no se hace a medias: se enfrenta al tipo o se le rompen los dientes de un golpe. Es un instante. Que se meta conmigo.

—¿Y usted...? —y Décio se deshizo en gestos de capoeira.

—Entiendo algo, me defiendo. ¡Fui hombre de acción! Hoy estoy cansado... aun así, no es cualquiera el que me planta cara.

Cuando apareció Crispim, muy tímido y con una risita avergonzada mientras se abotonaba el saco de alpaca, Basílio murmuró: «¡Ahí viene la espinaca!». Todos rieron por lo bajo dispersándose, y el estudiante —muy delgado, pecoso, con los impertinentes montados en la nariz puntiaguda y el cabello alborotado— pasó en silencio frotándose las manos. Vacilando entre los huéspedes, se acercó a Carlos para hablarle en susurros sobre la belleza del ocaso y el perfume que subía del jardín, donde el agua del surtidor golpeaba el follaje.

El comendador, de levita, llegó a la puerta e inclinándose saludó a

todos con la mano abierta.

—Buenas tardes, comendador.

—Calorcito, ¿eh?

—¡Horrible!

Pero la aparición de Miss Fanny, que subía del jardín vestida de blanco y con una orquídea en el corpiño, hizo cesar el murmullo. Le abrieron paso y ella pasó ligera, agradecida y sonrojada. Sonó el tercer toque y Miss Barkley apareció muy erguida; con una mirada dulce dirigida a todos, invitó:

—¿Vamos?

Pero todos vacilaron.

—¿Y Mister James? —preguntó el comendador.

Miss Barkley sonrió y se encogió de hombros:

—Está indispuesto.

Fue una decepción general. Basílio murmuró: «Está borracho».

Entraron en silencio y se sentaron. El criado comenzaba a servir la sopa cuando Miss Fanny, inclinando la cabeza hacia un lado y otro, se levantó cubriéndose la boca con el pañuelo. El tenedor de libros la miraba de soslayo y, cuando ella desapareció por el corredor, le gruñó a Décio:

—Tísica, amigo mío. Está acabada. Este año cantará el Christmas bajo tierra. ¡Qué voz tan horrible! Además... es una mueca menos en el mundo.

Al llegar el pescado, la profesora reapareció sin la orquídea y más pálida aún. Se sentó con timidez. A cada rato jadeaba en un ansioso ahogo del pecho, llevándose el pañuelo a la boca. La cena transcurrió fría. Más allá del tintineo de los cubiertos, nada rompía el pesado silencio. Nadie se atrevía a iniciar un tema; las charlas eran susurros secretos entre dos. A veces, una sonrisa recorría la mesa. El propio Basílio, siempre propenso a los sarcasmos, devoraba callado con un chapoteo de mandíbulas voraces.

De repente, en un arranque y apartando violentamente la silla, Décio se puso de pie con los brazos extendidos en actitud de adoración y arrebató.

Todos, en un asombro mudo, siguieron su mirada deslumbrada. El resplandor de la luna descendía suavemente, cubriendo los árboles con una neblina de plata, blanqueando la galería y entrando en la sala. Una de las palmeritas, junto a la puerta, relucía, y Décio, con los ojos fijos, saludó en pleno arrebató:

«¡Oh Rabbetna... Baalet!... ¡Tanit!... ¡Anaitis!... ¡Astarté! ¡Derceto! ¡Astoreth! ¡Mylitta! ¡Athara! ¡Elissa! ¡Tiratha! Por los símbolos ocultos, por los sistros resonantes, por los surcos de la tierra, por el eterno silencio y por la eterna fecundidad, dominadora del mar tenebroso y de las regiones azuladas, oh Reina de las cosas húmedas, salve».

Mantuvo la actitud contemplativa un momento más. Por fin, sentándose y sirviéndose del asado, exclamó:
—¡Maravilloso!

Todos rieron. Miss Barkley meneó la cabeza de forma condescendiente.

—¿Eso es tuyo? —preguntó Penalva.

—¿Mío? —los ojos vivos de Décio, clavados en su colega, centelleaban—. ¡Oh, bárbaro! ¿Acaso no sientes el genio? Esto es del divino Flaubert. Es la invocación de Salambó. —Y, vuelto hacia la noche quieta y blanca, de un calor suave e impregnada del aroma de las magnolias, alzó la copa con el brazo extendido y exclamó—:
¡Hielo!

—¡Qué gran memoria! —elogió el comendador.

—¡Extraordinaria! —confirmó Penalva—. Recita páginas y páginas. Versos, incluso... se sabe volúmenes enteros de memoria. Baudelaire, por ejemplo... basta pedírselo.

—No es para tanto, querido —repuso con modestia el estudiante—; me sé uno que otro poema. —Pero enseguida, exaltado, añadió—:

Además, quien no memoriza a Baudelaire no siente, no tiene alma.
—Perdón, amigo mío —interrumpió el comendador extendiendo la mano—, soy una criatura como usted; quiero decir: tengo alma, la prueba es que soy cristiano, y aun así le digo que para las cosas de la memoria soy una piedra.

Basílio sonrió con malicia y, formando bolitas de pan, preguntó sin levantar la cabeza:

—¿Y para los números, comendador? ¿Para las cifras...?

—Sí, eso sí; por la práctica. Pero en el colegio... La historia, por ejemplo. Nunca pude con ella: mezclaba a los reyes, hacía una confusión terrible. Me perdí en las cruzadas.

—Pero se encontró con los cruzados —remató Basílio, frotándose los dedos.

La carcajada estalló irresistible y el comendador, con una sonrisa forzada mientras enrollaba la servilleta, balbuceó una respuesta que se perdió en el aire. Miss Fanny se dirigió a Décio, apartando suavemente las rosas de un florero que lo ocultaban:

—¿Y de Tennyson? ¿Sabe algo, doctor?

—¡Ah, Miss... desgraciadamente...! —negó con la cabeza—. De inglés solo conozco el pastel.

—¡Oh, Tennyson...! —exclamó la profesora, entornando los ojos.

—¡Tennyson!... —repitió Miss Barkley, embelesada.

Levantándose, propuso tomar el café en la galería, bajo la luna. Era una noche divina.

—Admirable —dijeron, y salieron.

La charla, aunque interesante y agradable bajo el encanto de la noche que se había refrescado, no me atraía. Reían, y yo, con el pensamiento lejos, me suponía a veces aludido por alguna insinuación y desconfiaba, sofocando mi irritación. Péricles notó mi distracción y, dándome una palmada en el muslo, dijo:

—Estás preocupado, hombre.

—Distraído...

En vano Décio recitaba con su voz cadenciosa, fiel al ritmo, afinando las rimas y resaltando las imágenes; en vano su espíritu desbordaba en bromas, burlándose de la pedantería literaria, exponiendo el ridículo de la elegancia afectada y comentando el mimetismo fútil del nativo: esas manías de la moda metidas a fuerza de un martilleo insistente y "precioso" en los hábitos sencillos de nuestra vida. Todos reían. Yo permanecía indiferente.

Pensaba en el manuscrito que me había sido prometido y que esperaba encontrar, al volver de la ciudad, sobre mi mesa. Quería adentrarme en él, buscando en la trama de sus párrafos algún rastro que me condujera al misterio de aquella alma indescifrable y, quizá, quién sabe, a las ideas de aquella cabeza femenina implantada absurdamente en un cuerpo masculino, que hacía pensar en un robusto jequitibá cuyas ramas fueran de rosal.

Cuando Brandt se levantó con un suspiro de alivio y me invitó al chalet, rehusé alegando un "malestar".

—La música es un bálsamo. Acuérdate de Saúl —dijo Penalva. Y Décio añadió, intentando seducirme:

—Y hoy tendremos la Invocación de Eurídice. ¿Te resistes?

—Estoy enfermo.

—¿Vas a acostarte?

—Tal vez.

—¡Es monstruoso! ¡Que en una noche como esta llegues a cometer tal infamia!

—Me siento mal.

—Pues ve, échate. ¡Y que las pesadillas te persigan!

El grupo bajó tumultuoso y alegre, perdiéndose por el jardín al son de la voz de Décio que declamaba, entre las acacias doradas:

Ce ne seront jamais ces beautés de vignettes / Produits avariés, nés d'un siècle vaurien...

Basilio estiró las piernas resoplando:
—Ahora sí, podemos gozar la noche.

Crispim y los hermanos Carlos y Eduardo bajaron: el primero hacia los libros; los otros dos para el paseo que hacían todas las noches a lo largo de la Avenida, hasta Botafogo. El comendador, repantigado y con las manos cruzadas sobre el vientre, hacía rodar los pulgares. Las dos Miss susurraban apoyadas en la balaustrada. Un solo mechero de gas iluminaba la sala.

Péricles abordó la política y pronto comenzaron las lamentaciones y los augurios funestos; bajo la serenidad de la luna, mientras las flores exhalaban su aroma, la Patria —desagregada de sus fundamentos— parecía desmoronarse en rumores, como en aristas agudas, envilecida e insolvente, desapareciendo en ruinas en un abismo sin fondo que no era sino la fauce del inglés. Me despedí aburrido.

Cuando entré en mi salita, bañada por la luz lunar, el corazón me dio un vuelco por un presentimiento brusco. Me volví lanzando una mirada al interior desierto. Los sonidos del piano de Brandt me llegaban suavizados por la distancia. Encendí un fósforo y prendí el gas, extinguiendo la luz astral, y me quedé parado frente a la mesa, absorto, olvidado de todo.

¿Por qué no habría de dirigirme a James? Mi retraimiento ya no tenía razón de ser después de la mañana que habíamos pasado juntos, en una intimidad casi confidencial. Me atreví y, saliendo resueltamente al corredor, caminé directo hacia la puerta del salón. Estaba entreabierta y el vasto aposento, en silencio y sin otra luz que la de la luna, me pareció fúnebre.

El impulso de ánimo que me había llevado hasta allí flaqueó. Aun así, luché contra la timidez pusilánime que me arrastraba hacia mi habitación, tan desnuda y triste sin aquellas páginas prometidas que

yo anhelaba y hacia las cuales tendían, en misteriosa atracción, todas las energías de mi alma. Suavemente empujé la puerta. Un chasquido seco resonó. Retrocedí crispado por un escalofrío, pero insistí. La puerta cedió, abriéndose sobre el salón pálido bajo la luz lunar que entraba desde la galería. El aire me llegaba en ráfagas y se esparcía por el corredor. Llamé, al principio con timidez, luego más fuerte, y me pareció que la casa retumbaba en ecos estruendosos.

Una silueta blanca surgió como una aparición. Avanzó con pasos lentos y teatrales y, junto a la mesa del centro, se detuvo cabizbajo entrelazando las manos. Súbitamente, lanzando violentamente los brazos hacia lo alto y echando la cabeza hacia atrás, la agitó en un gesto desesperado, repitiendo con voz profunda la exclamación que una noche yo había oído en el jardín:

—¡Oh, my soul! ¿Dónde estás, oh alma mía?

Reconocí a James. Llamé más fuerte. Él se volvió de golpe, arremetiendo hacia la puerta. Entonces avancé y el joven, como sorprendido en un acto indigno, se retrajo y se encogió, refugiándose en un rincón donde quedó pasmado y mudo, con los brazos rígidamente extendidos en señal de repulsa. Lo llamé una vez, dos veces: «¡Señor James! ¡Señor James!». Entonces, reconociendo mi voz, se acercó radiante, con las manos amistosamente abiertas, acoguéndome con efusión cariñosa. En la claridad, su rostro enigmático blanqueaba como el mármol.

Me pasó el brazo por los hombros. Un aroma fino se desprendía de su cuerpo y su aliento, que me rozaba el rostro, era tibio y perfumado. Acariciándome con ternuras de amante, me condujo a la galería y allí, entre las plantas y al aire libre, nos sentamos. De nuevo me tomó las manos —las suyas estaban heladas— y me miró de cerca, con los ojos penetrantes de quien busca arrancar un secreto. Dulcemente, sin embargo, se le abrió en el rostro una sonrisa... Una sonrisa... ¿por qué no he de fijar mi impresión? Enamorada. Y tuve, entonces, la certeza, la dolorosa y punzante certeza de que el alma de aquel hombre, que

resplandecía en hermosura, era... ¿para qué decirlo?

Le hablé de la novela. Se levantó de golpe, sobresaltado, y entró rápido al salón; encendió el gas de todos los brazos del candelabro y desapareció en el cuarto, cuya entrada estaba disimulada por un pesado cortinaje de seda color perla, idéntico a los de las puertas que daban a la galería. Se demoró lo suficiente para que yo pudiera examinar el salón, amueblado con riqueza y gusto, aunque de forma extravagante.

Un conjunto Luis XV de brocado amarillo componía uno de los rincones, bajo el resguardo de un biombo claro, florecido de lilas. En el ángulo opuesto reinaba la molicie oriental: sobre una alfombra de Caramania se disponían blandos cojines, taburetes cóncavos y otomanas que invitaban a voluptuosos descansos. Dos amplias sillas de ébano, talladas con flores y lazadas y con el dosel formado por la cola abierta de un pavo real —cuyo plumaje era una primorosa marquetería—, ofrecían el deleite de un acolchado de damasco sanguíneo; eran asientos que cedían a la más leve presión, dando abrigo a los pies sobre una alfombra de terciopelo. En un diván con almohadas de satén, cubierto por un tapiz color oro, se esparcían revistas que rodaban en desorden sobre una blanca piel de oso extendida a sus pies.

Dos pebeteros sobre trípodes exhalaban un vago aroma a incienso. Y desnuda, airoso sobre una columna de ónix, una flexible bayadera de mármol de ojos entrecerrados sonreía con el busto en curva y los senos firmes y erguidos; arqueaba los brazos sobre la cabeza tocando un sistro, con el pequeño pie apenas apoyado en el suelo, ensayando el paso leve de un lánguido baile.

Había dos consolas altas y doradas con espejos de amplios marcos en los que sonreían, entre hojas, cabecitas rizadas de ángeles. Al centro, bajo el candelabro de bronce, se encontraba la mesa antigua de columnas salomónicas, alrededor de la cual vastos y mullidos sillones de cuero marroquí color vino abrían la suavidad sensual de sus

regazos. Flores en profusión: las había en floreros, olvidadas junto a las sillas o muriendo sobre las consolas; los pies pisaban ramilletes sueltos y marchitos, y rosas secas, elásticas como si fueran de tela.

Sobre la mesa, un ancho y grueso volumen encuadernado en cuero atrajo mi aguda curiosidad. Lo abrí. Las hojas de viejo pergamino amarillento crepitaban y chirriaban como láminas de estaño. En el frontispicio, dos lirios se unían a la misma vara: uno erguido, en campánula estrellada; el otro marchito, inclinado con languidez. Los coronaba un corazón sangrante atravesado por una flecha.

Pasé la hoja y apareció el texto en arabescos extraños, de formas irregulares y combinaciones complicadas: discos y curvas sigmoideas, bastoncillos cuneiformes que atravesaban o flanqueaban grecas, semicírculos en orden decreciente curvados sobre la línea trémula que, entre los egipcios, era el símbolo del agua; puntos, astillas, comillas y volutas. A veces aparecían perfiles truncados de hombres, animales u objetos: un ideograma complejo, vasto enigma de arcano o fantasía mórbida.

Aún hojeaba el extraño volumen cuando James apareció llevando bajo el brazo una carpeta de cuero. Al sorprenderme en mi curioso examen, se precipitó y, trémulo, con una voz que temblaba, extendió la mano sobre la página abierta:

—¿Entiende? ¿Conoce...?

—No ¿Qué es? —pregunté, esperando la explicación.

James guardó silencio con los ojos fijos en el libro. Por fin, dijo con expresión desalentada:

—¡Nadie lo sabe! Por esto, en vano, probé todos los climas de la vasta tierra. Durante seis años, con la esperanza de resolver tales signos, recorrí los lugares donde aún subsiste, en espíritus profundos, la ciencia de los dioses. Visité los templos oscuros que la tierra comienza a devorar; entré en los bosques donde yacen como enraizados —con la hierba brava creciendo en torno, víboras en la

cabellera espesa y parásitos en flor en los hombros resecos— los yoguis y los sadhús paralizados en éxtasis. Subí por veredas escarpadas las montañas frías en que los mahatmas atraviesan siglos inconscientes, en una existencia donde las horas no entran. Hablé en cavernas con solitarios más viejos que los bosques... y todos me despidieron sin esperanza. En Europa compulsaron este volumen Rawlinson, Ebers, Oppert, Maspero, Erman y tantos otros. Algunos sonreían tomándome por loco; otros me rechazaban ofendidos, juzgándome un mistificador. ¡Gasté miles de libras en vano! Daría cuanto poseo, daría una gota de sangre por cada palabra a quien me las arrancara de estos símbolos que me torturan.

—¿Y dónde encontró este libro?

—¿Dónde? A mi lado, en la vida.

—¿Quién lo compuso?

—Arhat. —Al pronunciar tal nombre, se estremeció como bajo un choque y arrojó la carpeta sobre la mesa, poniéndose a caminar agitado, despeinándose. Aún exhaló—: ¡Nadie sabe! —Pero enseguida, serenándose, sonrió, aunque la tristeza le empañaba la sonrisa, diciendo en palabras tranquilas—: ¿Y quién conoce la historia de su alma? ¡¿Quién?! Todos poseen un libro como este —visible o invisible, ¿no es cierto? La vida es así: la tenemos ante los ojos y no la desciframos... y ella nos devora. Es la Esfinge. Vuelva una página de este libro hacia adelante: es el mañana, misterio de la vida. Hojee hacia atrás, aún misterio: el pasado, la muerte. ¿Y el presente, qué es? Un vaivén en el que nos balanceamos entre la nostalgia y la esperanza. Es así. ¿De qué vale saber? Cierre el volumen o déjelo abierto. En sueño o en vigilia, la vida es siempre indescifrable. Pero ciérrelo. Es como un abismo cuyo fondo no se ve. Da vértigo. ¡Ciérrelo! ¡La noche está hermosa! —y se encaminó hacia la galería.

Lo interpelé sobre la novela.

—Está allí, en esa carpeta. Puede llevársela. Le falta el final.

—¿No la concluyó?

Empalideció y, repentinamente, como si alcanzara el candelabro, apagó todos los brazos de luz. Y la luna, de nuevo, extendió su

claridad espiritual. Tomándome entonces del brazo, se estrechó a mí, lanzando en torno una mirada temerosa. Yo sentía su respiración agitada y el latir precipitado de su corazón.

Las altas palmeras de la calle refulgían, moviendo las hojas en un vaivén suave y susurrante; pasaba gente, a veces carros. Los sonidos del piano de Brandt llegaban de lejos, ora vagos, ora vibrando nítidos. James escuchaba. De repente, apartándose en su andar pensativo, a largas zancadas, repitió:

—El final... Lo tendrá en breve. He vacilado mucho, pero es preciso acabar. Quizá hoy. La noche está hermosa —y clavó los ojos en el cielo—. ¡Quizá hoy! —Se inclinó sobre el parapeto, mostrándome una silueta blanca en la pérgola. Reconocí a la profesora.

—Miss Fanny —Él confirmó con la cabeza, con una enigmática sonrisa, y murmuró—: Cautiva...

—¿Quién?

Se limitó a señalar a la inglesa. Quedó un momento en silencio, luego, con palabras pausadas, como si las engastara mentalmente en un ritmo melancólico, divagó:

—Imagine una leona llevada al desierto en una jaula cuyos barrotes de hierro se fueran quebrando solo con el roce de su cuerpo; ¿huiría hacia su guarida atraída por el aroma resinoso de la selva y por el rugido de los leones heroicos?

—Sin duda.

—No

—¿Cómo?

—Haría lo contrario: reforzaría la jaula con su propio cuerpo, cerraría los ojos para no ver el desierto, se haría sorda a las voces seductoras, se dejaría morir conteniendo la respiración para no sentir el almizcle y el olor acre de los bosques. Haría así... si fuera virtuosa.

Miss Fanny salía de la pérgola. Se detuvo un instante, pensativa, recogió una flor y siguió lentamente hacia la alameda de las acacias. James murmuró:

—¡Pobre leona!

Notando, sin embargo, mi asombro, explicó sin volverse, siempre inclinado sobre el parapeto y con el mismo sosiego:

—Arhat se servía del símbolo como expresión del misterio. Lo que no se puede decir ni representar, se figura. El color es un símbolo para los ojos, el sonido es un símbolo para los oídos, el aroma es un símbolo para el olfato, la resistencia es un símbolo para el tacto. La propia vida es un símbolo. ¿La verdad? ¿Quién la conoce? La llave de los símbolos abriría la puerta de oro de la Ciencia, de la verdadera y única Ciencia, que es el conocimiento de la causa.

No hablaba para mí, sino para la noche, lanzando las palabras como si fueran pétalos y él, lentamente, las esparciera en el aire. Aunque cada vez más se afirmaba en mi espíritu la convicción de que hablaba con un loco, me interesaba aquel discurso extravagante que me sacaba del orden común, lanzándome a la fantasía desvariada de los degenerados: selva áspera, sombría, que se abría aquí y allá en claros luminosos donde los predestinados talaban y labraban los árboles del sueño con que forjaban las liras de la Poesía, los ídolos y los altares de las Religiones.

—¿Es de Londres?

—¿De Londres? —encogió los hombros—. No sé. Me crié cerca de Londres. Nunca me dijeron dónde nací.

—¿Y sus padres?

—No sé. Nunca los vi. Madre... ¡Qué dulce palabra! Me acostumbré a llevarla en la boca como algo que engañaba mi sed de amor. Viví del perfume de una flor desconocida, ¿comprende? —Se sentó y, cabizbajo, con las manos colgando entre las rodillas y el busto inclinado, continuó—: Usted viene directo a mi corazón con un talismán de bondad. Es capaz de penetrarlo.

—¿Y no confía en mí? Créalo.

Me interrumpió con un gesto:

—Si no confiara en usted, no lo habría recibido. ¿Y sabe por qué confío? Porque es un hombre concentrado y sueña. Hay dos especies de hombres que viven solos: el egoísta y el pensador. El primero se

retrae como el pulpo, atrayendo hacia sí todo el bien; el segundo se aísla para contemplar. Uno se encierra en la sombra, el otro busca el reflejo: es como quien se sienta a la orilla de un lago viendo en las aguas las imágenes del cielo, de la tierra y la suya propia. Los aislados son, en general, ingenuos y buenos; como no dispersan su confianza, no cosechan desilusiones. Lo que usted hace es vivir consigo mismo, y eso es mucho. Quien se entrega por completo al mundo termina por olvidar su propio ser.

Conocí a los hombres y en ellos hallé al tigre, al perro, al zorro y a la víbora: al cruel, al adulador, al tramposo y al ingrato. Usted es de los que oyen en el silencio y ven en la oscuridad. ¿Cree que no lo he visto a altas horas de la noche, en su ventana? ¿Qué hace allí? Sueña. El sueño es fecundidad, es como el polen de las flores: vuela, pero no se pierde. No es posible que los gérmenes de las anteras tengan más energía vital que el pensamiento; y los gérmenes vuelan en el espacio, se cruzan al aire libre y fecundan. Además, usted habla inglés y me comprende. Fuera de las señoras, es el único con quien puedo comunicarme. ¿Recuerda nuestro primer encuentro?

—Sí, lo recuerdo.

—Yo salía de una crisis, de un "aura", y usted me acompañó, me alentó. Le debo esa bondad. Los demás...

—No tiene razón, señor James. Si los otros no lo buscan es porque lo ven retraído. Todos aquí lo estiman...

—¿A mí? ¿Me estiman...? ¿Por qué? ¿Qué les he hecho yo? Sienten curiosidad por mí, eso es lo que usted quiere decir. Quieren hurgar, ver lo que tengo en el alma. Siempre evité la amistad para no sufrir. Si la encontrara verdadera, podría perderla y sería un desdichado; si me traicionaran... no lo sé. Tuve un protector: Arhat. Viví en su compañía y él veló por mí. No era amor lo que me rodeaba, sino cuidados. Yo era hechura suya, obra de su saber. Tenía un gran celo por mí, siempre

estaba atento a mi salud y a mis tristezas, medicándome y defendiéndome de todo mal para que yo resistiera. Yo era para él como un objeto delicado que se conserva en una vitrina. Amor no había. ¿Qué hizo por mí? Me dio la vida, me educó y me instituyó heredero de la fortuna que ahora disipo. Yo dormía y él me despertó... y ahora ando como aturdido, deseando solo volver al sueño. Deme su mano.

Cedí y él la llevó a su cuello, rodeándolo con ella a la altura de los hombros, haciéndome sentir la carne suave y fría que mis dedos presionaban. Me detuvo en un surco y, siguiéndolo, fui sintiendo el relieve de una amplia sutura, como la erupción de una urticaria.

—¿Siente? —y mantuvo allí mi mano, forzándola.

—Sí.

—¿Qué le parece? —Vacilé en la respuesta y él se adelantó:— Vestigio de decapitación, ¿no es cierto? —Me estremecí ante aquella afirmación trágica.— Es el collar de la muerte, la gargantilla que me sujetó la vida. ¡Sienta! ¡Sienta! —Y, inclinando la cabeza, guió mi mano alrededor del cuello, presionándola, y yo sentía aquella especie de eritema, en erosiones y relieves, que me producía un escalofrío frenético en el que había repugnancia.

De pronto, rechazando mi mano, se levantó.

Una carcajada resonó en el jardín y enseguida la voz de Décio:

—¡Admirable! —Y el estudiante apareció, se detuvo junto a la pérgola, lanzó un beso a la noche y, embelesado, cantó a la luna en los versos sugestivos de Raimundo Correia:

Astro de los locos, sol de la demencia,
vaga, noctámbula aparición!

Cuántos, bebiendo tu refulgencia,
cuántos por eso, sol de la demencia,

¡luna de los locos, locos están!

—¡Voy a salir! —dijo James abruptamente.

—¿Ahora?

—¿Qué le parece? —Vacilé en la respuesta y él se adelantó:— Vestigio de decapitación, ¿no es cierto? —Me estremecí ante aquella afirmación trágica.— Es el collar de la muerte, la gargantilla que me sujetó la vida. ¡Sienta! ¡Sienta! —Y, inclinando la cabeza, guió mi mano alrededor del cuello, presionándola, y yo sentía aquella especie de eritema, en erosiones y relieves, que me producía un escalofrío frenético en el que había repugnancia.

De pronto, rechazando mi mano, se levantó.

Una carcajada resonó en el jardín y enseguida la voz de Décio:

—¡Admirable! —Y el estudiante apareció, se detuvo junto a la pérgola, lanzó un beso a la noche y, embelesado, cantó a la luna en los versos sugestivos de Raimundo Correia:

Astro de los locos, sol de la demencia,
vaga, noctámbula aparición!

Cuántos, bebiendo tu refulgencia,
cuántos por eso, sol de la demencia,
¡luna de los locos, locos están!

—¡Voy a salir! —dijo James abruptamente.

—¿Ahora?

CAPITULO 3

Esa misma noche leí, o mejor dicho: descifré todo el primer capítulo de la “novela” con paciente lentitud; fue un trabajo más arduo que el de los excavadores de ruinas que revuelven el duro suelo bituminoso

y empedrado de las ciudades muertas, hurgándolo en busca de antigüedades.

Además de la interpretación de aquellos garabatos, que me tomaba tiempo, y del lento y difícil desenredo de las enmiendas que se entrelazaban en tramas de trazos, las correcciones eran tantas y tan seguidas que la página entera —reticulada de líneas sinuosas que se quebraban en zigzags entre las irregularidades de la escritura— se volvía una maraña intrincada; mis ojos se fatigaban siguiendo aquellos trazos que llegaban hasta los márgenes, prendidos a la palabra o frase preferida como a una madeja de la que partieran hilos desenrollados.

Y, para colmo, creando una mayor confusión, a veces las letras se enroscaban en espirales o se enredaban en tantos adornos que perdían por completo su carácter gráfico, obligándome a adivinarlas. Figuritas y paisajes lineales se interponían entre los términos como distracciones infantiles. Las frases se completaban con emblemas, a manera de enigmas, y, no pocas veces, grandes manchones de tinta ahogaban palabras, truncando oraciones y abriendo verdaderos abismos en los párrafos.

Aun así, llevé a término el trabajo, no sin levantarme muchas veces agotado y verdaderamente aturdido por lo que iba desentrañando, con penuria, de aquel muro de ideas.

La brisa refrescaba y una dulce claridad iba lavando el espacio, descubriendo los árboles empastados en la sombra, mientras las cigarras alegres cantaban en coro la "alba" festiva. El vuelo de pájaros y mariposas anunció la madrugada y el sol, aún frío, lanzó sus primeras púrpuras. ¡El gas se volvía lívido! Lo apagué.

Me incliné a la ventana. El jardinero, sentado al borde de un cantero, deshilaba amarres para las plantas; la calle, en bullicio, despertaba con el rumor de los vehículos. Sonaban campanas y trompetas, y las

hojas inquietas de las altas palmeras centelleaban, doradas por el sol. Alfredo, abajo, con las mangas arremangadas y descalzo, arrojaba baldes de agua a la galería, y en la ventana de su aposento, desgañitado y con los cabellos enmarañados, Basílio carraspeaba, rascándose la garganta pegajosa.

El perfume que subía del jardín era agradable y la tierra húmeda del riego exhalaba frescura. Los ojos me ardían y todo el cuerpo, debilitado, se doblaba en un tibio sopor, como si tuviera fiebre. Un zumbido de caracol me aturdí los oídos. Tomé el jarrón y bajé a rehacerme en el baño frío. El café con leche no me supo a nada. Me arrojé a la cama postrado, sin lograr, sin embargo, conciliar el sueño. Afuera, la agitación de la vida aumentaba con la luz que se abría, ya tibia.

Me quedé tendido, gozando de las sábanas en una dulce pereza de modorra, recapitulando lo que había leído, el contenido extraño de aquellas páginas enmarañadas. Por fin la fatiga me venció y dormí pesadamente, como narcotizado.

Desperté al repicar de la campanilla que anunciaba el almuerzo. Me vestí con mucha lentitud y bajé. Miss Barkley notó la palidez de mi rostro. Le dije que había pasado la noche en vela.

—También yo —gruñó el comendador, royendo la chuleta—. No sé qué tenía el inglés esta noche: anduvo hasta muy tarde, a patadas. Parecía que el techo se venía abajo.

—¿Señor James?

—O el diablo. ¡Mal vecino! Y mire, Miss, mande revisar el gas de mi cuarto porque hay una fuga; esta noche apestaba. La avería debe ser grande. Además, con los saltos de ese hombre, no hay cañería que resista. Un día me caerá el candelabro en la cabeza.

—Salió hoy muy temprano —dijo Miss Barkley.

—¿Quién?

—Mister James. No bajó al baño.
—Quizá esté durmiendo.
—No, no está. Alfredo volvió con el servicio de café intacto.
—Andará por ahí.
—En la Tijuca, con seguridad.
—¿Tiene parientes allá?
—Mister Smith.
—Ha de ser eso.

Volví a mis aposentos, que Alfredo ya había ordenado y adornado con flores. Sin perder un instante en reposo, corrí la cortina para suavizar la luz y me senté a la mesa, abriendo la carpeta verde. Tomé dos cuadernos de papel, numeré las hojas y, en la quietud de la casa que parecía dormida en la siesta, comencé la traducción del extraño manuscrito:

«La casa taciturna y ennegrecida, de gruesas paredes carcomidas por cicatrices que exponían, como huesos de un cuerpo, las piedras verdes de musgo siempre rezumando un sudor de humedad, se alzaba imponente entre los árboles colosales de un parque cuyo fondo se perdía ante mis ojos en la densa y oscura ramazón de un bosque, donde ciervos altos y corpulentos lanzaban bramidos a los que respondían, con ásperos graznidos, bandadas ariscas de patos salvajes.

Desde la ventana enrejada de mi cuarto, que se abría en ojiva hacia el ocaso y donde me agradaba permanecer entretenido horas y horas, contemplaba el paisaje aterciopelado y el cielo suave, siguiendo las blandas ondulaciones de las colinas en cuyos declives pastaban pequeños animales blancos. Entre los cerros, se divisaba un tramo de río estrecho que parecía congelado a pesar del sol, el cual lo hacía relucir tembloroso con el brillo intenso de los días de verano; y blanca, muy esbelta y aguda como una flecha, se alzaba desde un bosque de castaños la torre solitaria de una iglesia. En torno a ella, todas las tardes, a la hora dorada del poniente, se formaban collares

de golondrinas; o bien en invierno, abandonada y rígida bajo el cielo gris, parecía estar hecha de nieve, temblando al viento.

No se me aparecía alma viviente. Voces, solo las de los animales a lo lejos, o el ronquido áspero de mi gobernanta: una mujer flaca, tan alta y fina que se doblaba como las cañas flexibles, de piel color cobre y cabellos negros que escapaban en mechones de una cofia de seda. No me perdía de vista: durante el día seguía siempre mis pasos; de noche, se tendía sobre una piel de tigre al lado de mi cama, poniéndose alerta y de pie ante el más leve movimiento que yo hiciera.

Si yo salía de mis habitaciones, adelantándome por el corredor alfombrado, estaba seguro de la vigilancia de sus pequeños ojos negros, más agudos que estiletes, que me seguían a través de una rendija o del vano de una puerta. Apenas llegaba a la escalera de hierro que, en volutas, conducía al último piso donde vivía Arhat, enseguida la mujer, cuyo nombre era Dorka, corría a detenerme, espantosa en su ropa de seda a rayas que le daba el aspecto repugnante de una serpiente erguida.

A veces, rabiosa y en frenesí, rechinando sus dientes puntiagudos, me encerraba en el cuarto más que con cadenas: bastaba el poder de sus ojos magnéticos que me paralizaban, quitándome toda energía y la propia conciencia».

Apenas por la mañana y por la tarde se me permitía permanecer en la ventana, mirando con tristeza las lejanías nubladas de la tierra desconocida que mi corazón ansiaba.

Me despertaba temprano, al primer resplandor del sol; Dorka me acompañaba al baño, me ayudaba a vestirme y tomaba conmigo el primer alimento de la mañana. Ni siquiera en las horas de lección me abandonaba. Encogida en un rincón, con las piernas cruzadas, no apartaba de mí sus ojos afilados mientras los profesores —todos corpulentos y lampiños— me explicaban las diversas ciencias,

ejercitándome en distintos idiomas, guiándome en el dibujo, iniciándome en la música o adiestrándome en el manejo de las armas.

Una vez por semana, yo subía al gran salón dorado donde Arhat me esperaba, siempre melancólico y rodeado de flores. Era un hombre raquítico, de mediana estatura, amarillento y macilento, casi un esqueleto; pero con tal dominio en los ojos, a flor de rostro, que siempre le hablaba temblando, aunque él me recibiera con una afabilidad dulce, acariciándome e incluso aliviando mi alma torturada de la pesadilla de Dorka, que no pasaba del umbral de la puerta.

El salón dorado, vasto y deslumbrante, me daba la impresión del pleno sol. Las paredes, las columnas, el gran candelabro y los muebles refulgían como si estuvieran hechos de luz. Tapetes amarillos alfombraban el piso como una finísima hierba luminosa, y el techo azul era verdaderamente un cielo de verano desde donde parecía descender, en rayos misteriosos, todo aquel brillo que me cegaba. El aire era puro perfume y, por todas partes, en una abundancia maravillosa, se ostentaban flores de incomparable belleza.

Arhat me recibía en la puerta y, antes de acariciarme, fijaba en mí sus ojos penetrantes, me tomaba el pulso y me auscultaba el pecho. Terminado el examen, me levantaba en brazos con una fuerza diestra que nadie sospecharía en un cuerpo tan frágil. Mi día comenzaba deliciosamente con una comida delicada que nunca conseguí saber cómo aparecía en la gran mesa de laca negra, cubierta por un paño cuyos bordados tenían un relieve tan alto que las aves y las flores parecían más posadas que tejidas en la tela color paja de brillo metálico.

La vajilla, labrada en arabescos con bordes de filigrana tenue, pesaba tanto que hacía ceder el pulso más robusto. Los manjares eran escogidos y sobrios: lascas de caza fría dispuestas en gelatinas diáfanas, legumbres, huevos, frutos en sus propias ramas entre hojas

frescas, granizos de nieve y agua límpida en vasos de cristal empañados por el frío. Panales de miel en patenas, pasteles aromáticos, pastillas disolventes y un licor ambarino que me dejaba en la boca un sabor a violetas y ponía en mis venas un calor vital, de sol.

Arhat me veía comer y, para acompañarme, picoteaba apenas: un poco de fruta, un hilo de miel; y en cuanto notaba mi saciedad, sonreía. Repentinamente, los párpados me pesaban. La impresión era instantánea; de nuevo los levantaba, pero ya la mesa había desaparecido y en su lugar ardía, humeando en un hilo azul, un incensario de bronce. Se erguía una columna o yo mismo yacía en una otomana, según el punto que el capricho de Arhat eligiera para revelarme, una vez más, su influjo, al que, por la insistencia, yo ya me había habituado.

Entonces descendíamos atravesando vastos salones desiertos y patios en los que se alzaban figuras truculentas —una mujer con cabeza de elefante, un monstruoso ídolo de cuyo tronco partían, en irradiación, numerosos brazos en cuyos puños amenazadores brillaban puñales—; recorriamos un extenso claustro de arcadas de mármol calado y llegábamos al parque. Dorka, que nos esperaba abajo, nos acompañaba a distancia.

¡Oh, la delicia de aquellas horas ligeras, libre, al aire pleno, bajo el sol! Yo corría por los prados cóncavos, me balanceaba en el columpio entre ramas floridas y llenas de nidos, o me subía a un bote y, dulcemente entre cisnes y nenúfares, cruzaba el lago tranquilo bajo la mirada atenta de la gobernanta, quien lanzaba gritos guturales deteniendo el columpio si lo veía lanzado con violencia, llamándome a la orilla si yo, jugando, hacía oscilar la barca, o persiguiéndome con ligereza de gacela cuando me veía lejos, en las sombras densas de los robledales donde se reunían los ciervos.

¿Qué edad tendría yo entonces? Siete años, no más. Mi deseo de

conocer la vida recrudecía. Por la noche, sintiendo a Dorka a mi lado en su vigilia, me ponía a recordar las palabras de mis profesores, todas las nociones que poco a poco ellos iban filtrando en mi alma, e imaginaba el mundo inmenso que me atraía con sus mares, con sus imperios ricos y populosos, con la vida intensa de sus ciudades y el suntuoso rito de sus religiones. Aquí, verdeante y en flor bajo la luz cálida del sol; allá, estéril, silencioso, amortajado en nieve. En un punto, fértil y abundante, dorándose en campos de mies con la alegría tranquila del canto de los segadores; en contraste, la guerra tumultuosa ensangrentando y arrasando el punto opuesto.

Y a mí mismo me preguntaba: «¿Qué serán las guerras? ¿Qué serán las mieses?». Y envidiaba al miserable que no dispone de un techo de paja para abrigarse en invierno, que no encuentra una corteza de pan para engañar el hambre, que no halla un harapo de lana para cubrirse y que, arrojado en las zanjas de los caminos, tiembla y muere, más despreciable que un animal. La vida, la verdadera vida más allá de aquellos muros vetustos, de aquel silencio fúnebre, de aquellas sombras sepulcrales... ¡cómo la anhelaba mi espíritu!

Con esa ansia, reprimiendo el instinto, crecí tristemente; tenía catorce años cuando se rompió el primer eslabón de la cadena férrea que me sujetaba. En un riguroso diciembre —aunque en mis aposentos y en toda la casa sombría y desierta la temperatura se mantenía invariablemente igual a la de los días suaves de primavera—, el frío era grande afuera; tan áspero era el tiempo que Arhat no se atrevía a llevarme al parque, conformándose con algunas horas agradables en el invernadero, entre palmeras y orquídeas tropicales.

En ese riguroso diciembre, una noche, estando yo despierto, vi a Dorka incorporarse de improviso, jadeando, con la mano izquierda extendida sobre el pecho. Su cabeza hundida se agitaba ansiosa y su rostro hediondo, más flaco y más amarillo a la luz de la lámpara, se contraía en muecas de angustia. Un ronquido estrepitoso le raspaba la garganta, le crujían los huesos en continuas convulsiones, y estiraba y encogía las piernas desnudas y reseca.

Iba a levantarme en socorro de la desdichada, pero me sentí como enredado, amarrado al lecho, sin voluntad siquiera para volverme: el cuerpo desobedecía a la razón y los ojos, desmesuradamente abiertos por el espanto, veían más claro, mientras los oídos hipersensibilizados escuchaban con mayor agudeza. Reaccioné en impulsos baldíos y aún forcejeaba en vano cuando vi abrirse la puerta y apareció Arhat, vistiendo un amplio quimono de seda, seguido de un negro gigantesco con pechera de cuero y una falda corta de lana cuyas franjas le llegaban a las rodillas.

Rápido, el gigante se inclinó, tomó en sus brazos poderosos el cuerpo flácido de Dorka y salió con la prisa asustada de un ladrón que huye. Arhat se sentó a los pies de mi cama y comenzó a murmurar palabras misteriosas, haciendo gestos cabalísticos con la mano. Luego sacó de la faja un pebetero, tomó entre dos dedos un poco de resina, le acercó fuego y recorrió el cuarto con un murmullo de oración, agitando el aroma para esparcir el humo lustral destinado a purificar el recinto. Por último, vino hacia mí, me puso la mano en la frente y se retiró. Enseguida me liberé de la atadura que me retenía en una angustiosa inercia.

Y fue la primera vez que tuve miedo. La Muerte me había rozado y, a pesar de la antipatía que me inspiraba la gobernanta —¡tan fuerte es el poder del hábito!—, sentí la falta de su presencia, de su voz chillona, de sus ojos penetrantes y ardientes como hierro en brasa, de su persecución sin tregua y de su repulsivo aspecto, esbelto y serpentino. Recorrí vagamente todo el cuarto, atónito, en un aturdimiento que me hacía vacilar chocando contra los muebles; pero el sueño me sorprendió: apenas tuve tiempo de llegar al lecho y enseguida dormí pesadamente.

Al despertar por la mañana, a la hora acostumbrada, vi a los lados de mi cama, inmóviles, dos figuras que me parecieron de mármol, tan blancas e impasibles yacían. Pero los ojos azules de una y los ojos

negros de la otra tenían tanta vida, era tan dulce la sonrisa de ambas, tan sana la coloración de sus rostros y fue tan gracioso el gesto con que me saludaron —inclinándose con los brazos en cruz sobre el pecho— que no me quedó duda alguna sobre su naturaleza.

La de ojos azules llevaba los cabellos rubios en una trenza ancha y floja, entrelazada con hilos de turquesa, un corpiño púrpura alto hasta el cuello, falda corta de seda y los pies esbeltos en zapatos de punta levantada. Armillas de oro ceñían sus tobillos y en los brazos rollizos se enroscaban brazaletes de los cuales pendían, tintineando, símbolos y amuletos. Maya era su nombre.

La de ojos negros, un apuesto joven, señoril y fuerte, vestía calzones holgados, chaleco sobre una camisa suelta, cinturón, y calzaba botas de gamuza abrochadas con plata; en la cabeza, gentilmente inclinada y dejando caer sobre la frente un rizo de azabache, llevaba un gorro, especie de fez, con una roseta de oro al lado que sujetaba una pluma negra que ondeaba airosa. Dijo llamarse Siva.

Lo que entonces se produjo en mí, solo la palabra “vergüenza” puede expresarlo. Me ardía el rostro encendido en pudor y no me venía palabra a los labios, tan turbado quedé ante aquellos jóvenes que me sonreían.

Pero el joven habló y yo, que hasta entonces solo había escuchado voces ásperas, tuve una sorpresa de éxtasis al oír el melodioso sonido con que se anunció «mi siervo», pidiendo humildemente las órdenes de mi deseo. Pronto, sin embargo, me volví hacia un suave preludio: era la muchacha que repetía las palabras del compañero, y mi asombro, encantado, quedó entre las dos lindas sonrisas, entre las luces acariciantes de aquellos ojos: unos que parecían traer un día azul de primavera, y los otros, una noche aterciopelada de luna y de ensueño.

¡Oh, la muerte de Dorka! ¡La muerte de Dorka! ¡Cómo me pareció un bien...!

Sintiendo que me disponía a dejar el lecho, los dos jóvenes se apartaron y los pasos de la muchacha resonaron por la habitación. Quedándome solo, aunque los sintiera cerca, pasé a la sala de baño donde, como siempre, todo me esperaba: desde el agua que brotaba a raudales de las fauces de la carranca en la piscina de mármol, hasta los perfumadores encendidos que llenaban el recinto de aroma. En el vestidor, toda la ropa estaba en orden, y salí. De nuevo, el sonido argentino de las ajorcas me emocionó, precediendo el regreso, ya deseado, de los ojos azules, mientras la pluma negra y airosa ondulaba en el ángulo del cortinaje.

En la comida, en la sala de roble tallado donde los platos subían por un montacargas, los dos me flanquearon en la mesa, turnándose en el servicio. Si él sustituía un plato, ella, solícita y risueña, adelantaba el cubierto; si él traía la ánfora de vino, ella ofrecía la copa; si uno presentaba la fruta a mi elección, el otro traía la cesta de confituras. Y las ajorcas sonaban siempre, y siempre ondulaba, airosa, la pluma negra.

A la hora de la lección desaparecieron. No obstante, apenas el último profesor me dejó, volvieron, siempre sonrientes. Él empuñaba una especie de lira, cuyo nombre —vina— supe más tarde; ella traía una rama de acacia en flor. Como me hallaron junto a la ventana ojival que se abría sobre el poniente y en la cual yo permanecía todas las tardes, embebiéndome en la melancolía sugestiva del crepúsculo, se sentaron cerca, sobre una alfombra de Shiraz. Y mientras el sol moribundo sangraba sobre las colinas, uniéndose al sonido del instrumento, la voz de la muchacha trajo de mi corazón a los ojos las primeras lágrimas que lloré. Allí nos encontró el misterioso resplandor de la luna.

La fatiga me venció. Ya la tarde palidecía ante el temor de la noche

próxima cuando, dejándome caer en la silla, extenuado, estiré los brazos con un largo y desahogado suspiro. Permanecí un momento en reposo antes de releer el primer tramo de mi trabajo. No me dejó del todo descontento, aunque en uno u otro punto, por falta de términos correspondientes en ambas lenguas, apenas hubiera extraído la idea abandonando la expresión; y en ciertas frases truncadas por olvido, prisa o por los frecuentes manchones que ennegrecían el texto, completé el pensamiento como me pareció más adecuado, teniendo siempre en vista la acción y la intención del párrafo.

Y pensé en lo que había leído: en aquella vida de ensueño en un sitio que no se nombraba, cuyo paisaje vago, ora al sol, ora en la niebla, tanto podía ser el de una provincia romántica de Francia como el de un suburbio londinense, de un barrio excéntrico de Berlín, de los alrededores de Moscú o de la mística Estocolmo, cerúlea en el rigor del invierno. Sí, era un sueño que se afianzaba en el curso de la narrativa cerebral, cada vez más extraña, más desvariada y más bella, llena de efectos visuales como una ópera mágica.

James había querido darme una muestra de su imaginación y preparó con ingenio sutil, a manera de reclamo, la escena del salón y la de la entrega —o, mejor dicho, del abandono— del manuscrito que yo iba trasladando, no sin interés, como el que tendría en el caso afortunado de que me hubiera llegado a las manos, por gracia de algún genio benéfico, un cuento inédito de la princesa Sherezade.

Después de una ablución ligera, me vestí e, inclinado hacia la ventana, acompañando en silencio las despedidas del fin del día —la lenta disolución de los colores, el callar religioso de los ruidos, el recogimiento extático con que la Naturaleza hace su íntima oración vespéral—, volví en mí cuando un sonido venido a través del espacio, desde lejos, vibró alegre como una voz festiva que me despertara. Ya brillaban las estrellas.

De nuevo, más claro, el sonido vibró en el silencio. Era la campanilla abajo. Encendí el gas y, mirándome rápidamente al espejo, bajé para la cena.

Todos los huéspedes estaban a la mesa, con excepción de James. Ni siquiera notaron su ausencia. Miss Fanny, siempre con los ojos bajos, parecía más pálida y más triste, tosiendo en accesos frecuentes. El copero servía atento a las miradas de Miss Barkley.

Péricles, con la servilleta atascada en el cuello, tomó la palabra, radiante: había revelado una placa primorosa a la que dio el título de *Réverie d'une jeune veuve*. Una joven mujer, de negro, detenida junto a la cascada del Parque de la Aclamación, el codo apoyado en la roca, el mentón sostenido en dos dedos, mirando perdidamente.

Viuda, sin duda, y hermosa... pero la actitud, la línea ondulante del cuerpo fino, el aire de arrobamiento...

Se adivinaba la lágrima en sus ojos. Y aquel fondo oscuro, escabroso, de piedras erizadas entre hojas rígidas... ¡Una trouvaille!

Basílio lo miró de soslayo, codeando al comendador, que sonrió con las mejillas hinchadas por el puré de papas. Y Péricles, desde la sopa de legumbres hasta la guayabada, habló de fotografía: de los grandes progresos del arte, de un objetivo que había encargado, de ciertas placas de sensibilidad prodigiosa, del futuro fotográfico del mundo: todo el progreso contenido entre las cuatro paredes negras de una cámara oscura.

El tenedor de libros lo escuchaba en silencio, triturando una ciruela con las encías desdentadas. Por fin, escupiendo el hueso y pasando la servilleta por los labios, que relucían, dijo:

—Está explicado. —Todos se volvieron hacia él, ya con el rostro en sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Péricles, erguido, con aire de desconfianza.

—Pues entonces... la causa de la falta de agua en la cascada del Campo de Santa Ana es que las viudas van allí a llorar.

—¡Bah! —se molestó Péricles, con un gesto de desprecio. Y esa fue la “gracia” de la tarde.

Al dejar la mesa, Brandt me tomó del brazo y, atrayéndome a la veranda, preguntó en tono de misterio:

—¿Viste a Miss Fanny? ¿Notaste?

—¿Miss Fanny? ¿Qué tiene?

—¿No la viste? ¿Llorando?

—¿Miss Fanny?!

—Sí.

—¡Tonterías!

—¡Palabra! Lágrimas a raudales. ¿Qué será?

—¿Y me lo preguntas a mí?...

—¿Será por él? —Encogí los hombros. Y el maestro la compadeció sonriendo:— ¡La pobre!...

Péricles vociferaba en un grupo, lanzando gestos desmesurados, arremetiendo furioso contra el comendador y Basílio, que atacaban al cinematógrafo, “una linterna mágica con delirium tremens”.

—¿Y el fonógrafo? El cinematógrafo es la vida en flagrante. ¿Y el fonógrafo y toda esa mecánica parlanchina que por ahí gime y ruge, atronando la ciudad?... ¡Ah! Contra esa ignominia ustedes no se rebelan, ¿por qué? Pues la fotografía, amigos míos, tiene el futuro garantizado. Todo pasará: el libro, los periódicos, hasta las cartas, ¿entienden? Hasta los discursos. Todos los documentos serán fotografiados: una firma puede falsificarse, un individuo, no. Y los políticos, en vez de perder palabras en discursos interminables que nadie oye ni lee, transmitirán sus ideas por medio de la fotografía, mostrando allí, en la pantalla, la ventaja de sus proyectos, exponiendo, en fin, en vivo, sus programas y no engañando al pueblo ingenuo con logomaquias huecas.

—Y en vez de decirse: «¡Qué gran orador!», se dirá: «¡Qué fotógrafo!»
—peroró Basílio, rompiendo en una carcajada burlona.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no? —arremetió Péricles, ya enrojecido—. ¿Por qué no? Será el siglo de oro, el siglo del silencio y de la acción. Todo se hará cinematográficamente. Un ladrón nos roba la cartera, un asesino nos clava un cuchillo... ¡Zas! El aparato le estampa no solo la figura, sino los movimientos; y, en el jurado, basta desenrollar la cinta y ahí está el monstruo proyectado en la pantalla de la Justicia, con un flagrante a cuestas. ¿Y el fonógrafo? —se inclinó con los ojos desorbitados—. *Res non verba*, amigos míos. *Res non verba*, como decía Cicerón o algún otro semejante —concluyó, secándose con el pañuelo hecho bola el copioso sudor del rostro.

Crispim, que escarbaba los dientes con furia, sacudiendo con un palillo las encías destrozadas, soltaba una risa torpe, sorbiendo los trozos.

Brandt me invitó a un poco de música. Rehusé. Sentía necesidad de movimiento, de acción al aire libre, de reposo espiritual.

Aquellas horas consumidas en arduo trabajo, la noche insomne, las preocupaciones que me traía el carácter de aquel hombre, cuya vida comenzaba a penetrar por la puerta de oro y marfil de un sueño extravagante, me habían forzado demasiado el espíritu. Salí.

La calle, con su larga columnata de palmeras como la galería de un templo, era cruzada por paseantes que gozaban de la frescura. Criados pasaban recogiendo el servicio. En las sombras de los jardines gorjeaban niños; siluetas blancas, inmóviles al abrigo de las pérgolas, parecían dormitar dulcemente. En algunas casas iluminadas sonaban pianos.

Seguí lentamente en dirección a la avenida. Las palmeras susurraban sin cesar. Tranvías pasaban llenos, en convoyes de dos y tres. En el umbral de una puerta que se abría sobre un corredor tenebroso, dos hombres, en mangas de camisa, canturreaban sentados, con las piernas extendidas.

La avenida, ancha y casi desierta, con las grandes perlas de las lámparas esparciendo un resplandor pálido, estaba silenciosa, como adormecida. De instante en instante surgía un automóvil con estrépito, flameando, o era un coche moroso que rodaba con el cochero rígido, los pasajeros caídos, callados, desalentados, como si volvieran de un funeral.

Me apoyé en la muralla, inclinándome sobre el mar salpicado de luces. La ola, blanda y lánguida, golpeaba a chorros, como en el vaciado espaciado de una baldeada. Pero el cielo, por detrás de los montes, fue poco a poco aclarando en un albor sereno, como prenuncio de aurora; un hilo curvo brilló, los picos de la sierra se encendieron de luz nívea y el disco enorme de la luna subió con la impasibilidad espectral de una visión, abriendo en las aguas la larga tremolina argentada.

Un resplandor de fuego estalló en la barra atronadoramente. Refrescaba.

Grupos iban llegando atraídos por la luna: parejas muy íntimas, niños en algarabía; y, descendiendo de Botafogo como en carrera disputada, coches, automóviles y bicicletas pasaban levantando una polvareda que refluía en remolinos, oscurecía las luces, subía y se perdía.

Un hombre se acercaba a pasos lentos. Se detuvo frente a mí, se descubrió lentamente; sus cabellos blancos y ralos parecían mojados, y la barba, que le caía del rostro macilento de un amarillo agrio, brillaba con resplandor oleoso. Me miró inclinando humildemente la cabeza, extendió la mano temblorosa y murmuró una súplica en la que percibí que aludía a la familia.

Le di una moneda. Se inclinó murmurando agradecido, saludándome con la mano, y se alejó con el mismo paso lento a lo largo de la muralla. Poco más adelante se volvió, estuvo un momento parado, indeciso. Por fin, en el aislamiento de la avenida, decidió abandonarla buscando habitaciones, gente, almas que lo escucharan y se compadecieran de su miseria.

Miró a los lados, hundiendo la vista en la distancia y, con esfuerzo, apresurando los pasos, más encorvado, atravesó las alamedas y se perdió en la sombra entre montones de ladrillos, junto a los andamios de unas obras. Reapareció más adelante, en la claridad de un farol, y dobló la esquina.

¿Y yo? ¿Dónde iría? Me sentía incapaz de continuar el paseo. Las piernas se me doblaban y el espíritu reclamaba, en una curiosidad ávida, la continuación de aquella aventura en la que había entrado y por donde iba, con tan raro placer, desvelando, en cada período, como a través de ramas que se apartaran en un bosque de sortilegios, encantos mayores y maravillas más bellas.

Tomé resueltamente el camino de casa. Al entrar, me pareció ver una silueta en la pérgola. Saludé. Y la voz dulce de Miss Fanny respondió desde la sombra.

Las magnolias perfumaban. Brandt tocaba. En la veranda, Miss Barkley y el comendador, hundidos en sillones de mimbre, conversaban. Me detuve un momento alabando la noche y, a propósito, el comendador me felicitó:

—Estamos libres del inglés por algún tiempo. Escribió a Miss Barkley pidiendo unas cosas. Está en la Tijuca, con el Smith. Que se quede allá cuanto más pueda.

Miss Barkley, rompiendo su discreción, se extrañó por primera vez del misterio de aquella vida. No era natural. Excentricidades las tienen muchas personas, pero no tantas: aquello era demasiado. En fin... como no incomodaba...

—¡No incomoda! —exclamó el comendador—. Menos esa. No hay peor vecino.

—Eso fue solo una noche —defendí—. Naturalmente, el señor no tenía sueño. Yo vivo pared de por medio con él y nada oí, a pesar de estar despierto.

—Pues sí...

Los sonidos del piano de Brandt dominaron la charla. Miss Barkley fue a apoyarse en la balaustrada, atenta. Era una rapsodia de Liszt ejecutada con mucha expresión y bravura.

—¡Toca bien! —concedió el comendador.

Y Miss, embelesada, asintió con la cabeza:

—¡Oh! ¡Muy bien! —Y, callados, nos quedamos escuchando la pieza admirable.

Subí bostezando, dispuesto a acostarme y con ideas firmes de trabajo para el día siguiente: me levantaría temprano y, después del baño, retomaría la traducción llevándola hasta la hora del almuerzo; tras un breve descanso, avanzaría hasta la noche. Pero en la salita, frente a la mesa, se encendió mi curiosidad. Abrí la carpeta, hojeé lentamente el manuscrito intrincado y me senté; dispuse el papel, tomé la pluma y estaba por trazar la primera palabra cuando oí voces, un movimiento inusual abajo: pasos que se precipitaban, puertas que golpeaban, sillas arrastradas. Llegué a lo alto de la escalera, me puse a escuchar y distinguí la voz del comendador, que decía alarmado:

—¡Cualquiera, hombre de Dios! ¡Cualquiera! Aquí mismo cerca hay uno. Pero apúrate, muchacho.

Inclinándome, apoyado en el pasamanos, pregunté:

—¿Pasa algo, comendador?

El viejo, que estaba cerca, subió algunos peldaños y, con las manos en forma de cuenco ante la boca, me susurró en secreto:

—Miss Fanny, la profesora... está echando sangre por la boca. Parece que es del pulmón.

Bajé hasta él. Entonces, confidencialmente, explicó:

—Estábamos en la galería cuando apareció tosiendo a sacudidas, jadeante... Se agarró a una columna y, cuando vimos, soltó la bocanada de sangre, ¡más de un litro, quién sabe! —Se rascó la cabeza, con el rostro crispado de disgusto y horror—. Mandaron buscar un médico. ¿Hace cuánto tiempo vengo yo diciendo esto? Una criatura tan débil, ¿es para llevar la vida que ella lleva? Una

esclava del trabajo, al sol, bajo la lluvia; además de aguantar niños. La ambición es lo que deja. Y sin un pariente, ¡pobre!

—¿Y le dieron algo?

—Quién sabe... Miss Barkley está preparando una pócima con vino.

Está perdida... —Fue bajando; lo acompañé—. No se incomode.

Usted tiene su trabajo, quédese tranquilo. ¡Buenas noches!

—Pero si fuera necesario...

—No, no lo es. —Y se volvió repitiendo—: Quédese tranquilo, incluso porque ella ya está en su cuarto y allí, usted sabe, ni el sol entra... solo la luna, porque es femenina. El médico no tarda. Buenas noches —y desapareció en el corredor.

Recordé la frase misteriosa de James: «¡Pobre leona!». Y, todavía por un tiempo, me quedé apoyado en la baranda, mirando, como esperando un nuevo incidente, la noticia de otra bocanada de sangre —la última— y la muerte. Pero la casa volvió al silencio.

Subí y seguía por el corredor cuando sentí que la luz del mechero de gas se apagaba en vacilaciones trémulas. Levanté los ojos: efectivamente, la llama se retraía como si una mano misteriosa fuera girando lentamente la llave. De pronto, se apagó. Un rayo de luna blanqueó el piso y se quebró en la franja de la pared. Pero esa luz se condensó, se reunió toda en un nimbo como si hubiera una claraboya en el corredor filtrando, en disco, el triste resplandor nocturno. Y del piso fue levantándose en blancura, creciendo, tomando forma en la sombra.

Se formó una silueta esbelta y, bajo la amplia túnica que la envolvía, se dibujaban los contornos suaves de un cuerpo femenino. Blanca como el yeso, rígida, en actitud lapidaria, me apresaba la mirada; y al acentuarse los rasgos del rostro, reconocí en ellos las facciones de James. Los brazos desnudos salían de los pliegues blandos de la túnica, blancos, extendiéndome las manos blancas. Era James Marian y, en aquel traje, su rostro resaltaba más bello. Era él, tal como yo lo había imaginado en mis sueños.

Sobrecogido, sin poder moverme del punto en que me sorprendió la oscuridad, permanecí allí; un frío de pavor me helaba, la boca se me resecaba y el corazón me golpeaba con violencia. Pero la luz reapareció; se reencendió el gas en una llama azul, pequeña y vacilante, que fue creciendo como una flor, abriéndose e iluminando. La visión se desvaneció, absorbiéndose en la claridad hasta que, de nuevo, el corredor apareció iluminado y desierto.

Entonces pude caminar, rígido de espanto. Abrí mi puerta, pero antes de entrar, temeroso de una nueva aparición, me detuve examinando el interior. Todo estaba en orden. Y respiré como quien se salva de un desastre. Pero las piernas se me aflojaban en un quebranto y me dejé caer en el diván, oprimido, con la respiración angustiosa, estrangulado por el miedo.

La casa parecía animada, dilatándose, extendiendo todos sus miembros de piedra y todos sus maderos, bamboleándose en sus cimientos profundos. Estallidos se respondían de un mueble a otro, o eran las tablas del techo disyuntándose, como hendidas, atronando el silencio pavoroso con estruendos ásperos. Por momentos, la luz temblaba en vacilaciones que modificaban el aspecto y la posición de las sombras, desplazándolas, retrayéndolas o alargándolas. En mí mismo, como si me penetrara el frío de la muerte, el corazón parecía endurecerse y la sangre ora se escurría dejándome la cabeza hueca, ora me afluía toda al cerebro, en torrente, aturdiéndome en un estado pleno de apoplejía.

Me levanté midiendo a grandes pasos el estrecho pasadizo, evitando los espejos con un inexplicable temor; pero, de soslayo, veía mi reflejo sin atreverme a fijarlo, seguro de encontrarlo demudado, si no es que otro: la imagen de alguien más. Llegué a la puerta del cuarto y aparté el cortinaje: la luz entró en una franja hasta el borde del lecho, pero el fondo era negro, en tinieblas. Y yo sentía en aquella oscuridad algo indefinible, una traición impalpable, la celada del misterioso invisible.

Volví a la salita y, resueltamente, sin siquiera apagar el gas, tomé el sombrero y salí. Todavía en el corredor vacilé antes de girar la llave; por fin, decidido, me encaminé con pasos sordos hacia la escalera, avergonzado de la cobardía de aquella fuga. Crucé el comedor aún encendido, la galería, el jardín y me lancé a la calle, sin destino. Tomé el primer tranvía que bajaba, ansioso por el tumulto de la vida. Pero toda la ciudad estaba llena de mi terror.

En lo oscuro de las calles solitarias se cruzaban conmigo, en un desliz aéreo, finas siluetas fúnebres y fluidas; halos flotaban ante mis ojos y desaparecían súbitamente. En los mismos grupos yo sentía, adivinaba la presencia de un ser vago, incorpóreo, que se integraba entre los vivos como refugiándose. Anduve hasta tarde, errando. Me acercaba a los puntos más concurridos, pero en todas partes, en todo, sentía la influencia nefasta de un prestigio maligno.

En una taberna, perdida en un callejón oscuro, mujeres deshechas en una algazara bulliciosa, con los codos clavados en mesas sórdidas y rodando los ojos vidriosos, entumecidos por la embriaguez, fumaban y charlaban entre risas de la malandragem nocturna, al son ronco de un acordeón que uno de ellos tocaba. Me detuve en la puerta, saturándome de la exhalación de aquel contubernio, pero el vicio mismo se me volvió siniestro; los borrachos y las prostitutas, amontonados disolutamente, me parecieron apenas visiones que se disolverían como se disolvía el humo que empañaba la caverna.

Un coche pasó con voces alegres: dos muchachos y dos muchachas. Tomé un coche ligero y mandé seguirlos, queriendo aferrarme a aquella disipación bulliciosa. Bajaron en el Paris. Entré. El salón rebosaba fulgente. Me senté en la primera mesa libre y, sin voluntad, inerte y exhausto, me entregué al arbitrio del criado que me sirvió la cena. Viéndome en el espejo, casi me sorprendí al hallarme el mismo, tan cambiado me sentía interiormente. Me habría quedado hasta el amanecer en aquel rumor, bajo la luz viva de aquellos candelabros, si los noctámbulos no se hubieran ido retirando, cada cual a su rumbo:

unos cantando, abrazados a muchachas, con el sombrero en la nuca y lanzando las piernas en giros de danza; otros lentos, pensativos, taciturnos, bostezando.

Salí para rehundirme en la noche que me aterraba. La luna se había ocultado, cubierta por gruesas nubes. Un viento fuerte soplaba en ráfagas. En la puerta me pareció distinguir la voz de Décio en un grupo. Era él, todo de lino blanco, con flores en el ojal. Hablaba de Rodenbach con sus explosiones e hipérboles. Me vio y, avanzando verdaderamente asombrado, con los ojos chispeantes, exclamó:

—¿Qué es esto? ¡Tú! El gato ceniciento... a las dos de la mañana, sin paraguas ni abrigo, ¡en el umbral del París! ¡¿Qué es esto?! ¡Qué grandes cambios amenazan a esta tierra lúgubre! —Se acercó, me palpó y me examinó para convencerse—: Pero... ¿eres tú mismo? ¿Qué sucede? —me preguntó en secreto, con una sonrisa de rostro infantil.

Me tomó del brazo y, con un «¡Buenas noches!» al grupo, que enseguida se disolvió, me arrastró hacia el centro de la plaza: —Anda, cuenta. Vierte en el abismo de mi discreción la aventura de esta noche. Dime del fulgor de sus cabellos, del color de sus ojos, de la gracia alada de su andar. ¿Es intelectual, tiene alma, o es una Venus bruta, carne analfabeta y lúbrica?...

Le conté mi pavor.

—¡Qué! ¿En aquella casa? ¡Es imposible!

—Es verdad. No sé qué fue...

—Quizá mal vino en la cena.

—No bebí.

—Entonces, amigo mío, eres un mimado de los dioses, el único hombre en este encanecido y agotado planeta a quien aún le fue dado gozar la superexcelencia de un frisson. Porque ya no hay más frissons. Los pocos que quedaban, Baudelaire los consumió. ¡Y tú encontraste uno!... ¡Hombre feliz! Y dejar esa sensación superior para chapotear en el lodo de esta Suburra infecta... Si me prometes un

poco de tu miedo —un escalofrío, al menos—, voy contigo y paso la noche a tu lado. Si no, ven conmigo a Copacabana a conversar con el viejo océano y saborear una cerveza helada, que es el rocío con que acostumbro rociar la flor de mi lirismo en noches sentimentales. Vamos, ¡decídetes!

Lo llevé conmigo. Se quedó en el diván de la salita y, hasta tarde, hojeando volúmenes, atronó el silencio con la música de sus estrofas y arrebatos de entusiasmo.

CAPITULO 4

Desperté abatido, quebrantado: todo el cuerpo me dolía como si estuviera magullado, y la cabeza, pesada, era como un espacio inmenso lleno de nieblas, atravesadas de trecho en trecho por el hilo de luz de una reminiscencia.

Aparté las sábanas y, tendido, tibio, encajado en el hueco de la cama con los ojos fijos en el techo, me puse a pensar en el incidente de la víspera. Como el sol entraba por las persianas iluminando el cuarto, reluciendo en los muebles y brillando en los espejos, me pareció ridículo aquel “nerviosismo” que me había lanzado fuera de casa, en plena noche, en una verdadera fuga espantada.

Entonces recordé a Décio. Lo llamé e insistí. Pasos precipitados resonaron en la salita y Alfredo corrió el cortinaje, diciendo en tono de sorpresa:

—¿El señor Décio? Ya se fue hace rato. Se bañó, tomó una taza de café y salió. ¿Quiere que le traiga su café? Ya se lo había traído antes, pero el señor estaba dormido.

—Tráelo. Pero dime: ¿cómo pasó la noche Miss Fanny?

—Creo que mejoró, sí. Pero aquello, para mí... —estiró el labio con gesto de desaliento y, golpeándose el pecho, concluyó—: es del

pulmón, tisis. ¿No le parece al señor? Mire que yo fregué la galería, fregué a fondo, pero la mancha allí sigue. Sangre a cántaros. Y todavía en el cuarto vomitó; me dijo el jardinero que en el jardín también había. Al fin y al cabo, la gente no tiene tanta sangre como vino una cuba. Lo que sale no vuelve, y es la vida. Entonces, ¿el cafecito? ¿Lo quiere con leche?

—No

—Simple. Muy bien —apoyó la escoba y salió corriendo.

Mañana inútil. Después del almuerzo me senté a la mesa, abrí la carpeta y me quedé largo rato mirando las hojas densas, cruzadas de trazos y salpicadas de manchas que complicaban aún más la interpretación de aquellos garabatos intrincados. Me levanté y salí al corredor queriendo ver el punto en que se me apareciera la visión. Examiné atentamente el piso, las paredes y el techo, como buscando una rendija por donde hubiera pasado el cuerpo fluido que surgiera ante mí, en actitud de estatua, deteniéndome el paso. Y allí me quedé absorto, con el espíritu perdido y la mirada inerte, fija en la contemplación de lo inexistente.

Volví a la salita sonriendo de mi terror, abrí la ventana al sol, encendí un cigarro y, sentándome a la mesa, proseguí con la traducción:

«Desde aquel día en adelante mi vida cambió como un río que, rodando angustiado en una áspera y sombría garganta por un lecho de lodo erizado de piedras, saliera desahogadamente a una verde llanura, fluyendo entre árboles lozanos bajo el azul del cielo y el vuelo continuo de pájaros y mariposas. Las horas pasaban sin que yo las sintiera, serenamente fáciles y dulces gracias a las atenciones delicadas de los compañeros de mi soledad.

La mayor prueba del encanto que ellos supieron crear en torno mío fue la indiferencia con que, desde que los tuve conmigo, veía llegar el día —antes tan deseado— en que Arhat me acariciaba en el espléndido salón de oro y me seguía, condescendiente, al parque. Allí

me permitía andar libre por las alamedas silenciosas, embebiéndome de luz y de aroma, correr en las praderas finas, navegar en el lago, subir a las pendientes por la escalinata cubierta de hierba de los taludes, reposar entre las piedras húmedas oyendo el murmullo cantante del agua, o ver de cerca la gracia arisca de las corzas y el porte altivo de los ciervos robustos, cuyas cornamentas muy ramificadas aparecían entre los castaños como raíces de árboles desenterradas.

En toda esa delicia, solo un disgusto perturbaba la dulzura de mi vivir, y provenía de los súbitos cambios, de la versatilidad en que se debatía mi alma indecisa y variable, ora inclinada con más afecto hacia Siva, ora entregada enteramente a Maya. En ciertos días, mi corazón latía ansioso reclamando al mancebo y se regocijaba en un placer íntimo cuando lo sentía cerca. Solo el rumor de sus pasos me ponía en alboroto, feliz; y si hablaba, yo sentía la sangre correr con más prisa en las venas, se me encendían las mejillas y los ojos, atraídos por los suyos, se humedecían en un aflujo de lágrimas. Si la otra se me aparecía en momentos en que mi inclinación era hacia los ojos negros, me irritaba irasciblemente, conteniendo a duras penas impulsos de súbito rencor.

Otras veces, inversamente, el mismo sentimiento se manifestaba contra la pluma airosa por verla tan cerca de los cabellos fulgentes. Era, entonces, la doncella mi encanto. La quería junto a mí, tomaba sus manos y, abrasado en un ardor vivo, temblaba al ver su pequeña boca entreabierta, el cuello turgente, la cintura breve y los finos tobillos ceñidos por las ajorcas de oro. Y mi placer era quedarme a solas con ella, callado, con los ojos fijos en su rostro y sus manos en las mías, viéndola trabajar, sonreír o sonrojarse bajando los párpados, con la respiración más apresurada y jadeante y rosas más rojas en las mejillas.

Esa simpatía se alternaba y siempre con el mismo regusto de odio hacia lo que quedaba fuera de su alcance, como si el corazón no

pudiera contener en su afecto a dos criaturas y temiera perder a la elegida ante las artes de seducción de la pospuesta».

Tal inconstancia me avergonzaba y remordimientos punzantes me herían después de las repulsas. Entonces, para mitigar lo que yo juzgaba una ofensa, me dulcificaba, atribuyendo a los nervios aquellos frenesís que me hacían proceder en tal discordancia con mi sentir. Siempre la respuesta —de uno o de otro— era la sonrisa y, compitiendo, redoblaban su cariño, desvelándose junto a mí en los cuidados más delicados, atentos a mis deseos, adivinándolos para realizarlos.

A los quince años yo era, en desarrollo físico, lo que hoy soy: el tiempo, al completar al hombre, poco más añadió a la robustez del adolescente. En contraste, sin embargo, el alma se debilitaba a medida que el cuerpo se fortalecía. Sentía apagarse un instinto y acentuarse otras inclinaciones. El arrojo valiente de mis años verdes se entibiaba en timidez; el gusto por las armas, por los ejercicios de destreza y por las lanzas atrevidas se apagaba, y el espíritu de aventura, que me hacía desear el mundo con sus peligros, se retraía. Las mismas ideas parecían sustituirse.

La inteligencia, antes tan aguda, pronta y curiosa de saber, se cerraba con repugnancia a ciertos estudios y, a los libros, prefería las flores; cambiaba las armas por las tapicerías y hallaba más interés en ver cruzarse en la trama de un bastidor los hilos de oro y de seda, o en la melodía de un canto de amor, que en las sabias lecciones o en el garbo del corcel enjaezado en el que seguía a Arhat, caballero apuesto y osado como un centauro.

Una noche —era invierno y nevaba— ardía un fuego alegre en el vasto fogón de mármol y bronce, esparciendo en torno un vivo resplandor purpúreo. Yo leía, dulcemente abrigado, cuando de improviso me estremecí en un áspero escalofrío, como si detrás de mí se hubiera abierto una de las altas ventanas, lanzándome a la espalda una ráfaga ríspida de invierno. Me volví aterrado: todas las puertas tenían los

cerrojos corridos, no penetraba soplo alguno; tan pesados en sus pliegues caían, inmóviles, los cortinajes. El frío, sin embargo, recrudecía, aunque las manos y el rostro conservaban el calor natural en aquel ambiente caldeado.

Aproximé la poltrona al fuego y fue como si me hubiera recostado en un bloque de hielo. Me abrigué aún más, tirando de las pieles, y la sensación persistía desagradable, mórbida, entumeciéndome y haciéndome castañetear los dientes. Quise levantarme, llamar: estaba paralizado, y no sé cuánto tiempo, envuelto en pieles, tirité traspasado, mirando el vivo fulgor de la llama y oyendo el crepitar de las brasas. Era un frío interno, como si la sangre se me fuera congelando y los huesos se hicieran de nieve. Poco a poco, sin embargo, vino el calor y, con él, un sueño pesado, sueño de fatiga que me postró como muerto.

A la mañana siguiente desperté en tan alegre disposición y tan fuerte que Maya sonrió de mi ímpetu cuando entró con un brazado de orquídeas recogidas en el invernadero. Al verla, dejando la espada con la que me ejercitaba, le pasé el brazo alrededor del busto grácil, besándola dos veces en la frente y en la boca. No se mostró sorprendida, sino contenta; y, consintiendo en mi delirio, apenas bajaba los párpados, y sus pequeñas manos eran de nieve y temblaban dentro de las mías, que las torturaban.

Lo que entonces sentí por aquella criatura, cuyo nombre se volvió el motor de mis labios, fue un verdadero desprendimiento de mi ser, una sumisa rendición del alma, que parecía haber transmigrado a su cuerpo, al cual yo adoraba desde los hilos de oro de sus cabellos hasta la punta de los pies que la ponían en contacto con la tierra. A su propia sombra, por ser expansión de su cuerpo y su parte en la luz, tanto la quería que, una vez, juntando todas las flores que perfumaban la habitación y mi salón, la hice quedarse de pie, al sol, y fui cubriendo la sombra de su cuerpo con flores, de modo que la dibujé en la alfombra; y de noche, rechazando el lecho, como un

novio que se encamina hacia la novia, me tendí sobre aquella alfombra y dormí apasionadamente en el sueño de mi amor.

Oírla era mi placer. Viéndola sentada, me arrodillaba a sus pies y quedaba perdido contemplando sus ojos, viéndome en ellos como en la transparencia líquida de un lago. Mi mayor gozo era sentirle el corazón, contarle los latidos, ajustándolos con los míos. Sonreíamos entretenidos en tal encanto y, dulcemente, nuestras cabezas se buscaban atraídas, se unían nuestras bocas: yo respiraba el hálito de su pecho, ella recibía la respiración del mío y, cambiando el aliento, vivíamos de la atmósfera íntima en que nuestras almas flotaban.

Y así, embebidos uno en el otro, llegábamos a olvidar las horas. La noche me sorprendía, ¿y cómo habría de sentirla si tenía el azul luminoso de aquellos ojos y el esplendor astral de aquellos cabellos de oro? Siva, sin jamás demostrar despecho por la preferencia con que yo distinguía y acariciaba a su compañera, fue escaseando las visitas, hasta que se limitó a aparecerme una sola vez por la mañana, deteniéndose en el umbral de la puerta, mudo, inmóvil, con los ojos bajos, esperando órdenes. Las recibía y se retiraba, y en todo el resto del día ni el rumor de sus pasos sonaba en los alrededores.

Y así, en ese dulce coloquio, un mes transcurrió sereno. Tanto me absorbí en Maya que solo después de tan largo plazo noté que cuatro veces Arhat había dejado de recibirme; ni siquiera se comunicaba conmigo. ¡Cuatro semanas sin verlo, las primeras desde mi más tierna infancia!

Aunque no me privaran de la libertad que él me concediera en aquel día festivo en que me anunció, con alegría paternal, que había cumplido quince años —pudiendo andar libre por el parque y por todas las dependencias del solar que me fueran franqueadas por quienes me servían—, me sentía en desazón y en cautiverio sin la presencia consoladora y afable de aquel amigo.

Hablé con Maya pidiendo una explicación para aquel olvido que me

ofendía y me hería como un ingrato abandono. Ella no respondió. Insistí acariciándola. Hizo un gesto con la mano señalando el espacio, el más allá, como dando a entender que él había partido. Y fue cuanto pude sacar de su discreto silencio. Pero a la mañana siguiente interrogué a Siva y el mancebo, fijando en mí sus ojos de terciopelo, dijo:

—Señor, Arhat debe volver con los días suaves, en el vuelo de las golondrinas. Viaja. Lo tendréis con vosotros cuando broten los primeros retoños —y nada más añadió.

Desde esa hora, inexplicablemente, comenzó a enfriarse en mi corazón el ardor en que me abrasaba. Ya desatendía a Maya, me apartaba de sus pasos y, no pocas veces, su voz tan querida me sonaba en un tono importuno. Pasaba los días recogido en un pensamiento único y, de noche, al despertar, me levantaba descalzo y, muy ligero, apenas rozando el tapiz, iba hasta la puerta. La entreabría hacia la extensa galería iluminada por lámparas opacas que parecían lirios y magnolias entre el follaje de los tallados, y me quedaba mirando con un deseo intenso de subir por aquella escalera que se enroscaba al fondo para llegar al salón y abrir una pequeña puerta, una especie de aditamento, desde donde Arhat solía surgir. Más allá de ella debían de estar sus aposentos.

Pero el temor de que me sorprendieran en tan indiscreta pesquisa, de incurrir en el desagrado del hombre todopoderoso, me retenía. Una noche, sin embargo, en que el viento soplaba con furia y la nieve era más densa, tarde —cuando toda la casa dormía—, me levanté decidido y, en una resolución inquebrantable, salí a la galería. Mis pasos crujían en el tapiz como leña verde al fuego; todo yo temblaba, aunque llevara sobre los hombros un manto de pieles. Caminé. Ante la escalera aún me detuve. Las lámparas esparcían por ella una luz nívea; los balaustres centelleaban en volutas de plata y, allá arriba, en la abertura circular, la claridad parecía mayor, como la de una claraboya en pleno sol.

Fui subiendo temeroso y mis rodillas se doblaban en violentos temblores. Llegué arriba y el valor, que se había apagado, se reavivó más ardiente, impulsándome hacia el vestíbulo de mármol reluciente que un candelabro de bronce iluminaba con esplendor diurno. Allí estaba la puerta del salón con los relieves caprichosos de la más complicada escultura, en una profusa promiscuidad de monstruos y dioses trágicos. Caminé. La duda aún me asaltó: ¿cómo abrirla? Pero delante de la puerta, apenas tocándola ligeramente, la sentí moverse, deslizarse, girando suavemente en los goznes y dejándome el paso franco hacia el salón que fulguraba en un esplendor deslumbrante de incendio.

Las columnas eran cilindros flamígeros, centelleando e irradiando con el brillo ardiente de los troncos inflamados; las molduras ardían; el piso, cubierto por el tapiz de color ígneo, parecía cuajado de lava incandescente; y tibio, aturdidor, en ondas de humo espeso, subía e impregnaba el ambiente el aroma de los perfumes. Los incensarios exhalaban espirales azules y eran innumerables: altos, sobre trípodes extraños, o en bajas peanas apoyadas en garras. Una pira de bronce ardía en medio del salón, flameando cerúlea, ora en una llama única y piramidal, ora en lenguas repartidas que titilaban.

Me estremecí de repente. Me seguían, me espiaban. Me quedé con el corazón aterrado, sofocado, sin aliento. Miré y entonces reconocí en mi silencioso perseguidor a mi propia imagen —no una sola, como al principio me había parecido, sino muchas, reproduciéndose en todos los espejos que se enfrentaban, alargando y profundizando el salón indefinidamente, multiplicando las columnas de oro, los trípodes, la pira encendida, los muebles y mi propia figura que, en una fila extensa, repetía con isocronismo mecánico todos mis movimientos.

Me aventuré hasta la puerta escondida, incrustada en una reentrada en ojiva. La empujé; cedió sin ruido, abriéndose sobre una especie de cripta de ambiente oloroso y azulado, de cuyo techo abovedado

pendía una lámpara en forma de concha, irradiando en siete mecheros de los cuales subían trémulas llamas pálidas. Mis pies se hundían blandos, suavemente, en el tapiz de felpa tenue; y tan espeso era el aire que yo lo iba venciendo con el esfuerzo con que un nadador rompe el cuerpo de las olas. Pero el brillo de un foco de hornaza ocultaba bajo su llama el extremo del pasaje. Me guíé por él, precipitado, casi corriendo, y salí a un recinto circular como el interior de un cimborrio, al que una luz púrpura y fúnebre, filtrada por ampollas de porcelana, enlutaba.

En los muros, forrados de seda violácea bordada con lirios de plata, se abrían extraños nichos, denticulados como cavernas, que resguardaban ídolos de ojos fulgurantes.

Una enorme lámpara de oro pendía del centro, suspendida por una serpiente de escamas refulgentes. De trecho en trecho, en copas de bronce, crepitaban resinas aromáticas, y ramas de flores se marchitaban en grandes urnas de ónix y alabastro. Sobre un lecho bajo, a cuya cabecera velaba un Buda de proporciones humanas, se ponía rígido un cuerpo cubierto por un velo finísimo, diáfano y sutil.

Lo levanté apenas y, solo con alzarle una de las puntas, se infló ondulando como neblina al viento. Descubrí todo el cuerpo y, con un violento temblor, retrocedí horrorizado al reconocer, en el cadáver que allí yacía, a Arhat. La luz fúnebre le daba de lleno en el rostro lívido y hundido, le amorataba las manos arrugadas, le vaciaba las órbitas y le hacía más saliente el mentón agudo.

El terror me avasalló: se me iba el espíritu y el cuerpo se rendía, desplomándose junto al féretro. Vacilé, se me doblaron las rodillas en una flojedad cobarde; me sostuve de una urna. Ruidos sombríos atronaban, quizá el viento gimiendo afuera o... ¡quién sabe! Me incorporé e, incierto, tanteando sin ver ante el resplandor sepulcral de aquel recinto de muerte, caminé rígido, tropezando con las paredes; al alcanzar la bóveda del pasaje, eché a correr despavorido.

Al salir al salón, se me cegaron los ojos encandilados por la claridad intensa. Llegué al vestíbulo, me lancé a la escalera en fuga vertiginosa y atravesé la galería. Al llegar a mis aposentos, extendí los brazos arrojándome de golpe contra la puerta, como para derribarla, y me precipité en el vacío. La puerta se había abierto y, en medio de la habitación, en plena luz y con aspecto siniestro, Arhat estaba de pie, con los ojos fijos e inmóvil».

La tarde palidecía cuando suspendí el trabajo, estirándome en el diván para reposar. El interés por el manuscrito, lejos de crecer con el desarrollo por demás curioso que iba tomando la “novela”, decaía en simple curiosidad literaria. No era, como yo presumiera, un estudio verídico, sino una fantasía, pura ficción tejida con cierto ingenio en una tela deslumbrante. El inglés se había divertido a mi costa, ofreciéndome su literatura en un envoltorio de misterio. En fin, era siempre una distracción para mis horas vacías y, si no me ponía en el umbral del arcano, me mostraba, en plena luz, la imaginación radiante de un romántico.

Oscurecía. Las cigarras cantaban en concierto. De pronto sentí un sacudón, como si la casa se hubiera levantado sobre sus cimientos, y enseguida un retumbo seguido de un estrépito violento, otro y otro... Era, en la cantera próxima, la explosión formidable de las minas, desplazando de los flancos de la montaña bloques de piedra, verdaderos peñascos que rodaban estrepitosamente, no pocas veces arrastrando palmeras, viejos árboles y costras de tierra cubiertas de maleza, aplastándolos contra las aristas de la monstruosa roca desgajada.

Me vestí y, cuando la sombra ya se adensaba en los rincones, encendí el gas y bajé para la cena. La sala iluminada, con las sillas en torno a la mesa florida y cubierta de porcelanas y cristales que relucían, aún estaba desierta. Los huéspedes comenzaban a aparecer en la galería o paseaban por el jardín. Brandt, siempre solo, embelesado en su ensueño, escuchaba íntimamente los ritmos antiguos, la suave

expresión de las melodías muertas. Iba y venía lentamente a lo largo de las frescas alamedas, rodeando los canteros húmedos por el riego, rozado por las rosas jóvenes que se inclinaban lánguidas en sus tallos, ya bajo el influjo de la voluptuosidad nocturna. Por momentos se detenía, extendía la mano hacia una rama, tomaba una hoja entre los dedos y la enrollaba, estrujándola con los ojos perdidos en lo alto, absorto, como siguiendo un sueño que se disolvía dulcemente en el éter, se esfumaba y se fundía con la noche, entre los sueños.

Basílio, encogido en una silla de paja, husmeaba con sus ojos vivaces algo en qué afilar el sarcasmo. Carlos y Eduardo, juntos en la balaustrada, cuchicheaban; Crispim silbaba bajito apoyado en el umbral de una de las puertas. La casa tenía un aire melancólico; algo lúgubre flotaba nublando su expresión de alegría. Su aspecto era otro: mudado, abatido, como en fatiga.

El comendador y Péricles aparecieron. Basílio, al verlos, se volvió por entero en la silla:

—¿Entonces? ¿Va o no va?

—Mal —dijo el comendador.

—¡Ah!, esa enfermedad... ¿Y el médico?

El viejo se encogió de hombros. La curiosidad reunió a todos los huéspedes en un grupo y el tenedor de libros, fijando los ojos en Péricles, preguntó:

—¿Fuiste a verla?

—No —dijo el otro, retraído—. Está allí Penalva, que entiende de eso. Yo no. ¿Qué voy a hacer allá?

—Un instantáneo, hombre. La escena se presta...

—¡Tontería...! —rezongó Péricles, dándole la espalda.

La campanilla vibró. Entramos. Miss Barkley apareció imperturbable, asintió con la cabeza y tomó su lugar. El criado entró con la sopera y, en silencio, con el respeto de un rito, comenzó la cena.

Penalva tenía un aire más grave, la compostura seria de un hombre

llo de responsabilidades. Se sabía que el médico le había pedido auxilio, confiándole la enferma y haciéndolo depositario de aquella vida que él sentía extinguirse poco a poco, a pesar de los esfuerzos que hacía por mantenerla en aquel cuerpo debilitado y frágil.

—Entonces, doctor... —preguntó Basílio—, ¿qué hay de Miss Fanny?

El estudiante alargó el labio en un gesto dubitativo. Brandt lo encaró:

—¿No tienes esperanza?

—¿Esperanza? Está perdida —concluyó, metiéndose en la boca un trozo de pan.

Miss Barkley soltó un suspiro más largo y, extendiendo el brazo, acomodó unas rosas que pendían del florero.

—Lo que me impresiona es la alucinación.

—¡Alucinación! —exclamó el comendador.

—Sí, alucinación —insistió Penalva.

Los ojos de Brandt se agrandaron iluminados y preguntó:

—¿Alucinación?

—Es verdad. Anoche, apenas salió el médico, comenzó a manifestarse el estado alucinatorio. Estaba acostada, tranquila, pareciendo dormida cuando de pronto, estremeciéndose, se incorporó de golpe; se sentó con los ojos muy abiertos, clavados en el fondo del cuarto. Intentamos acostarla, pero nos rechazó suavemente, permaneciendo en la misma actitud extática, muy pálida, toda fría y temblorosa. Así estuvo un instante hasta que, escondiendo el rostro entre las manos, rompió en sollozos, dejándose caer en el lecho como abandonada.

—Era Mister James —dijo Miss Barkley.

Hubo un alboroto en la mesa y muchas voces exclamaron con la misma sorpresa:

—¿Mister James?!

—Sí —afirmó la inglesa con serenidad.

Todos, entonces, dejando el cubierto, se inclinaron para escucharla, sorbiendo sus palabras, y en el ansioso silencio ella continuó, pausada:

—Sí, Mister James. Fue lo que ella me dijo. Lo vio a la cabecera; no a él propiamente, al hombre, sino a una joven que tenía su rostro, vestida con una túnica como las estatuas.

Ante las palabras de la inglesa, un escalofrío me recorrió la espina dorsal, se me erizaron los cabellos y toda la piel se me crispó con un prurito irritante.

—¡Pobre! —concluyó Miss Barkley.

Se intercambiaron miradas y la cena prosiguió silenciosa. Basílio, sin embargo, irrumpió en tono de escarnio:

—Entonces... ¿con túnica? ¿mujer...? —Miss Barkley asintió, afirmando—. Pues mire, no descubrió la pólvora. Yo, aunque no lo haya visto de túnica como las estatuas, siempre lo clasifiqué en el otro sexo. —Los lentes de Miss centellearon—. Perdone, Miss, pero es la verdad. —Y sacando violentamente la servilleta del cuello, exclamó—: ¡Pues aquello no es cara de hombre! —Lanzó la mirada consultando a los oyentes—. Si tuviéramos policía, garantizo que ese caso ya estaría esclarecido. Porque, al fin y al cabo, ¡quién sabe! Rusia está llena de mujeres anarquistas, y son peores que los hombres. En fin... lo mejor es callarme. ¡Que se las arreglen!

Se aferró al roast-beef, arremetiendo con furia salvaje contra la pieza de carne que le ensangrentaba el plato atiborrado de lechuga. Brandt lo miraba con desprecio y, hasta el final de la cena, picoteando apenas con bofetadas lentas y distraídas al plato, no dijo palabra. Por momentos se le fruncían las comisuras de la boca en el fugaz esbozo de una sonrisa. Basílio se encendía, indignado contra la belleza de James, con la revuelta escandalizada de un puritano ante una obscenidad torpe.

Cuando nos levantamos, Brandt, tomándome del brazo, preguntó en tono confidencial:

—¿Tienes algo que hacer?

—No

—Ven conmigo. Este hombre me irrita, me tortura los nervios —y volvió una mirada al tenedor de libros, que se empachaba en la galería, rumiando odio.

Salimos. El músico, hasta llegar al chalé, mantuvo el silencio, retorciendo su bigote ralo. La salita estaba oscura y sofocante. Brandt abrió de par en par las ventanas. Hubo un amplio ondear de cortinas al viento.

A la claridad del gas todo el conjunto artístico del interior emergió de la sombra: barnices y láminas centellearon, las flores resaltaron a la luz, los lienzos, en amplios marcos de oro y laca o de madera encerada, mostraban horizontes lejanos de llanuras, cabecitas vivaces, aguas en remanso, bosques y ganados, y las cigüeñas tristes, en el biombo, con el refulgir de los hilos de oro y seda, parecían erizar las plumas. Brandt se recostó en el piano y, con un cigarro entre los dedos, balanceando la pierna, quedó pensativo. Yo me hundí en la poltrona, fumando. Un viento húmedo, en ráfagas, sacudía las ramas del jazmín sin flores.

La noche triste, tenebrosa y tibia, pesaba como un subterráneo.

—Mi querido —dijo el músico—, están sucediendo cosas extraordinarias en esta casa. Cosas verdaderamente prodigiosas.

—¿Por qué?

—¿Oíste lo que dijo Miss Barkley sobre la visión de Miss Fanny?

—Sí: James...

—Pues, amigo mío, yo no estoy enfermo, ni se dirá que me haya impresionado con esto o aquello, porque solo hoy, en la mañana, supe de la dolencia de la profesora. Anoche, sin embargo —era quizá la una

—, terminando el estudio, me incliné a la ventana, mirando distraído, y vi una silueta aparecer en la veranda, detenerse un momento, bajar lentamente la escalera, atravesar la alameda de acacias hasta el arco de jazmines donde quedó inmóvil. Vestía exactamente una túnica blanca, diáfana, sobre la cual, por momentos, parecía proyectarse un rayo de luz cerúlea. Pensé, al principio, que fuera la profesora, aunque el traje me pareciera extravagante y, para convencerme, salí al jardín. La figura se mantenía en la misma posición. Avancé atrevido y, a la distancia de unos diez pasos, me sentí como envuelto en nieve, helado. Me detuve, con la mirada fija, y reconocí en el espectro...

—James.

Brandt asintió con la cabeza y lo confirmó: —James.

—¿Y después?

—El jazmín se cubrió de blancura, como bajo un misterioso resplandor lunar que solo para él brillara, pero el palor se destacaba ondulando, subía en leve soplo, tenue, desvaneciéndose. Flotó un instante sobre el arco, retrayéndose, dilatándose, ascendió suave, luego ligero como llevado por un viento fuerte; y se desvaneció... ¡Yo lo vi! —Encendió el cigarro, se sentó en el banco del piano, la mirada vaga, perdida.

—Pues, mi querido Federico, me ocurrió lo mismo. Yo nada diría si no me hubieras comunicado tu visión. Me ocurrió lo mismo, casi a la misma hora. —Y describí la aparición que me surgiera en la penumbra del corredor.

—¿Y qué dices?

—¿Yo? No sé. ¿No crees en la alucinación colectiva?

—No creo ni dudo: la vida es un misterio y yo vivo. Esa inglesa, con quien siempre simpatizaba por sentirla infeliz, es uno de esos espíritus de amor que solo viven para amar. Retraída en la virtud, se expande en bondad. Es un árbol virgen cubierto de flores, esterilizándose en perfumes. El fruto es de la tierra, el perfume es del espacio. Aparentemente es una fuerza inerte, pero... La rosa es una fragilidad,

núcleo de conchas cuya perla es el aroma... Y la rosa envenena y mata, como el amor. Miss Fanny anda arrastrada, esclavizada a James y él, ¿quién sabe? Esa aparición coincidiendo con la enfermedad de la inglesa...

—¿Y será él?

—¿Quién entonces?

—Pero, en ese caso, murió...

—¿Por qué?

—Porque solo los muertos aparecen.

—Pero el espíritu es inmortal, amigo mío. Así como el Pensamiento es su guía, la Voluntad es su Fuerza. Quien pudiera concentrarse tanto que se absorbiera en sí mismo, inmortalizaría la materia impregnándola de eternidad. Los actos que llamamos inconscientes son productos de la mens (mente) creadora, energía que no yace, como la inteligencia, subordinada a la materia, sino que la envuelve, la circunda como un sol.

Imagina el cerebro como una lámpara y la inteligencia como la mecha: la llama que la inflama es la inspiración, la mens a la que aludí, que es la esencia misma de la vida. Y esa esencia, tantas veces repudiada cuando se manifiesta inoportunamente, es lo que llamamos idea. Si nuestros ojos no estuvieran preparados exclusivamente para la visión material, veríamos el ambiente y comprenderíamos la Verdad, y todas las falsas nociones que nos confunden —empezando por ese vacío al que llamamos Tiempo— desaparecerían como espectros que el sol dispersa.

Los muertos no se manifiestan. Lo que llamamos muerto es el cadáver, un despojo. Una túnica no se sostiene erguida sino ajustada a un cuerpo. Contenida la materia en el sueño, puede el espíritu salir sin que la vida deje de sostenerlo con su dinámica.

Arriba un bote al puerto, el barquero amarra la vela, guarda los remos,

retira el timón, lo ata y salta a tierra. En la ola que se agita continúa el barco balanceándose. Si llega a romperse el cabo que lo retiene, se aleja, encalla o zozobra; pero si no se desprende del abrigo, queda hasta la vuelta del dueño que, de nuevo, le pone el aparejo y lo lanza rumbo al mar abierto.

La vida es el mar, el barco es el cuerpo, el barquero es el alma.

¿Recuerdas el Génesis? Allí está, en el segundo versículo: «El espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas». Era el Alma Absoluta, la Eterna Fecundidad, flotando generadora sobre el océano aún inmóvil de la vida universal. Jesús vivió entre pescadores —almas. ¿La tempestad del lago de Tiberíades qué es sino la representación de las tormentas de la Vida? Y Cristo, despreciando el barco, ¿no caminó sobre las aguas a la vista de los discípulos? ¿Por qué? ¿Para qué? Para mostrar que el espíritu de Dios no necesita cuerpo.

Largo tiempo callamos nuestros pensamientos. Brandt se puso frente a mí y, con los ojos fulgurantes, me susurró, como si temiera ser oído por otros: —Amigo mío, la Ciencia es una columna en espiral girando siempre. Nos parece que las volutas avanzan, elevándose hacia lo alto... pero, desgraciadamente, eso no pasa de ser una ilusión, pura ilusión, ¿no es cierto? Llegamos hasta la cornisa del Templo, de ahí para arriba es el gran vacío y las espiras perforan, perforan...

Hablamos de progreso y rodamos hacia la muerte. Nada se sabe. Si considero la música la más espiritual de las artes es porque la música es pura esencia. El ritmo es su ley, su manifestación es el sonido de la naturaleza, de la luz y del éter, simple vibración, onda etérea, nada más. La música me explica, de cierto modo, lo invisible, y yo comprendo el alma cuando ejecuto, siento a Dios cuando compongo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Todos los artistas descienden del ideal al real; el músico

asciende: parte del real hacia el ideal. La Poesía comprime el Pensamiento en palabras, la escultura es de piedra o metal, la arquitectura es argamasa, la pintura es tinta; la música es ritmo y es sonido: lo indefinido. El sonido es como el humo de los incensarios: una plegaria alada.

En los templos, primitivamente, al lado de los incensarios, resonaban las liras y las ondas, geminadas, subían en el mismo vuelo: las de aroma, en nube; las sonoras, en melodía. Un poema es lo que es: una estratificación de ideas; la estatua es una copia de la vida paralizada; el edificio, conjunto de líneas inflexibles; la pintura es la visión de un punto en el espacio a la luz de un rayo de sol. El canto es hálito, alma, y, siendo alma, es esencia.

La vida es un ritmo que se desdobra en ritmos, como la ola se multiplica en ondulaciones. Lanzando la mano al azar, tocó una nota en el piano: el sonido vibró, resonó, fue apagándose y se extinguió. Él levantó el brazo e hizo, con el dedo rígido, un gesto penetrante, murmurando:

—La espiral... La espiral...

Llegó a la ventana y, por un momento, permaneció callado, hundiendo los ojos en la oscuridad exterior. Luego, volviéndose, prosiguió:

—La aparición no me causó miedo; apenas me agitó como una verdad enunciada. Fue un relámpago que me hizo entrever el Más Allá. Pero quedémonos en la música. Dijiste hace días, hablando de Beethoven, que lo hallabas admirable, pero que no lo entendías.

—Sí. Muchas de las proclamadas bellezas de las sinfonías me pasan inadvertidas.

—Es natural. Imagínate llegado a un país teocrático e introducido enseguida en el templo donde se celebrara, con toda magnificencia, la ceremonia más solemne de la religión. Verías el interior del edificio majestuoso, espléndido en sus mármoles, oros y pedrerías; verías ídolos colosales en altares suntuosos; verías a los sacerdotes resplandecientes describiendo, en silencio, evoluciones misteriosas;

verías a las sacerdotisas vírgenes danzando al son de los sistros de bronce; oirías las súplicas de la multitud y quedarías apenas deslumbrado, pero no sentirías la emoción mística por no comprender los términos de la oración, la representación de las danzas, el valor de los atributos; el rito, en fin. A medida, sin embargo, que te fueras iniciando en los símbolos esotéricos —esto es, en la “razón íntima” del ceremonial—, tu espíritu iluminado iría captando la belleza y el significado de los gestos más sutiles y alcanzarías la verdad ideal. La música es así.

No basta oírla: es necesario entenderla, sentirla, interpretarla; tener la emoción y el conocimiento. En las sinfonías de Beethoven no hay una nota excesiva, como no hay en el árbol más frondoso una hoja inútil. La música es un lenguaje aparentemente fácil y es el más difícil de todos. Siete son las notas: unas en las líneas, como sembradas en la tierra; otras en el espacio, flotando: reptiles y aves, alfombra y nube, flor y estrella. Siete son los valores, siete las pausas, siete los accidentes, siete las claves, tres los compases. Es poco y es todo. En la pauta caben todas las voces, todos los ruidos. Las cuerdas son cinco y bastan: en ellas susurra la brisa sutil y estalla fragorosa la furia de las tormentas. Todas las armonías de la naturaleza están contenidas dentro del cerco del pentagrama.

Llegó a la ventana y se quedó mirando, absorto en el silencio. La rama del jazmín se balanceaba suavemente como si le hiciera señas, estirándose para alcanzarlo. Una mariposa revoloteaba en torno a la azucena del mechero de gas. Brandt no hacía el más mínimo gesto; estaba absorto, soñando, inmovilizado en el pensamiento como al borde de un abismo.

—¿Qué tienes, Federico? —pregunté preocupado; y él, como sorprendido, se volvió con los ojos nublados, pálido, y llevando la mano a la frente mientras se despeinaba los cabellos, murmuró vagamente:

—No sé... No sé...

Abrió el piano, se sentó y, con las manos extendidas sobre el teclado,

quedó extático. De improviso se levantó, comenzó a caminar a lo largo de la sala, cabizbajo, y repitió en voz apagada:
—No sé.

Se plantó frente a mí con la mirada fija, airada:
—¿Parezco loco, no? Si pudieras imaginar lo que siento... La música me enloquece. Wagner tenía razón: «ella es literalmente la revelación de otro mundo». ¡Y yo siento tanto, tan intensamente! La inspiración me aflora en tumulto, pero sucede que las ideas, por ser muchas, se atropellan y quedan como un enjambre alborotado que quisiera entrar, todo junto, en masa, por la estrecha abertura de la colmena. ¡Es horrible! No lo imaginas. La fecundidad en exceso es como las crecidas de los ríos, como la plenitud en las venas: subvierten, sofocan.

En ese momento un busto asomó a la ventana, apartando la rama del jazmín, y tanto yo como Brandt vibramos con el mismo espanto. Era Penalva. El estudiante, percibiendo nuestra perturbación, nos miró turbado:

—¿Fui indiscreto...?

—No, Entra. Conversamos.

Se excusó:

—Estaba a la cabecera de Miss Fanny. Venía apenas a transmitir un pedido de la enferma.

—¿Un pedido? ¿Y cómo está ella?

—Mal. Otra hemoptisis.

Brandt insistió en que entrara. Estaba lloviznando. Fue a buscarlo a la puerta. El estudiante accedió sin, no obstante, aceptar la poltrona que el músico le indicó. No, no podía demorarse. Y, con una sonrisa avergonzada:

—Ella manda pedirte un poco de música en el armonio.

Los ojos de Brandt centellearon y una palidez lívida cubrió su rostro.
—¡Pobre! —lamentó conmovido, y abrió el armonio; pasó el pañuelo

por el teclado. Arrebatadamente cerró las ventanas y la puerta para que el sonido pasara en ondas libres. Penalva fue saliendo y, en el umbral, inclinándose y apoyado en los marcos, se despidió:

—¡Buenas noches!

—¡Qué prisa, hombre!

—Ella está mal, quizá no llegue a la madrugada. Miss Barkley está allí, pero... Hasta mañana —y se lanzó a la alameda, corriendo.

El armonio se afinaba a la presión de los pedales accionados por Brandt.

—¿Y entonces? —exclamó el músico, asintiendo con la cabeza interrogativamente.

—¿Qué?

—Este pedido. ¿Qué te parece?

—Romanticismo —sonreí; e, inclinándose sobre el instrumento, enseguida un sonido suavísimo se desplegó en una frase de sugestiva melodía, y él dijo con los ojos elevados:

—La música, amigo mío, es una religión para quienes la sienten.

—¿Qué es esto? —pregunté encantado.

—El tema de la Pasión Fatal, de Tristán e Isolda. —Se interrumpió y, tomando un álbum, lo hojeó, lo abrió en el atril y anunció: —El «preludio en mi bemol menor» de Bach. Vale el Génesis, viejo mío. Escucha. Es toda una creación.

Se sentó, permaneciendo un momento recogido, la cabeza hacia atrás, los ojos fijos. Dejándose caer sobre el teclado atacó el primer acorde.

Hubo, afuera, una refriega estruendosa en el follaje, un tumulto de ramas agitadas. Las ventanas golpearon con una ráfaga impetuosa. Un relámpago fulguró erizadamente.

Pero los sonidos graves ascendían como una plegaria en la noche. A lo lejos retumbaban truenos sombríos y las frases amplias, con la originalidad de una naturaleza virgen, se desplegaban, crecían vastas,

y la impresión que producían en mi espíritu era la de un coro de voces dolientes que entonaran misteriosamente en el espacio tenebroso.

Aullidos del viento se prolongaban por la noche, de instante en instante, surcada por un golpe de luz. Súbitamente el músico se paralizó, se puso de pie, nervioso, lanzando la mirada en torno. — ¿Qué es?

La lluvia arreciaba en ráfagas sobre las hojas, en trombas contra los muros. Brandt llegó a la ventana, apartó la rama del jazmín, iba a cerrar la persiana, pero se detuvo, vacilante. De nuevo la rama suelta se metió en la estancia, oscilando, y el músico volvió al armonio.

—¿Por qué no cierras la ventana?

Movió la cabeza negativamente y, a través de la música divina, dijo como hablando en sueños:

—¡Qué importa! Fue, quizá, para adormecerse, que ella me mandó pedir que tocara.

Y, venciendo el estrépito de la lluvia torrencial, los sonidos del armonio, por momentos dolientes, llenaban la noche de una angustia humana.

CAPITULO 5

A pesar de la insistencia de Brandt para que me quedara, afronté el temporal desatado y me recogí en mis aposentos con toda la ropa empapada y los pies en charcos; hasta tarde, entre los retumbos de truenos que parecían explotar sobre el tejado, la lluvia cayó desbordada. En la oscuridad del cuarto, donde los relámpagos, insinuándose por las rendijas, encendían fulgores súbitos, era agradable el sonido perenne y arrullador del agua inundando y corriendo, al que los fuertes embates del viento aumentaban la violencia y el estremecimiento. Me dormí dulcemente, gozando del abrigo blando de mi lecho y la segura protección de mis tejas.

Por la mañana, al bajar para el baño, apenas en la escalera recibí la noticia de la muerte de Miss Fanny. Péricles, que subía en bata con la jabonera y la esponja, y los cabellos erizados, preguntó tristemente: —¿Ya lo sabes? —Y, ante mi mudez pasmada, anunció—: La inglesa... Se fue. A las cinco de la mañana.

Un nudo de angustia me apretó la garganta. No dije palabra. Nos miramos y Péricles, frunciendo la frente y sacudiendo la cabeza desolado, se recogió la bata —mostrando las piernas flacas y velludas— y se fue escaleras arriba, despacio, murmurando lamentos.

En el comedor, Basílio, ya listo con el waterproof hasta los pies, tomaba café junto a la mesa. Al verme, abrió desmesuradamente los ojos hinchados y, lanzando a la garganta el último sorbo, se adelantó, pisando blandamente con sus galochas, para susurrarme con aire de triunfo:

—¿Entonces, eh? ¿Qué dije yo? —Pero, amostazado y con el rostro arrugado, amargó—: Ahora a esperar las consecuencias. La tenemos encima, la tal Salud Pública. No tarda en llegar con sus ácidos y sus fogones infernales. ¡Va a ser una calamidad! En el tiempo de la bubónica, la bubónica de los ratones —y frotó los dedos en señal de rapiña— yo vivía en la calle San José. Murió allí un sujeto, lo dieron por apeestado... Pues, amigo mío, los de la Salud registraron la casa y, ¡no te cuento nada!, me quedé sin un par de calzoncillos para cambiar. Ahora, imagina... ¡Tengo una levita nueva que aún no estrené! Tú entonces... No es por falta de caridad, pero esas cosas en una casa como esta, llena de gente... Los hospitales no fueron hechos para los perros. Te digo: si enfermo, mándenme a mi Orden. Allí tengo todo a tiempo y a la hora, estoy a gusto y no quedo debiendo favores. Y justo qué... ¡tisis! Eso donde entra se queda, es como la chinche. Yo es porque no tengo tiempo, si no, me mudaba. ¿Vas al entierro? —No sé.

Basílio chasqueó la lengua contra el paladar:

—No vayas, hombre. La religión es otra. Yo no voy. No entro en cementerios, menos aún extranjeros. No es por nada, cuestión de principio. Aquello no es para vivos. Iré cuando me lleven; por mi propio pie no voy jamás. Ni a cementerios ni a misas.

Mientras hablaba, apoyando el pie en el borde de una silla, iba doblando el ruedo de los pantalones. Tomó el paraguas, lo sacudió y, con aire de disgusto, exclamó:

—¡Tiempo necio!

Encendió el cigarro y, levantando el cuello del waterproof, salió de puntillas, suavemente, receloso de que lo llamaran para algo.

Al volver del baño, atravesando el pasadizo, avisté a Brandt —aún en pijama— en la puerta del chalé, mirando pensativamente los árboles sobrecogidos por la lluvia, que goteaban en una tristeza de llanto humilde. Al verme, abrió los brazos lanzándolos hacia lo alto en un gran gesto de consternación. Salió al umbral y, con los ojos fruncidos y la lluvia rociándole el rostro, preguntó:

—¿Vas al entierro?

—No sé. ¿Y tú?

Retrocedió con el viento que empujaba la cortina hacia la puerta y, desde el centro de la sala, con voz más alta:

—Es difícil. Tengo hoy lección en Niterói. En fin... puede ser. ¿A qué hora será?

—Naturalmente a las cuatro.

Estuvo un momento reflexionando, retorciendo un mechón que se le encrespaba en la frente. Se decidió, al fin, resuelto:

—Voy. Debemos ir. Toma un coche, vamos juntos —y se despidió—: Hasta luego.

En el almuerzo, Miss Barkley hizo el necrológico de la difunta, describiendo su vida virtuosa desde el día en que la fuera a buscar a bordo del Danube hasta aquella triste mañana. Era de una familia de puritanos de Escocia. El padre había sido profesor en Oxford y ella, la

menor de ocho hijos que se dispersaron, creció siempre frágil y enfermiza en medio de sabios taciturnos y cuáqueros de austeridad férrea, pasando de controversias científicas a minuciosos comentarios de la Biblia, entre el coral de Lutero y las dulces canciones de los highlanders que por la noche entonaban en tono místico —recordando en cenáculo la tierra natal, los viejos y los amigos de la casa reunidos a la mesa o alrededor del fuego—, como si invocaran a las divinidades de las colinas ofreciendo, en el canto nostálgico, el sacrificio de un día más vivido en la tierra del exilio.

Se había instruido sólidamente y, a los dieciocho años, dejó la casa paterna partiendo hacia Australia como institutriz. Allí vivió tres años y de allí vino, por una necesidad de sol, al Brasil donde, en un lustro de incesante labor, logró consolidar un nombre honesto; siempre rodeada de una aureola de niños que aturdían las nostalgias de su corazón y los pensamientos de su alma con el bullicio festivo de sus juegos y la alegría límpida de sus risas. ¡Muchacha de valor! ¡De mucho valor!

Penalva, que no se apartó un minuto de la cabecera de Miss Fanny, habló de su muerte compadecido: «Juntó las manos, cerró los ojos como para dormir. Ni un temblor, ni un suspiro. Estaba muerta». El comendador sorbió un aliento y bufó con sentimiento: —¡Pobre muchacha!

El criado servía el bistec en silencio. Un doble de campanas rodó melancólico y aterciopelado en el aire neblinoso y el reloj se puso a sonar vibrante, anunciando las horas con timbre alegre. Se oyó un raspar de pies en la galería, estallidos de paraguas que se cerraban, un murmullo de voces en cuchicheo y, en la puerta de la sala, como en un día de fiesta escolar, apareció un grupo de niños rubios, vestidos de blanco, con la mirada asombrada y curiosa, todos con ramos de flores. Miss Barkley se levantó para recibirlos. La seguían criadas con delantal y cofia, muy graves, con aire compungido. Entraron con pasos apagados guiando a los niños alborotados. Un olor a flores flotó dulcemente en el aire como traído por un hálito de

vergel, y la bandada se deslizó en fila, desapareciendo en el pequeño cuarto mortuario.

El comendador confesó que estaba verdaderamente apenado por aquella «catástrofe»:

—¡Tan joven! Pobre...

Penalva preguntó si ya había ido a verla. El viejo extendió la mano delante de los ojos como rechazando una visión terrible, con el rostro en una mueca de repugnancia:

—No No me gusta ver difuntos; siempre impresionan y uno, cuando llega a cierta edad, debe evitar esos espectáculos. Si un día de lluvia como el de hoy me pone nervioso, imagina una criatura muerta. ¡No! Quiero quedarme con mi sol, con el bullicio, con la vida —y se inclinó sobre la taza de café sorbiéndolo lentamente.

Penalva se refirió a la belleza de la difunta:

—Parece de mármol, comendador; hasta las pecas se han desvanecido. ¡Está hermosa!

El viejo lo miró con los ojos desorbitados y el estudiante afirmó:

—Sí, señor: ¡hermosa! Hay mujeres así, como hechas para el sepulcro: feas en vida, se embellecen en la muerte. Hubo un caso de esos en la Escuela... —y relató—: Cierta muchacha de la vida, durante la enfermedad en el hospital, era horrenda, repulsiva; horas después de muerta, como si se le desprendiera del rostro una costra escamosa descubriendo la piel blanca y fina de los quince años, sorprendió a todos por su belleza. Se reunió gente en el anfiteatro para verla. ¡Décio le hizo un soneto, un lindo soneto!

—¡Bah! —exclamó el comendador, incrédulo.

—¡Le aseguro! —confirmó Penalva, muy serio.

—Pues, amigo mío, sea como sea, yo prefiero la vida.

Nos levantamos y, recogándose cada cual en su aposento, la casa quedó en silencio bajo la luz velada del día lúgubre, con el esparcirse de la llovizna en el aire, en un revoloteo como una nube de mosquitos sobre un lodazal vasto. El día se amorrinaba, abochornado. A

intervalos, por una rendija abierta en las nubes, el sol traslucía mortecino, enfermizo, filtrando una luz amarilla de cirio. Truenos flojos rodaban perezosamente a lo lejos y las moscas, invadiendo el interior abrigado, revoloteaban impertinentes, persiguiéndose en furia lúbrica con un zumbido monótono que hacía aún más sensible el silencio tibio y sofocante. Intenté trabajar, pero la atención se me escapaba hacia la cámara de la muerta.

Una ráfaga de aroma invadió la sala como si subiera de aquel cuarto fúnebre y enseguida se me figuró, en un difuso fondo de sueño, el cadáver de la inglesa: blanco, como me lo describiera Penalva, enmarcado en rosas y lirios blancos, con las manos juntas, rígidamente entrelazadas como en el fervor de una oración, y una sonrisa beata estampada en el rostro.

Abrí al azar el grueso volumen misterioso que me prestara James y me puse a mirar los garabatos criptográficos que lo llenaban: líneas torcidas, discos, espirales, formas de urnas, crecientes firmados con cruces aspadadas, signos mágicos, siluetas de animales como en los jeroglíficos egipcios y, hojeándolo distraídamente, llegué a la última página que una iluminación adornaba: un tallo verde del que se erguía un lirio airoso mientras otro pendía mustio y flácido, justamente como en el frontispicio. No había duda: era un símbolo que encerraba todo el misterio de aquel escrito enrevesado.

Mis ojos se prendían en las figuras extrañas y, fuera ilusión de la fatiga o verdad maravillosa, todos los caracteres comenzaron a moverse lentamente: las espirales se desenrollaban, se alargaban como serpientes entumecidas que se reanimaran con un calor suave; los discos se abombaban, crecían en globos y se elevaban de las páginas semejando irisadas burbujas de jabón; las urnas se erguían; los crecientes se iluminaban con un resplandor de luna sobre las negras cruces que se extendían desplegando sus brazos inflexibles; los varios signos giraban en un torbellino vertiginoso y los animales, creciendo y cobrando cuerpo, arqueaban el lomo, extendían las alas

con el pelo hirsuto o las plumas erizadas y los ojos centelleantes; encendiéndose en combate, huían a los márgenes o se lanzaban en un vuelo despavorido, disolviéndose como halos de humo que se desvanecen en el aire.

Me froté largamente los ojos aturridos. Volviendo entonces a la página, lo vi todo en su primitiva y natural fijeza. ¡ilusión! Me puse a caminar por la salita, rechazando los pensamientos sombríos que me perseguían en bandada. ¿Por qué había de perturbarme el espíritu aquella idea pertinaz de la muerte? Aquel cadáver que yo sentía como suspendido sobre mí —flotando, rígido y frío, blanco, entre flores—, ¿por qué había de seguirme? Yo veía claramente en torno y nada percibía, ¡nada!; sin embargo, la muerta estaba conmigo, me envolvía, me obsesionaba. En el brillo acerado de los espejos había, por momentos, oscurecimientos, brumas que los empañaban de paso, pero enseguida la claridad se reabría fulgente. No era sino el reflejo del cielo, ora sombrío, ora aclarado por el sol indeciso.

Me arrojé a la cama, postrado, siempre pensando en aquel trance de la madrugada, en aquella alma que se había partido de la tierra y del sufrimiento hacia el seno del misterio. Quería seguirla, verla resolverse en luz, integrarse en la claridad infinita, y la miraba fijo. Sintiendo, sin embargo, el sueño, intenté levantarme para llamar a Alfredo y encargarle que pidiera el coche, pero la fatiga era tal que apenas pude incorporarme, y enseguida recaí en los almohadones, durmiéndome de inmediato.

Una mano gélida me tocó la frente suavemente, apretó la mano que pendía al borde del lecho y, abriendo los ojos asustado, vi una forma brumosa, un cuerpo sutil, diáfano, ondulante como un reflejo de niebla en aguas temblorosas, salir fluyendo en resplandor silencioso. Me senté de golpe, aturrido, asombrado; pasé a la salita, temeroso; miré: desierta. Mi reloj de bronce sobre la mesa marcaba justamente las tres.

¿Habría sido un aviso? ¿Ella, pidiendo mi compañía para no ir solitaria

por aquellas calles bajo la tristeza inclemente de un cielo de invierno; ella, que había venido por el sol, buscando la luz hermosa y vital de nuestros días? ¿Sería? Llamé a Alfredo y, nervioso, apenas sentí sus pasos en el corredor, corrí a la puerta para despacharlo con el recado: —Encarga un coche por teléfono. ¡Deprisa! ¿Es siempre a las cuatro? —Sí, señor. —¿Brandt ya vino? —Creo que sí, porque el chalé está abierto. —Entonces ve. Un cupé.

Me refresqué el rostro y comencé a vestirme, siempre preocupado por la sensación que me había despertado. Frente al espejo, sin mirarme, pensaba: «¡Oh, mis nervios!». Mis pobres nervios excitados empezaban a aflojarse en una cobardía tibia. Decididamente era preciso reaccionar. Mi alma, dominada por el terror, se debilitaba inerte ante los incidentes más triviales: el vuelo de un insecto que chocaba contra el vidrio me hacía estremecer; ante el crujido de un mueble se me helaba la sangre. Di un tirón a la solapa de la levita en un arranque de fuerza enérgica y llegué a la ventana.

El sol rompía las nubes adelgazadas y el aire era fresco y suave. Grandes claros de azul aparecían y el follaje lustroso brillaba tierno como brotes de la víspera. Aún caían, a intervalos, lentas goteras. Bajé. En la sala, dos ingleses fumaban distraídos y un niño vestido de marinero, apoyado en la mesa, hojeaba un número del Graphic. Me encaminaba hacia la galería con el propósito de ir al chalé cuando Brandt entró en la sala, aún alisando las mangas arrugadas del frac. —¿Estamos en hora? —Sí.

Miss Barkley apareció, habló a los ingleses —quienes enseguida se enderezaron— y nos previno también: estaba todo listo, iban a cerrar el ataúd. Si queríamos... La acompañamos. Sobre una mesa estrecha, en medio del cuarto, yacía el ataúd negro recubierto de ramajes de plata. Mujeres se movían alrededor acomodando las flores,

atiborrándolas en los huecos; la muerta, muy blanca, parecía de cera. Las mejillas hundidas con los huesos salientes, los ojos cavados, entreabiertos como desabrochando en la lividez de las órbitas, la nariz muy afilada, los labios finos, sin color, agrietados y secos. Unos hilos de cabellos rubios iluminaban su frente lisa. Entre las manos ebúrneas morían flores y una pequeña cruz de oro reposaba sobre su pecho plano.

Cerraron el ataúd, sin lágrimas. Los ingleses lo tomaron, levantándolo como una simple carga; Brandt y yo los secundamos. Y salimos. Las mujeres llegaron hasta la galería. Pasamos entre las rosaledas lozanas y las ramas agitadas goteaban sobre el ataúd. Una de las flores se deshojó y, en el momento en que el jardinero abría de par en par el portón, en el emparrado una cigarra alborozada lanzó su alegre canto estival, contenta con el sol que salía al azul, libre como un barco engalanado que desplegara amplias velas al viento, surcando, airoso, el mar bonancible, lejos de la bruma, lejos de los bancos gélidos, lejos de los niveos peñascos, por la serenidad remansada de las aguas lisas.

La vecindad se agolpaba en las ventanas; había curiosos en las aceras. Miss Barkley esperó a que se abrochara la última correa y, cuando el féretro se movió, hizo un gesto tan simple con la mano como si se despidiera, por breves horas, de la que iba hacia la Noche sin aurora o hacia la mañana radiosa del Día que no termina. Al volver por la calle del Marqués de Abrantes cruzamos con la carreta de la Salud Pública y un carro con los desinfectadores. Sonreí recordando las palabras irritadas de Basílio. Brandt murmuró:

—El exorcismo. —Y, después de una pausa, añadió en tono misterioso —: Si los hombres pudieran hacer lo mismo con el corazón, librándolo de la nostalgia, el alma sufriría menos en su breve tránsito por la tierra. La Muerte es la Flor del árbol de la Vida: se marchita en la rama, se deshoja en la tumba, pero el polen la reproduce. El hombre que labra no se conforma, cuando ara y depura el campo, con arrancar la planta dañina: cava, desarraiga la cepa y el más tenue filamento de raíz, y

aún lanza fuego al rastrojo para que no perdure semilla nefasta. La flor aquí se va. ¡Mísera flor! Y allá van los arrasadores a destruir el germen letal que ella dejó disperso en el pequeño cuarto.

—¿Y tú crees en eso, Brandt?

—Creo, sí; creo, aunque juzgue la Muerte una ascensión, nada más. Lo que llamamos Vida es la purificación del ser. Naturaleza, eso es todo. El alma entra en la existencia como en una escala de perfeccionamiento; pasa de lo menor a lo mayor, oscilando entre el bien y el mal. En todo hombre subsiste la vaga reminiscencia de una vida anterior y existe la tendencia hacia el Más Allá: la tierra nos retiene, el cielo nos atrae. La victoria del Absoluto es la Muerte. Éramos árbol, un arranque nos hizo pájaro; en vez de raíces cautivas adquirimos el ala libre, vencedora del espacio. Hombre hoy, mañana...

—Poesía...

—La Poesía es la flor de la Verdad, amigo mío, aunque todas las ideas que se destacan de la vulgaridad —las superiores y las necias— le sean, por incompreensión o escarnio, despreciablemente atribuidas. El poeta es vidente: anuncia por símbolos lo que ha de realizarse en días venideros. La flor no tiene sabor, sino aroma: el verso es pura abstracción, alma. El fruto, con la pulpa sabrosa, viene más tarde al árbol. Analiza cualquier ley científica y hallarás en ella la esencia poética. Los primeros sabios fueron contemplativos: la palabra de la Sabiduría nació al son de las liras. Apolo guió los pasos de Minerva niña. Todo es poesía.

El cupé ralentizó la marcha en un atasco de carretas detenidas por un carretonero cargado de losas de granito, que había encajado una de las altas ruedas en un lodazal frente a los enmarañados andamios de un edificio en construcción. Estallaban látigos al vivo estruendo de gritos enfurecidos. Hubo, por fin, un alarido de azuzar, un vocerío de empuje y enseguida un estrépito de muchos vehículos arrancando en direcciones diversas. Y el pueblo refluyó hacia los lados, discutiendo. Seguimos.

En el barrio de Saúde, Brandt observó:

—Parece que dejamos las puertas de la ciudad. Repara cómo todo aquí es distinto: otro aspecto, otros tipos. El mismo lodo es negro, como hecho de polvo de carbón.

La calle, agujereada y tortuosa, relucía en una penumbra oscura. Íbamos lentamente a lo largo de los grandes tinglados, entre camiones que rodaban a trompicones con estrépito de hierros. Toneleros embadurnados, con delantales de cuero, martillaban duelas y raspaban arcos; un olor ácido, avinado, se exhalaba en un vaho de cuba. Marineros de blusa o en mangas de camisa —los brazos robustos surcados de venas túrgidas, curtidos, la piel arrugada en pliegues—, en grupos a las puertas de las tabernas, fumaban en pipa o reían a carcajadas. En vastos almacenes sombríos las sacas, en pilas entre las que se abrían estrechas callejuelas, topaban con el techo. En el fondo fuliginoso de las fundiciones había un flamear de hogueras; sonaban hierros entre el rumor retumbante de las máquinas.

Cargadores trotando, encorvados bajo el peso de los sacos, chapoteaban en el barro y desaparecían en caserones vetustos. La gente, en un afanoso ir y venir, se chocaba en los encontronazos, en el trajín o la holgazanería: mujeres andrajosas, niños harapientos husmeando en las puertas, negros gigantes de torso desnudo, retinto, reluciendo de sudor, forcejeando con las cargas con los bíceps hinchados en ampollas de fuerza.

Callejuelas subían de soslayo, se torcían en ángulo cuesta arriba, entre un caserío bajo con la cornisa desmoronada y el borde del tejado cubierto de hierba; y en lo alto, en el repecho agreste, se amontonaban como palomares viviendas míseras: chozas encogidas, tabernas, casuchas abarrotadas, despojos de ruinas en el desorden dismantelado de un derrumbe. Las largas chimeneas, como obeliscos, exhalaban espesos rollos de humo negro y, de instante en instante, venciendo el rumor, se aguzaba un grito histérico o el

retumbo de una sirena se prolongaba sombrío.

Cuando llegamos al cementerio, en silencio, ayudamos a los dos ingleses a retirar el ataúd salpicado de barro y, tomando las asas, subimos lentamente la áspera y pedregosa cuesta entre una gruesa muralla manchada de humedad y un ala flexuosa de bambúes. El sol brillaba triunfante, libre de las nubes que huían en derrota. La brisa soplaba suave.

¡Triste cementerio de exilio! Arrimado a la montaña, todo en accidentes: ora encorvado en lomos, ora abismándose en barrancos abruptos. Con los sepulcros abandonados y ennegrecidos dentro de matorrales hirsutos de hierba brava, las cruces de hierro roídas por la herrumbre y las de mármol manchadas de negrura, era desolador como la misma muerte en aquel rincón lúgubre, entre árboles retorcidos y arrugados cuyas raíces asomaban expuestas, huérfanas de la tierra arrastrada por los aguaceros.

La montaña, con una torre fina erguida en la cima, vertía su flanco estéril hacia el cementerio. Enfrente, el mar sereno, por el cual se internaba largamente un puente cargado de vagones, refulgía cuajado de barcos; y a lo lejos, ciñendo las aguas lisas, el verdor de la sierra, más azul que el cielo.

Llegamos a la capilla —desnuda, sin otro símbolo que la cruz triste, de hierro, en el vértice del frontón, entre golondrinas que revoloteaban.

En el interior, de paredes blancas, abiertas arriba en persianas, solo había, al centro, una mesa funeraria sobre la cual descansamos el ataúd.

El pastor, un hombre pálido, de barba negra y anteojos, lo esperaba, revestido con una capa blanca de amplias mangas, la estola negra en el brazo, el libro entre los dedos.

Se acercó al féretro y comenzó a leer maquinalmente en una voz que se apagaba, casi se extinguía, para crecer, de improviso, en tono

áspero, imperativo, como si intimara a la divinidad a recibir el alma que consignaba.

No era oración, más parecía transacción con el Más Allá, en la que se sentía al negociante alabar la mercancía, exaltarla, cediéndola, al fin, con las caramuzas fastidiosas de quien da por menos de lo que pretende. Cerró el libro, se puso en marcha.

Lo seguimos con el ligero féretro, llevándolo cuesta arriba hasta la barranca, junto al muro, donde la fosa abierta, de tierra pastosa y blanda, enlodada en el fondo, aguardaba custodiada por los sepultureros.

De nuevo el pastor abrió el libro, murmuró la oración extrema y, lentamente, en un silencio en que se oía el lánguido crujir de las ramas, descendimos el ataúd que se hundió pesadamente en la fosa encharcada.

La pala de tierra, pasando de mano en mano, cinco veces resonó sobre la tapa del féretro. Nos alejamos. Luego, con prisa de acabar, los sepultureros tomaron las azadas y un estruendo sordo retumbó. Los dos ingleses subieron y, en lo alto, uno de ellos, indiferente a las tumbas, extendió el brazo mostrando el paisaje, explicándoselo al compañero, y seguía con el dedo rígido las vueltas de la tierra, los rollos de humo de las chimeneas, los tejados negros, los barcos que deslizaban, la sierra lejana, las mismas nubes. El otro miraba fijo.

En las ramas, doradas por el sol, las cigarras cantaban alegres.

Brandt, frente a la capilla, desnuda y desolada como si por ella hubiera pasado la profanación de una matanza, meneó la cabeza:

—¡No! No comprendo religión sin ritual, ni ritual sin pompa. El hombre necesita ver para comprender y amar. No basta pensar en Dios, es necesario sentirlo, tenerlo ante los ojos en expresión material, como blanco al que se dirija la oración, hacia el cual se lancen las manos suplicantes y corran en torrentes las lágrimas desatadas.

—¿Y la naturaleza? ¿todo esto? ¿cielos y tierras?

—Todo esto es la creación, no es Dios. Y esta capilla es una casa desierta, un cuerpo muerto al que le falta...

—Un ídolo...

—El alma, amigo mío, el alma de las religiones que es justamente la Poesía: una expresión de la Bondad, del Amor, de la Esperanza, de la Fe... el símbolo, el símbolo, el eterno y necesario símbolo.

—Esto es desoladoramente triste, has de convenir. ¡Vamos! —Y descendimos desconsolados la precipitada cuesta sembrada de peñascos.

Frente al coche, Brandt quedó un momento vacilante; por fin dijo al cochero:

—¡Al Globo!

Y, dejándose caer en el asiento, exhausto, desahogó:

—¡Tengo hambre! ¡Tuve un día tremendo! Felizmente ahí está el sol. No imaginas lo mal que lo paso en estos días sin luz. —Y, inclinándose para mirar el cielo, exclamó, extasiado en el azul—: ¡Tarde espléndida!

El aroma y el sonido, viviendo en el aire, se insinúan más que la luz: la fronda de un árbol es obstáculo al sol, pero el aroma y el sonido atraviesan los muros fuertes de las cárceles. En el cerebro son asiduos y, visitando todos los meandros, van sugiriendo ideas, despertando reminiscencias, generando éxtasis y terrores, excitando el gozo o provocando lágrimas. Hay melodías y aromas que renuevan nostalgias; otras nos hacen divagar, lanzándonos al vuelo en plena fantasía. Un jardín en flor inspira tanto como una orquesta. Y hay sonidos ásperos como hay olores acrecidos. El aroma de la violeta es un balbuceo; el jazmín florido es un coro de bacanal. El tirso de las Ménades, hecho de leño de sándalo, debía estar entretejido de gardenias y claveles.

Cuando entré del aire puro de la noche al ambiente tibio de la casa,

enseguida me sentí envuelto en el olor acre de las fumigaciones y de los ácidos y, aturdido, mareado, seguí por la penumbra silenciosa de la sala —con el gas encendido en llama de vigilia—, atravesé el corredor y subí la escalera hasta mis aposentos con la impresión de ir caminando por la galería funeraria de un sepulcro. Era el olor anunciador de la Muerte que impregnaba toda la casa.

Mi salita, a pesar de la ventana abierta, hedía. Era el “olor” misterioso combatiendo los remanentes de la Muerte. Tremenda batalla de los tóxicos contra los infinitesimales. Cada átomo era un campo. En todas partes la lucha se encarnizaba. Desvestiéndome, con todo el gas encendido, sentía en torno mío la recia pelea. Imaginaba la exhalación de aquel cadáver expandiéndose, tomando toda la casa, invadiéndola rincón por rincón, envenenando el aire, el agua, la luz, todas las esencias de la Vida; pero, al mismo tiempo, el olor acético — que parecía espolear el olfato— me tranquilizaba con el pensamiento extravagante de que, si los principios letales, penetrando en mi aliento, llevaban la ruina a mi interior, tras ellos se precipitaban los adversarios armados. En el olor irritante que me punzaba la pituita, yo sentía sus invisibles lanzas, sus espadas vibrando estocadas y golpes, hiriendo de filo y de punta, sin dejar un solo vivo, ¡ni uno!, que bastara para devastar mi cuerpo frágil.

Me acosté. En la oscuridad, sin embargo, se recrudeció aún más la refriega y, en el estado alucinatorio en que quedé, se agravó la siniestra fantasía de mi delirio temeroso. Ante mis ojos, en torbellinos más negros que la sombra, pasaban atropelladas falanges, y un ruido como de respiración ansiosa era el estruendo de la pugna redoblada. Pruritos me hervían en el cuerpo: eran ellos, los enemigos. Por momentos el pecho me oprimía como si sobre él pesara una tapa de hierro: era el paso de las hordas encendidas. Me ardían los ojos, mis oídos retumbaban. ¡Horrenda, formidable batalla! Y así debía ser en toda la casa, en el ambiente y en las más hondas grietas, y en todos los puntos en que se agazapaban traicioneramente los invisibles esperando el momento oportuno para el asalto; allí iba el vaho, como

el hálito intensivo de la Vida, perforando y devastando la Muerte.

Me dormí en un sueño pesado, debatiéndome en el horror de una angustiosa pesadilla. La muerta se me apareció inmensa y lívida, como iluminada por una aureola de fuegos fatuos; desnuda, de pie sobre un peñasco escabroso y árido, desgarrando su cuerpo con las uñas, lanzando de sí hacia la tierra jirones de carne, salpicaduras de sangre, mechones de cabellos, los dientes, las uñas; y dondequiera que caía una de tales parcelas, enseguida, instantáneamente, la vida cesaba. Hombres, a millares, se inclinaban y caían en un silencio trágico como mies segada en campo maduro; los árboles se marchitaban; las aguas limpias de arroyos vivaces se ennegrecían en remanso; los pájaros recogían las alas y rodaban desde los aires, muertos. Por fin, en un arrebató del espectro, el cielo se ensangrentó de coágulos y enseguida las estrellas fulgentes se apagaron.

Entonces el esqueleto descarnado comenzó a moverse frenético, girando, tripudiando; se arrojó del peñasco sobre la mortaja y, pisoteándola en triunfo, danzaba y crecía desmesuradamente, llenando todo el espacio hasta que no hubo más que la osamenta avasallando cielos y tierras. Allá arriba, donde las costillas eran como inmensos arcoíris, el cráneo descomunal, con dos ojos opacos rodando en las órbitas como astros muertos —cadáveres del sol y de la luna—, oscilando y aún alumbrando en los últimos fulgores.

Desperté afligido, empapado en sudor de agonía, y, lanzándome del lecho, quedé de pie en medio del cuarto, espavorido y ansioso; y aún el olor hediondo flotaba denso, volviendo el aire áspero, como espinoso. Ya se deshacían las sombras de la noche, disolviéndose en los colores risueños de la aurora. Salí a la salita y, recibiendo en pleno rostro la ráfaga sana de la mañana, respiré a grandes sorbos, sofocadamente, como si hubiera emergido a la superficie después de una larga y asfixiante inmersión. Me incliné a la ventana, gozando la maravillosa apoteosis del amanecer. El cielo, con los varios matices del alba —desde la púrpura en franjas hasta el brocado de oro—, se

encendía en un cariz resplandeciente como si una tela inmensa de fuego viniera lentamente subiendo, superponiéndose al azul suave que se desvanecía.

Los árboles se mecían en lánguidos vaivenes, susurrando los ramos, y parecían componerse garbosamente para recibir al sol. Las hojas, a la luz suave que se esparcía en rocío de oro, se abrían con ansia avara.

De todas las frondas, entre las copas tupidas, partían aves alígeras y eran gorjeos, trinos alegres, y los vuelos se cruzaban en festival aéreo, a medida que el cielo, más claro, se calentaba con el Sol que se levantaba triunfante.

Bajé al baño y, para conjurar las impresiones fúnebres, decidí trabajar todo el día, abriendo de par en par las puertas del “sueño” que allí tenía, a mano, y refugiándome en él como entre los árboles floridos de una selva encantada.

Y me senté frente al manuscrito de James cuando el primer rayo de sol entraba, en flecha, por la ventana abierta.

CAPITULO 6

Los poetas no mienten cuando afirman que los seres sobrenaturales ansían, con vehemencia, la vida contingente de los efímeros.

La ondina, al caer la tarde, surge a la superficie del agua y se queda en el cañaveral flotante, al acecho del caminante. Si lo avista —sea un hidalgo airoso o un rudo zagal harapiento—, se exalta; le late con el pulso del deseo el pecho túrgido, se le encienden los ojos verdes, se le tiñen de rosa las mejillas blancas y, cuando lo ve cerca, saltando alígera sobre las piedras o pasando ligera entre las ramas densas, irrumpe esbelta en la vega. De pie, arqueando el busto en actitud imponente y echando hacia atrás los cabellos goteantes, se muestra toda desnuda: lo invita con voz lánguida, lo seduce con gesto lascivo y, si lo atrapa en sus manos, se abraza desesperada a él, lo ciñe

voluptuosamente contra su carne y, pegando a su boca los labios fríos, le succiona la vida en besos.

¿Será porque le faltan amantes en el límpido retiro que sabe buscarlos en la tierra? Que lo digan las muchachas aldeanas que no se arriesgan, después del toque de queda, a acercarse al río para que no las traicione el ondino que se agazapa en las hierbas de las orillas húmedas.

Las hadas, a cuyo prestigio toda la naturaleza obedece, rehúyen con fastidio el amor de los genios. Es verlas al frío claro de luna, errando volátiles en la bruma, danzando en ronda alrededor de los lagos, cantando y tañendo instrumentos sutiles. Desean los amores ardientes de la tierra y atraen, con sortilegios, a los seres mortales, buscando en ellos lo que no hallan en los silfos y en los elfos: la voluptuosidad que enerva, la voluptuosidad hermana de la Muerte, más violenta que el frío e infecundo amor de los inmortales. Siempre lo opuesto es preferido: el deseo es ave suelta y caprichosa que vuela hacia el contraste.

¡Cuántas veces, mirando desde lo alto de la torre espléndida donde todos los goces me rodeaban, envidiaba la suerte triste del pastorcito que pasaba en el valle, envuelto en el gabán raído, pisando la nieve en la áspera senda que llevaba a la granja o a la choza mísera, desmoronada y sin fuego!

Acostumbrado al prodigio, ya no me sorprendían los lances más extraordinarios de mi vida cautiva. Ver, como vi en el desvanecer de un crepúsculo, la sombra inmensa de un pájaro cuyas plumas irradiaban; verlo lanzarse de golpe contra la ojiva, inflammarla con la popa en llamas, rasparle los vitrales con las garras de oro y estremecerla estrepitosamente dejando en el espacio un rastro de fuego, fue para mí un espectáculo tan vulgar como el chorro de las gárgolas en los días de lluvia. Más me distraía y embelesaba el vuelo lento de los patos bravos que subían de los lagos en bandadas y

desaparecían tras las colinas, destacándose un instante en puntos negros sobre el fondo encendido del ocaso. ¿Qué eran las maravillas para quien vivía en ellas, si mis días y mis noches fueron siempre un continuo prodigio?

Así, la primera impresión que tuve al pasar de la cámara al salón — cuyas ventanas, abiertas de par en par, respirando aire puro y fresco, recibían el sol alegre y el perfume de los prados florecidos y daban a los ojos la delicia de contemplar el cielo azul sobre el cual se recortaban, en relieve, los montes— fue apenas de gozo. Pero enseguida, recordando la víspera de agreste invernada, noche de viento y nieve, y la lúgubre aparición que me había interceptado el paso, me estremecí. ¿Cómo se había fundido en horas la espesa nevada? ¿Cómo se había transformado en brisa acariciante el viento desatado? ¿Cómo se había rehecho el arbolado mustio que afuera agitaba la copa, toda en hojas y en flor? ¿Cómo, del invierno estéril, habían pasado en el transcurso de un sueño a la belleza y lozanía de la primavera cielos y tierra?

Miraba embelesado cuando oí pasos y enseguida sentí el aroma adorado de Maya. Me volví. Era ella. Sonreía, hermosa, con una rosa en el pecho y en la cintura, graciosamente puesto, un manojo de claveles amarillos. La interrogué sobre la transición que tan rápida se había efectuado y ella dijo serenamente:

—Si hubo prodigio, ese fue vuestro sueño de tres meses. Dormisteis cuando aún los cuervos escarbaban la nieve. Vinieron las primeras golondrinas y os encontraron durmiendo. La voz de la alondra no os despertó, ni el ruiseñor, trinando en los matorrales, logró sacaros del letargo en que caísteis. Campos y colinas reverdecían, árboles y setos se cubrían de flores, corrían ligeros, con prisa festiva, los arroyos que habíais dejado entumecidos. Enjambres de abejas invadían los aposentos, mariposas tornasoladas venían a revolotear en torno de vuestro lecho y... dormíais. Tres largos meses dormisteis.

—¿Y por qué duró tanto mi sueño?

—Porque descubristeis el rostro de la Muerte.

Estas palabras, pronunciadas en tono misterioso, me dejaron aturdido y acudió a mi memoria, sin omitir detalle, toda la escena de mi última noche: la peregrinación temerosa a través de las salas fulgentes, el espectáculo fúnebre y pavoroso del féretro, el cadáver de Arhat, la aparición a la entrada de mis aposentos. Sobrecoigido, sintiendo un frío agudo como de hierro que me atravesara el pecho, rígido, casi sin voz, pregunté por el extraño hombre.

—Os espera —dijo la doncella, fijando en mí, con tristeza, los ojos que se nublaban—. Venid conmigo y despedíos de todo lo que os rodea y de mí, que os amo, porque nunca más volveréis a ver lo que vais a dejar. Va a abrirse el capullo a la mariposa libre. Vais a conocer lo que anheláis. ¡Venid!

Y, sin más palabra, se adelantó ligera, atravesó la puerta, siguió por la galería, bajó la larga y retorcida escalera y yo tras ella. Abajo, en el patio de los ídolos, se detuvo, me extendió la mano fría y sus ojos hermosos —que aún iluminan mi alma como las estrellas muertas brillan en el fondo del cielo— parecían diluirse en lágrimas. Un momento nuestras manos unidas se apretaron. Nos mirábamos en silencio, pero un bulto apareció entre las hiedras que recubrían la ojiva de la portada de piedra y bronce y en él reconocí a Arhat, en cuya mano oscilaba, en una larga vara, un lirio de blancura incomparable.

Me estremecí. A un gesto imperativo del hombre dominador, solté las manos frías y temblorosas de Maya y seguí sumiso en dirección del prestigio. Lado a lado caminamos

El parque resplandecía bajo el pleno sol, reverdecía en todos sus meandros. El perfume ascendía en suave exhalación, impregnando el aire. Vanidosamente, narcisándose con la matizada cola abierta en fulgente abanico, los pavos reales permanecían inmóviles a la orilla del lago, donde airoso cisnes blancos, palmeando las aguas lentamente, se deslizaban serenos como si los llevara la brisa.

Los faisanes se alzaban de rama en rama con un destello de sus plumas irisadas; y aquí, allá, de cualquier parte, cruzando el vuelo, aparecían aves cuyo variado plumaje centelleaba, mariposas, abejas; todos los seres alados gozando la luz bajo el polvo vívido del sol, como en un ardiente bautismo de fecundidad.

Arhat caminaba abstraído, con la mirada en arrebató. A intervalos, aspiraba el lirio en sorbos ansiosos y prolongados. Aunque seguíamos por un sendero arenoso donde mis pasos crujían, el andar del Maestro era silencioso y, por un momento, al quedar hombro con hombro, no le sentí el cuerpo, sino un blando y agradable calor, como de un rayo de sol que me alcanzara. Sombra, solo una, frente a mí, ennegrecía la tierra; del lado de Arhat, precediéndolo, brillaba una claridad, y en torno suyo las hojas resplandecían como bajo un fulgor misterioso.

Atravesamos lentamente una recogida alameda cuyo suelo centelleaba y llegamos a la explanada donde la hierba fina se extendía en una alfombra tan aterciopelada que andar sobre ella era pura delicia. No pocas veces, entre las ramas, dos grandes ojos, húmedos y dulces, nos espiaban: algún antílope o corza. Las ramas crujían en un blando murmullo a la brisa, y un olor acre, silvestre, impregnaba el ambiente como el perfumado hálito de los árboles sanos.

No había alma viviente; solo los animales gozaban la belleza de aquella mañana fulgurante en el verdor del parque, cuyos aspectos variaban a medida que avanzábamos, dejando a uno y otro lado profundidades sombrías de bosques o vastas llanuras, lagos espejeantes o corrientes de aguas espumosas que se precipitaban sobre piedras cubiertas de hierbas, un caserío o una gruta, bosquecillos o suaves ondulaciones de colinas de tan blanda hierba bajo el matiz de las flores que en ellas, al primer golpe de vista, se sentía el trabajo, el cuidado caprichoso del hombre.

Bandadas de cervatillos brincaban sobre las cercas, atravesaban las veredas a saltos atropellándose, y se oían ruidos de alas en fuga arisca, chillidos de aves alarmadas, vuelos de insectos, susurros de hojas bajo el movimiento de los lagartos; y a lo lejos, a la sombra de un corpulento roble, reposaban ciervos rumiando y uno, al frente, con la cabeza firme y altiva, miraba hostil como si espiara nuestros pasos, pronto a embestir en defensa de la tribu de la que parecía el jefe poderoso. Pero Arhat proseguía y yo, sin ánimo de hablar, lo seguía por la senda, preocupado, si no temeroso, imaginando absurdos.

Al acercarnos a una fuente que murmuraba escondida entre mimosas plantas, húmedas del rocío continuo, él se detuvo con los ojos en tierra, quieto, con la cabeza inclinada en pensamiento. Al cabo de un instante se volvió mirándome; me hizo seña de que me sentara en una piedra, sentándose él en otra y, después de aspirar el lirio, dijo:

—Una tarde —yo entonces residía en un suburbio de Londres, era al comienzo del invierno y la noche caía temprano— estudiaba solitario cuando oí un vocerío en la calle: exclamaciones aterradas, gritos espavoridos. Me precipité a la ventana y, abriéndola, vi en el lodo negro, mezclado con borbotones de sangre, dos cuerpos convulsionando. Un carretero desaparecía en fuga desbocada perseguido por el clamor público y, como era la hora de salida de fábricas y talleres, en poco tiempo se formó una densa multitud en el lugar del desastre.

Tenía en mi compañía a un coloso tibetano que me servía con dedicación y culto. Lo llamé y, mostrándole los cadáveres, le ordené que me los trajera. No sé cómo lo hizo, pero no empleó en el ir y venir más que el tiempo de una carrera. Recogí los despojos en mi gabinete de estudio y, examinando atentamente los cuerpos, reconocí que uno era de un niño, cuya cabeza había quedado hecha una masa informe; el otro, de una niña, tenía el pecho aplastado: era una masa de carne desgarrada con astillas de huesos, sangrando a borbotones.

Valiéndome de las nociones que poseo de la Magna Ciencia, como aún encontrara vestigios —o mejor, manifestaciones de la presencia de los siete principios—, retuve la fuerza de Jiva, o principio vital, haciendo que atrajera a los restantes que circulaban, en aura, en torno de la carne; y con la urgencia que apremiaba, aproveché de los cuerpos lo que no había sido alcanzado. Tomando la cabeza de la niña y adaptándola al cuerpo del niño, restablecí la circulación, reanimé los fluidos y así, reteniendo los principios desde el Atman, que es la propia esencia divina, rehice una vida en un cuerpo de hombre, que eres tú.

Tan extraña revelación, hecha en tono sereno y con la simplicidad de una conversación natural, me conmovió de tal modo que me sentí como desvanecido y en tinieblas, pero un aroma sutil, penetrándome dulcemente, me devolvió el aliento. Reabrí los ojos: Arhat estaba a mi lado inclinando sobre mi rostro el lirio cuyo perfume me deleitaba.

—Oye —continuó—. El misterio no lo diré, está escrito: aquí lo tienes. Se inclinó y, apartando las hojas que cubrían la fuente, tomó una caja de cedro laminada en plata, la abrió y sacó un libro que me entregó.

—Yo pretendía darte el conocimiento de lo que se expone en este volumen, que es tu Biblia; precipitaste mi tránsito con la curiosidad, tuve que volver en «aura» del Más Allá para acudir al cuerpo que aún era mío y que profanaste con la mirada imprudente. Tu castigo fue benigno: tres meses en las prisiones de la Muerte; pero lo que perdiste es inestimable. A mí me beneficiaste aligerando las horas de la gran y definitiva Renuncia. Antes de que el sol toque el cenit me habré liberado de este paso de angustia, integrándome en el Atman. Siendo el cuerpo tierra, ¿qué es la vida más que una prisión en sepulcro? Abreviaste la hora de mi ascensión.

—La vida es una secuencia de actividad e inercia, un collar en el que se intercalan cuentas negras y luminosas, días y noches. Cada noche que se escurre te hace entrar en una nueva mañana. Las reencarnaciones son grandes días en los que nos purificamos;

pasamos de uno a otro por la sombra de la muerte —que es la noche — al término de la cual esplende la alborada. El día sin fin, luz en lo alto, claro y sereno, día infinito, solo amanecerá después de completarse el ciclo de las existencias materiales; cuando la pureza, por expiación, se torne igual a la de la iniciación; cuando la candidez de la ancianidad se iguale a la candidez del nacimiento.

Del sueño que duermes pasas a la mañana con la memoria, que es la conciencia del pasado; la muerte, que es un sueño más largo, borra ese vestigio de la vida, de modo que en las reencarnaciones hay vagas reminiscencias; certeza no puede haber: perduran estigmas, pero el recuerdo se desvanece.

Aspiró el lirio largamente y prosiguió:

—Está por terminar mi destierro; debo, por tanto, ser breve y tan claro como me lo permita la palabra. Tienes en este libro toda tu vida, pero el ideograma en que fue escrito solo podrá ser descifrado por alguien que haya alcanzado la perfección. Si logras descubrir una inteligencia privilegiada que interprete los símbolos, serás en el mundo como un ángel entre los hombres: señor de todas las gracias, de todo el prestigio, una voluntad soberana en espíritu maravilloso; si, sin embargo, no obtienes la llave del arcano, ¡ay de ti!

Clavó en mi rostro los ojos agudísimos y largo tiempo estuvo contemplándose. Inmóvil, solo el lirio se balanceaba en su mano en ritmo de péndulo. Tras un instante continuó:

—La misma noche en que conseguí realizar la conjunción de los dos cuerpos —que eran de la Muerte y que reintegré en la Vida, cediendo a la tierra el tributo que le correspondía, porque los despojos fueron sepultados por mi siervo fiel—, dejé la casa viniendo a habitar este antiguo castillo donde, a costa de mi propia esencia y con detrimento de mi energía, fui alimentando la vida que hoy tienes, dándote mi fluido con el mismo amoroso desinterés con que el ave maternal

incrusta las garras en el pecho y desgarró la herida a picotazos, haciendo brotar la sangre con la que nutre el nido. Eres verdaderamente el hijo de mi alma.

Sin embargo, apenas te afirmaste en la vida, me asaltó una duda incoercible sobre el alma que debía influir en tu existencia, imprimiéndole la fisonomía moral. Dos erraban en torno a los despojos de la carne, obedeciendo al prestigio del Karma, que es la fuerza de la integración; una sola, sin embargo, había de prevalecer, puesto que de las dos vidas independientes solo una podía subsistir. Desde que se manifestaron en el cuerpo rehecho los indicios de la acción de los siete principios que actúan sobre la materia, estaba evidentemente probada la existencia de un alma. ¿Cuál de ellas sería la victoriosa: la del niño o la de la niña?

Todas mis tentativas encaminadas al descubrimiento de ese misterio fracasaron. Velé noches largas, perdí días seguidos inclinado sobre tu cuna, lanzando conjeturas en vano. Mis sentidos se aguzaron inútilmente, ¿y qué podría yo obtener de la inercia psíquica de un infante? Dorka, que te acompañó desde las primeras horas, atenta — con la solicitud de sacerdotisa a la voz del oráculo —, murió en la incertidumbre, sin conseguir siquiera un indicio que le diera pie a la más leve sospecha.

Insistí poniendo a tu lado los dos sexos, buscando los ejemplares más perfectos de la belleza y la gracia, de la flexibilidad y el aplomo, de la dulzura y el garbo, de la frágil candidez que se entrega y de la fuerza altiva que domina: Siva y Maya. Viéndolos, me convencí de que el alma que te asistiera, cualquiera que fuese, traicionaría su naturaleza inclinándose al contacto. Oscilabas en un afecto efímero, en caprichos más de sensibilidad que propiamente de amor. Nunca demostraste predilección y la carne se mantuvo impasible en presencia de uno u otra, aunque la mirada, por momentos, se exaltara apenas admirando, extasiada en la belleza, con el mismo embeleso con que se absorbía en el paisaje o en los colores vivos del cielo al

amanecer y al atardecer.

En tu rostro se acentuaba, cada vez más, la belleza femenina, pero el cuerpo se robustecía en vigor masculino y el corazón permanecía siempre mudo, inerte, indiferente, a igual distancia entre los dos sexos que se emparejaban disputándote. Tal vez solo ahora se te defina el ser. Has entrado en la pubertad, que es la estación en que el alma se abre revelándose amorosa, encendiendo en la carne los fuegos de la voluptuosidad. Si en ti predomina lo femenino —que trasluce en la belleza de tu rostro, el rostro de tu hermana—, serás un monstruo; si vence el espíritu del hombre —como hace creer el vigor de tus músculos—, serás como imán de lascivia. Pero infeliz serás, como nunca hubo otro en el mundo, si las dos almas que flotaban sobre la carne revivida lograron insinuarse en ella.

El Linga-sharira, o cuerpo astral, «aura» ambiente que circula en aureola en torno de la cabeza, es el último principio que abandona el cuerpo; y tu cabeza es femenina. ¿Será el corazón viril? Desventurado de ti si los dos principios lograron penetrarte: la discordia andará contigo como la sombra acompaña al cuerpo. Amando, tendrás celos y repugnancia de ti mismo. Serás una anomalía incoherente: queriendo con el corazón y detestando con la cabeza, y viceversa. Tu mano derecha declarará la guerra a la izquierda; una de tus mejillas se encenderá de vergüenza y asco cuando la otra se inflame en el pudor que es la floración del deseo. Vivirás entre dos enemigos encarnizados.

¡Ay de ti...! Di: ¿a dónde te lleva el corazón? ¿Qué reclaman tus sentidos? ¿Dónde se detienen, con más encanto, tus ojos nublados de sueño?

Me miró interrogativamente y, como no obtuviera palabra de mi silencio aterrado, se estremeció y hubo un relámpago cerúleo.

—¡Es tarde! —suspiró por fin, y dijo con melancolía—: El lirio comienza a desvanecerse y a inclinarse. ¡Es la vida que se extingue!

—Yo carecía de un cuerpo que me sirviera de apoyo como el ave necesita de una rama para posarse; escogí la flor y la flor se marchita.

Efectivamente, el lirio se inclinaba lánguido y se doblaba en el tallo, blando, amarilleando; y Arhat, como para aprovechar los últimos instantes, precipitaba las palabras pronunciándolas con pungente intensidad:

—¡Adiós! Previne todo para que no sufrieras. Sufrimiento basta el que en ti llevas. Has de encontrar quien te guíe los primeros pasos fuera de tu paraíso. La fortuna que te lego te garantiza los goces de la vida y el servilismo de los hombres. Los verás inclinarse ante ti como un campo de trigo al viento y pasarás pisoteando los prejuicios y las convenciones, el honor, el amor, la justicia y las leyes, la fuerza y el brío, la inocencia y la miseria; y lejos de clamar contra la afrenta, los nobles, los honestos, los puros, los esposos ultrajados, las vírgenes infamadas, los jueces y los patriotas —convertidos a la infamia por tu soborno— bendecirán la ofensa y tanto más pregonarán tu virtud cuanto más los hundas en el lodazal de oro. ¡El oro vil! Haz con él lo que hace el sol con la llama: luz, claridad, calor, vida. El oro de la mina es el verdadero fuego de la región maldita. Hazlo tú sol, luz celeste, aplicándolo al bien. Sé bueno. Una moneda es la rueda que lleva tanto a la infamia como a la salvación: puesta al borde del abismo se precipita; lanzada al cielo, es un astro. Sé bueno. Ve y busca por la vasta tierra quien te dé la llave del secreto que encierra el libro místico. Ahora sígueme. Quiero dejarte donde conviene que quedes para que te encuentre tu guía.

Se adelantó, tomó la delantera y yo vi que, a medida que se alejaba, iba con él el resplandor que iluminaba el bosque, donde descendían sombras y el frío de las tardes invernales. La luz se desplazaba acompañando al hombre como si de él irradiara y, al pasar junto a una acacia florida, al vaivén de los ramos movedizos, el árbol comenzó a

esparcir la riqueza de sus corimbos; las flores, al caer sobre el Maestro, lo atravesaban en lluvia de oro y así mariposas y abejas resplandecían como el polen acre cuando entra en la zona de un rayo de sol.

No era su cuerpo un obstáculo a la visión del paisaje, pues todo se me mostraba a través de él como visto por un vitral dorado. Las ramas se iluminaban al resplandor de su pecho, sus pies eran dos fulgores que hacían brillar el suelo arenoso, sus manos refractaban rayos irisados iluminando los arbustos sobre los que flotaban. Diáfano y luminoso, al acercarse a mí me daba apenas una sensación suave de calor. Por momentos se confundía conmigo o yo entraba en él y me sentía como en pleno sol, y mi sombra desaparecía en la tierra.

El lirio se marchitaba. Arhat, taciturno, parecía flotar en el aire —sus pies juntos, inmóviles, ni rozaban el suelo— y, erguido e inflexible, con la cabeza recta y fulgurante, seguía a mi lado como un ser etéreo que se liberaba de lo que en él había de humano, dejando caer de sus ojos fijos, por la faz espléndida, gruesas lágrimas que rodaban y brillaban como diamantes antes de caer en la arena o en la hierba, donde quedaban resplandeciendo.

Llegamos a una explanada. Él hizo con el brazo rígido un gesto fulgurante indicándome un camino abrupto, por donde seguí encorvándome como ante una amenaza. A pocos pasos andados, todo me hizo estremecer al oír un largo y arrancado suspiro. Una extraña fuerza me detuvo: me volví y, maravillado y sobrecogido, vi la figura luminosa del Maestro que se elevaba en lenta ascensión y se desvanecía; poco a poco se esfumaba —apenas una translúcida vibración, como la exhalación de la tierra calcinada en las horas estivales—; flotaba, pero volatilizándose y sutilizándose, hasta que se deshizo por completo.

El lirio, solitario, quedó suspendido en el aire, oscilando levemente. Súbitamente, como ave herida, se precipitó y, al tocar tierra, se

deshizo. Instantáneamente vibraron en concierto trinos y cantos de ruiseñores, los ciervos bramaron ardientes entre las encinas sombrías y el aire se tornó aromalísimo.

En cuanto a mí, fue como si me hubieran cegado, amordazado y paralizado. Me sumí en abruptas tinieblas, sin aliento, inmóvil, sintiéndome aturdir por un rumor soturno como si me hubieran adaptado una concha a los oídos o yaciera prisionero en las galerías resonantes y tenebrosas de una catacumba. ¿Qué ocurrió? No lo sé.

Cuando recobré el sentido, atravesaba en carruaje, al trote largo, una carretera lisa y blanca entre cercas floridas y cottages abrigados en sombras de árboles. La tarde suave era toda aroma; y en el aire quieto, a intervalos, cantaba una campana. Golondrinas revoloteaban y, bajo la neblina azulada, los campos dormían. Frente a mí, inmóvil y grave, un hombre rubio de patillas ralas conservaba sobre las rodillas una caja en la cual inmediatamente reconocí el estuche del libro de mi destino. Acudieron a mí de pronto, como si estuvieran atentas en la memoria esperando mi llamado, las palabras de Arhat: «Quiero dejarte donde conviene que quedes, para que te encuentre tu guía».

Así era aquel el hombre que debía, con seguridad, introducirme en el mundo que ya se me figuraba complicado y hostil. Como en respuesta a la interrogación de mi mirada, inclinó levemente la cabeza y murmuró:

—Sullivan.

Era su nombre y enseguida, como para aliviarse de un peso incómodo, sacó del bolsillo una abultada cartera de cuero negro y me la entregó, explicando:

—Sobre el Banco de Inglaterra.

Millones; la fortuna de Arhat. Y, hasta Londres, donde llegamos con la noche, no cruzamos más palabra.

Descendimos en el Hotel de los Embajadores, donde ya nos esperaban con los más amplios aposentos, suntuosamente amueblados. Y comenzó para mí la vida real.

Comparándola, en mis silencios concentrados y nostálgicos, con la que dejaba para siempre, me pareció más extraordinaria y prodigiosa. Mis días en el solar perdido transcurrían adormecidos con la monotonía con que ruedan las aguas de un río claro, hermoso, pero siempre, invariablemente sereno, con el mismo murmullo lloroso, con las mismas flores cándidas arrastradas en la corriente, las mismas ramas verdes reflejándose en su superficie lisa; y en el torbellino en que me precipitaba, las sorpresas se sucedían minuto a minuto.

Los cuatro primeros días de mi nueva existencia fueron, a decir verdad, más llenos que los tranquilos dieciocho años vividos en el solar melancólico del valle triste. Sullivan me mostró todo: el fasto más imponente y la miseria más conmovedora y sórdida. Vi cortejos de príncipes y filas de galeotes, unos y otros entre armas. Oí coros en catedrales, vastas como ciudades, y escuché el jadeo de los barqueros que cruzan el río, el canto triste de los obreros alrededor de los talleres. Oí tintinear el oro y el hierro. Recorrí la ciudad y sus entrañas —ora a flor de tierra, pudiendo mirar el cielo; ora en subterráneos con una bóveda de tumba pesándome sobre el pecho.

Y vi, con verdadero asombro y compasión indignada, la máquina, vencedora del hombre; la máquina haciendo miseria, triturando al pobre para enriquecer al rico; la máquina que va relegando el esfuerzo, como la pólvora inutilizó la bravura. El agua, el fuego, la chispa etérea, todas las fuerzas puras se combinaban para el crimen, robando el pan al pobre, despojándolo, quitándole el hogar, lanzándolo al camino tan desnudo y desprovisto como en la hora amarga del nacimiento. Visité fábricas y talleres, y me conmoví ante los ingenios deshumanos que —así como el arado, revolviendo y

surcando la tierra, mata las hierbas humildes para que la cosecha del pan crezca sin parásitos— así van desalojando a los débiles en beneficio de los fuertes. Todo lo vi.

Salíamos de los squares opulentos y nos hundíamos en las callejuelas repugnantes donde pululaba un pueblo lúgubre, espectral, doloroso: hombres, mujeres, niños recogiendo harapos inmundos contra la desnudez macilenta, extendiendo la mano descarnada, rodeándonos, implorando, lanzando pedidos, investidos de siniestra expresión o arrastrándose, llorando. Seres horrendos que desbordaban de las tabernas lóbregas: unos escuálidos, tiritando de fiebre; otros de un morado apopléjico, tambaleando ebrios, gruñendo obscenidades o vociferando maldiciones; pequeñas impúberes, harapientas, que nos tomaban del brazo con cinismo lascivo —niñas que nunca conocieron la inocencia— mostrando los pechos esqueléticos, quebrando concupiscentemente los ojos lánguidos, mordiendo con descaro los labios lívidos. Huíamos acosados por los andrajosos y, en breve, emergíamos en el esplendor de la ciudad.

Me quedaba en el alma, de tales visiones, un sabor amargo. Y solo entonces comprendí verdaderamente lo sobrenatural. Lo «natural» debía ser la vida feliz que yo había llevado junto al Maestro, servido por todas las fuerzas maravillosas del cielo y de la tierra, atendido en todos mis deseos, consolado en mis pesares, protegido del frío, defendido del sol, fuerte y sano, viendo a mi alrededor, en el más áspero invierno, las flores brotando, los frutos madurando y escuchando, encantado, el canto dulce de los pajarillos. Lo natural había quedado allá con los encantamientos, con los prodigios realizados por la Bondad. Lo sobrenatural solo entonces se me aparecía a la sombra de los templos de Dios, a los pies aplastantes de la inflexible Justicia: era aquello —una balanza con dos platillos opuestos: en uno, pesando para elevar el otro hacia la felicidad, la miseria, lágrimas, solo lágrimas. Eso era lo sobrenatural.

En el vasto salón del hotel, al fulgor deslumbrante de las luces que se

reproducían en los espejos y centelleaban en los mármoles, entre las mesas floridas donde la vajilla relucía y los cristales chispeaban, era incesante la concurrencia: hombres, rigurosamente vestidos, con grandes rosas en el ojal; mujeres en escotes que les desnudaban descaradamente el pecho y la espalda. Una orquesta oculta ejecutaba suavemente. Sullivan, siempre impasible, era indiferente al bullicio que me aturdí y enervaba.

Afuera, de noche, el bullicio crecía en rumor continuo y estruendoso. A cada momento, en el alegre parloteo, entre risas estridentes, detonaban botellas. Era la hora abundante del deleite —el oro se fundía en gozo. Y en el square los carruajes pasaban entre filas de miserables que pedían limosna, corrían de la pureza al vicio o acechaban el momento oportuno del robo o del asalto violento, a mano armada, en la sombra.

Sullivan, apenas terminábamos la cena melancólica, me invitaba a los «divertimientos de la noche». Íbamos a los teatros, a las salas de concierto, a los circos colosales, a los cafés eróticos. Yo lo seguía arrastrado. Al primer instante todo me deslumbraba, pero la admiración se disolvía en tedio como el polvo que un viento levanta del camino y, un momento, ondula, brilla dorado al sol y enseguida recae en el suelo. El silencio me atraía. Tímido, irritado, la vergüenza me hacía retroceder, huir de la mirada insolente de los curiosos, notando el descaro vil en la insistencia maliciosa con que me miraban los hombres, la impudicia lúbrica en el éxtasis de las mujeres que fijaban los ojos en mi rostro, con escándalo.

Vi el orgiástico nocturno, el despliegue del vicio bajo todas las formas: en la libertinaje desatada en que se arrastraban mujeres y jóvenes, en la embriaguez desenfrenada, en el juego infrene y luego, en la oscuridad silenciosa, en pasos que chapoteaban, figuras tráfugas husmeando, revolviendo basuras, disputando a los perros los desechos de las copas. Regresando al hotel con el corazón lleno de tristeza, no lograba conciliar el sueño y me inclinaba al balcón

contemplando la vasta ciudad, espléndida de luces, cuya miseria había sorprendido en toda su horrendidad, y me quedaba pensando en el horror de aquel cuerpo ulcerado, resplandeciendo bajo las guirnaldas de luz como una podredumbre que se resolviera en centellas, una inmensa carroña exhalando el luminoso miasma del fuego fatuo.

¡Lo sobrenatural!

Se me iban las preocupaciones siempre que mis ojos encontraban el libro extraño. Entonces, recordando las palabras de Arhat, concentraba la atención en los símbolos, buscando arrancarles el secreto, interrogándolos con ansia desesperada. ¡Cuántas veces me dormí sobre las páginas impenetrables!

Un día decidí consultar a los más afamados sabios que se decían conocedores del conocimiento más y, durante meses, anduve por palacios y mansardas con el libro sellado, escuchando desde personalidades ilustres hasta modestos investigadores; todos me devolvían al horror en que vivo, agravándolo aún más con sus cultas palabras, que me arrebatában toda esperanza.

Sullivan, a pesar de su rudeza y de la severa apariencia de austeridad, solo se complacía en los placeres mundanos. Todas las mañanas, aunque yo no tuviera relaciones en la ciudad, me traía una voluminosa correspondencia; y yo, abriendo al azar las cartas, leía invitaciones para fiestas, quejas de miserias, propuestas lúbricas, solicitudes de manejadores de oro... Mis manos salían de aquella papelería como húmedas de lágrimas y manchadas de lodo.

Sullivan no decía palabra, pero sonreía ante las seducciones que me asediaban; yo sentía el incentivo con que me empujaba hacia las torpezas repugnantes. Un día, enojado del hombre material que se me había pegado a la vida y ardiendo más intensamente en el ansia de conocer mi destino, decidí salir por el mundo, peregrinar largamente, recorrer todas las sedes de la Antigua Ciencia donde, quizá,

encontrara al predestinado que me entregara la llave del arcano. Despedí a mi guía con un cheque sobre el Banco de Inglaterra que le aseguraba, con holgura, los medios para refocilarse en el gozo, y embarqué rumbo al Oriente.

Dos años, sin reposo de un día, anduve por montes ásperos y breñas agresivas. Recorrí, de mar a mar, la gran Asia, visitando los retiros de los contemplativos, consultando sabios y penitentes, saliendo de la selva para entrar en la dágaba. Me adentré en la antigua Tesalia agreste. Anduve por las isbas del país de la nieve; dormí en los templados oasis de la África arenosa; escuché sibilas y videntes; conversé con los místicos del Norte helado donde, al livor de los icebergs, en la frialdad de las noches blancas, revolotean espíritus diáfanos... Y solo encontré en el hombre el conocimiento superficial de la vida.

—¿Y mi alma? ¡Ay de mí!

Fue en Estocolmo donde sentí mi desventura, amando por primera vez, y ese amor... ese amor solo podía engendrarse en alma femenina. Así... es mi hermana la victoriosa en mí. Acogido cariñosamente en la intimidad de una familia noble, cuyo blasón rememora siglos, hallé en los jóvenes representantes de esa casa augusta los mejores amigos que se me han deparado. Eran gemelos y hermosos. El amor entró conmigo en el corazón virginal de la doncella; era, sin embargo, al mancebo a quien mi alma se dedicaba, al mancebo que me había hecho confidente de su amor.

Mi alma se debatía en ansiosa sofocación si no lo sentía; tanto, sin embargo, que cuando aparecía me exaltaba en furor violento, odiándolo, detestándolo y repugnándome a mí mismo, con asco, como si me sintiera mancillado. Sus confidencias me punzaban sobremanera y cada palabra de ternura con que aludía a su afecto me dolía como un dardo clavado en el corazón, y el solo nombre de su novia era un suplicio que me torturaba. ¡Pobre de mí!

—¡Oh, mi alma fuerte, mi alma viril, dónde estarás que no me defiendes!

Huía del dulce par de hermanos, huía de la ternura, del amor cándido, avergonzado como un torpe, e infeliz de aquel amor vedado. Y, encerrándome, abría con agonía el volumen, clavando los ojos en los símbolos para arrancar de ellos la Verdad, cualquiera que fuese: la solución del terrible problema de mi alma o de las almas geminadas que se combaten en la arena revuelta que es mi mísero corazón.

Partí. Desde entonces mi vivir se tornó insoportable. El sufrimiento se encargó de la interpretación de los símbolos: sé que soy un desdichado, aquel de quien dijo Arhat:

—Infeliz serás como aún no hubo otro en el mundo.

Cada flor tiene su perfume propio; una vida no puede obedecer a dos ritmos. Dos almas en lucha, sintiendo diversamente, inutilizan el instinto que es el principio de la atracción. Un monstruo, un monstruo que se devora a sí mismo, eso es lo que soy. El libro no puede decir más: es solo esto y es el horror.

Imaginen un ave que, al salir del nido, sintiera los pies enredados en ataduras de acero y, ansiosa, atraída por el azul, batiera las alas hasta morir exhausta. Así he de acabar yo en el vacío, volando cautivo, ni del cielo ni de la tierra, ni del árbol ni del éter, preso en el espacio y en la rama... El absurdo, la incongruencia, lo inconcebible: soy yo.

CAPITULO 7

La tarde decaía lánguida, saturada de aromas, entristeciéndose ya en el desvanecerse de los colores cuando, rechazando la pluma

trabajosa, me retiré de la mesa encorvado, con la boca amarga, reseca por el humo, la cabeza aturdida y vacilante, resonando en un eco vacío.

El espíritu y el cuerpo resentían el trabajo porfiado. Me recosté suavemente en el respaldo de la silla —las piernas extendidas, la cabeza caída— y así permanecí en un descanso olvidado, repasando el sueño en que, desde las primeras horas de la mañana hasta aquel crepúsculo violáceo y melancólico, había estado absorto, convirtiendo las palabras rutilantes del maravilloso original de James en los decires pálidos y pobres de una versión mezquina.

Todavía fumé un cigarro distraído, oyendo el trinar de las golondrinas que se acercaban a la casa, con los ojos fijos en el brillo tembloroso de una estrella solitaria que surgía tímida; parecía avergonzada y temerosa de ser la única en el inmenso desierto del cielo, aún caliente del sol y surcado de trazos púrpura como la arena sangrienta de un coliseo. En la vecindad jugaban niños y era dulce y voluptuoso, como el roce de sedas, el lento murmullo de las palmeras al soplo de la brisa.

Sonidos vagos llegaban indecisos, ondulando levemente en el silencio. Poco a poco crecían, ora confusos en rumor, ora distintos en melodía, claros en vibraciones airoas, acentuándose o apagándose como si oscilaran en el espacio. Irrumpieron en estruendo, resonaron abiertamente en clangor y una ráfaga sonora de metales y tambores estalló en estrépito; luego los sonidos fueron muriendo otra vez, dejando en el aire místico de la tarde y en la tranquila serenidad de aquella calle del arrabal un eco marcial, como el desfile de un ejército triunfante por la llanura apacible de una aldea pacífica. Era una banda militar que pasaba rumbo a Botafoque.

Sacudí de golpe los brazos, bostecando ampliamente y poniéndome de pie —vacilante en pasos entorpecidos—, caminé hasta la ventana, donde me incliné en contemplación extática. Las palmeras parecían

de bronce, aún brillaban con el último fulgor del sol. Las palomas se cruzaban en vuelo sereno y el olor que subía de la tierra húmeda del riego era fresco y agradable como aliento de salud.

La campanilla sonó abajo para la cena. Me sentía lento, sin ánimo de moverme, preso de aquella serenidad, acompañando con la curiosidad de un espectáculo nuevo el brotar de las estrellas y la lenta expansión de la sombra que se ennegrecía cada vez más. Pronto despertaron las voces humildes en la hierba baja: el canto nocturno de los grillos, que en el silencio marcan un ritmo como el tictac monótono del reloj de la oscuridad. Las luciérnagas se encendieron entre las ramas, llevando sus destellos errantes por los rincones oscuros. El jardinero raspaba el machete con un chirrido áspero y cantaba bajito.

De nuevo sonó la campanilla. Me lavé ligeramente, me vestí con desaliento, fastidiado, como si despertara de un sueño mal dormido, y dejando la salita impregnada de humo, bajé lentamente las escaleras, sintiendo los peldaños ceder blandos a mis pasos, maleables como de goma. Los huéspedes empezaban a acercarse al comedor ya iluminado, con la loza resplandeciendo sobre el mantel liso, entre flores frescas que daban color y perfume a la modestia de la mesa compartida.

Unas voces me atraieron a la terraza donde un grupo discutía. El tema era un telegrama y Péricles, exaltado en patriotismo, con la corbata ondeando en puntas sueltas, tronaba hipérboles evocando nuestra historia épica: batallas encarnizadas, hechos de bravura y la resistencia del campesino del Norte o el ímpetu indómito de la «gauchada» brava del Sur. Rojo, apoplético, con las venas hinchadas, arrugando el periódico en que había leído el telegrama, lo arrojó violentamente al suelo como si lanzara un guante de hierro a los pies de un infame. Se rieron del gesto y él, más encendido, comenzó a golpearse el pecho con un sonido hueco:

—Si hay guerra, dejo todo y me alisto. No, mi patriotismo no es de palabras...

—Es de chapa —replicó con burla Basílio, con los labios temblando de risa.

Péricles se atragantó, clavando los ojos fulminantes en el contador, cuyo rostro gordo se inflaba de ironía.

—Mire, amigo, durante la revuelta pasé muchas noches en las líneas del Caju con el arma en la mano. No soy de los que huyen al monte cuando sienten el olor de la pólvora. La palabrería no es conmigo. ¡Si hay guerra... marcharé!

—Déjese de tonterías —replicó el comendador, molesto. Y empinándose, con el torso echado hacia atrás, preguntó:

—¿Guerra con quién? ¿Por qué?

—¿Con quién? ¿Todavía lo pregunta?

—Sí: ¿con quién?

Péricles dio un paso al frente y, en actitud trágica, señalando con el dedo el periódico arrugado junto a la baranda, exclamó:

—Lea el telegrama. ¡Ahí está!

—¿Qué telegrama ni qué nada? Eso es intriga, política, negocios. Lo que el país necesita son brazos, brazos que trabajen la tierra aprovechando toda esa riqueza virgen que está ahí afuera. Déjese de fanfarronerías, amigo.

—¿Fanfarronerías?! —y se mordió los labios pálidos—. ¡Si usted fuera brasileño...!

El comendador fulminó al contratista con una mirada feroz, se le tensaron los brazos y se le encorvaron los dedos como en un espasmo de dolor; dando un paso al frente, rugió estallando de ira:

—No, no soy brasileño, pero amo a este país mucho más que usted, que quiere ensangrentarlo, arrasarlo y —fuera de sí, bramó—

¡entregárselo a los ingleses! —El otro retrocedió espantado—. Sí, señor... ¡a los ingleses! Aquí tengo todo lo mío: mi fortuna y mi vida; todo, ¿entiende, señor Péricles? ¡Todo! ¿Y usted? —Se detuvo en

actitud desafiante, con los ojos fijos en el rostro atónito del contratista. Se pasó la mano por la calva brillante, mantuvo la mirada firme un instante más en la cara pálida del patriota, quien respiraba con ansiedad y, con el torso inclinado, altivo y hostil, movía los labios con rabia, como si estuviera a punto de soltar un insulto definitivo.

Finalmente dijo:

—¿Sabe qué más, amigo? —Se produjo un silencio tenso en el grupo y el comendador concluyó—: Vamos a la sopa, que es mejor antes de que se enfríe.

Fue un alivio para todos. Basílio, para cerrar con una broma, ordenó: —¡A comer! —y todos entraron al comedor riendo.

Afortunadamente para el contratista, que reprimía la humillación por el ataque del comendador, apareció Brandt con Décio. Este último, siempre hablador y muy elegante en un traje de franela clara, pidió permiso a Miss Barkley desde la puerta para ofrecerle un ramo de claveles rojos de Petrópolis que llevaba en el ojal.

Con la entrada ruidosa del estudiante, una amplia sonrisa iluminó los rostros; la propia inglesa, siempre taciturna, arrugó su cara demacrada mostrando los dientes, grandes y amarillos como habas, al levantar el labio pálido.

—Aquí estoy para pedirle perdón, Miss, por mi ingrata ausencia. El fin de año se acerca peligrosamente y es necesario que le robe algunas horas al dulce amor y a la tierna amistad para consagrarlas a la sordidez de las enfermedades; al Dolor Humano, que será la garantía de mi futuro brillante. —Se sentó, abrió la servilleta y, lanzando una mirada radiante a los presentes mientras el mesero le servía la sopa con una amabilidad exagerada, dijo—: Aquí todos están bien. Esta es la casa de Higía, el templo de la salud.

Basílio murmuró:

—Un cuartel, doctor. Estamos bajo amenaza de ir al campo de batalla. Nuestro amigo Péricles va a alistarse en el ejército y nosotros, por solidaridad, iremos con él.

El comendador masticaba con fuerza el asado y el contratista,

recuperando su porte altivo, se pasó la servilleta por los labios y, tras tragar con esfuerzo el bocado que le rondaba en la boca, exclamó:

—¡Es verdad!

—¿Alistarse? ¿Usted?

—¡Claro que sí! —Y, exaltado—: Yo y todos los verdaderos patriotas. — Se puso de pie con el cubierto clavado en la mesa y, encarando al estudiante, le preguntó—: Dígame usted, que es joven, generoso y entusiasta: en caso de una guerra extranjera, ¿usted va o se queda? Décio suspiró con mansedumbre:

—Me quedo.

—¿Usted?! —Pérides replicó con firmeza—. ¡Usted no se queda!

—¿Ah, no?

—¡No se queda! ¡Marchará! Será de los primeros.

—Según el Evangelio —explicó—. Mi patriotismo no es belicoso, estimado señor Pérides. No tengo un brazo guerrero. Además, las guerras en este siglo, con los terribles armamentos que las refuerzan, son tremendamente mortíferas. Por eso, es necesario que quede un hombre en la Patria como semilla para repoblarla y escribir, en páginas eternas, la soberbia epopeya de sus antepasados. Yo seré ese hombre predestinado. Mientras mis compatriotas venzan —porque no admito la posibilidad de la derrota— yo, en el silencio del hogar, iré componiendo los versos perfectos que llevarán, por los siglos, la fama de los héroes y sus nombres. Y el día del regreso de las tropas, iré al puerto con una gran lira y, desnudo, coronado de laureles como Sófocles ante los griegos de Salamina, cruzaré la avenida al frente de los ejércitos cantando el himno de la victoria. —De pronto, sin embargo, levantándose de golpe, dijo con resentimiento—: Pero usted, que lleva el nombre del gran griego que hizo de Atenas la capital de la Belleza, no tiene derecho a pensar en guerras, amigo Pérides.

—¡Bien dicho! —tronó el comendador, concentrado en su postre.

—La guerra es la razón de los tiranos, la fuerza de los bárbaros. El hombre inteligente y las naciones superiores vencen con el juicio claro; y si usaran una espada, sería la de la Ley, que solo golpea el mal,

como el bisturí del cirujano. No hablemos de guerras. Hablemos del Amor, de la Belleza; la Belleza que es el encanto de la vida.

—¿Y si nos insultan?

—Nadie nos insulta.

—¿Ah, no? ¿Nadie nos insulta?

—¡Nadie! —afirmó el estudiante con severidad.

—¿Usted no ha leído los periódicos?

—No, amigo mío; ni los he leído ni los leo. Mi periódico es el cielo. En él leo los días y las noches, los hermosos artículos de luz y de sombra que son las nubes doradas y las estrellas brillantes. La imprenta que me interesa es el mundo. Pero hablando de Belleza: ¿cómo está el Apolo británico? ¿El hermoso James, asombro y maravilla de la ciudad?

—Se fue a la Tijuca a cazar mariposas —dijo el comendador.

—¿No ha aparecido?

—No.

—¡Qué hombre tan extraño! —Basílio sonrió con disimulo, inclinando la cabeza sobre el plato. Miss Barkley comentó:

—Creo que está por marcharse.

—¿Nos deja?

—Sí. Vuelve a Inglaterra.

—¿Por qué?

—Es un excéntrico.

El comendador aseguró:

—¡Loco! Loco es lo que está, y perdido.

—¿Loco por qué, comendador? —preguntó Décio.

—¿Por qué? Pues, ¿un hombre sensato hace las cosas que él hace? Usted lo conoce solo de vista. Pregúntele a su amigo, que vive pared de por medio con él.

Décio me miró interrogante y yo respondí:

—El comendador se equivoca. Mister James es un excelente vecino. No tengo motivo de queja.

—Pues yo lamento no poder decir lo mismo, y le aseguro que si se quedara un mes más en esta casa, el que se mudaba era yo; no tengo por qué aguantar sus desplantes. Ese hombre no duerme: se pasa la

noche entera dando golpes en el piso. ¡Dios me libre! ¡Que le vaya bien! Guapo, eso sí... pero insoportable.

—Pues yo —declaró el estudiante— daría años de mi vida por pasar un día con él. Es un tipo que me interesa, un ser extraño. Debe tener una historia original. —Y subrayó—: Comendador, una belleza como la suya en un hombre... ¡ahí hay un misterio divino! ¡Dichoso quien pueda descifrarlo!

Basílio, siempre sarcástico, ocultándose tras la servilleta, murmuró con malicia la frase del estudiante al oído del comendador, quien soltó una risita áspera. Pero Brandt, que hasta entonces se había mantenido al margen, comiendo despacio y con la mirada baja, soltó de golpe el cubierto y, erguido con ostentación, encaró al contador, cuya sonrisa se fue desvaneciendo poco a poco, hundiéndose en los pliegues de sus mejillas gruesas.

Se miraron fijamente, pero el artista dominó al adversario; lo hizo palidecer y bajar los ojos. Todos en la mesa notaron la escena, aunque muchos no entendieron el motivo por no haber escuchado el susurro malintencionado del comendador.

Al levantarnos, Brandt, taciturno y con las manos en los bolsillos, caminó directo a la terraza con aire de disgusto y, sin esperar el café, bajó al jardín y desapareció.

Décio, que me había tomado del brazo, me llevó aparte para hablarme de su amor, tema obligado en todas sus conversaciones.

Exaltó a esa mujer divina, musa y parca, inspiradora de sus versos, pero que siempre le recordaba la muerte, atándolo a su amor con la codicia inevitable con que la tumba se apodera del cadáver. Ella se entregaba a él con abandono, con la languidez pasiva de una víctima que aspira al martirio; al escándalo de una sorpresa que la expusiera a la venganza del marido y la lanzara ensangrentada y desnuda ante los ojos curiosos del mundo, al fango de los comentarios. Era una mujer singular, romántica hasta la locura.

—A veces, rechazándome dulcemente, se pone a llorar en silencio, más hermosa aún adornada por las lágrimas. Si le pregunto, responde con una voz que conmueve y excita: «¡Tengo miedo!». Una vez me describió su terror a través de un sueño: «Nos descubrieron. Lo vi entrar armado, escuché el estallido del revólver, sentí el dolor de las heridas y el calor de la sangre; agonizaba y morí. Muerta, sin embargo, leía la noticia en los periódicos, donde describían todo nuestro amor y lamentaban tu talento, arrebatado tan pronto a las letras, y mi hermosa juventud marchita de forma tan trágica. Y nos vi a ambos, lado a lado, fríos, rígidos, entre cirios, en las mesas de la morgue y, a nuestro alrededor, la multitud amontonada. Y yo aún te amaba; mi corazón, detenido y frío, aún buscaba el tuyo; mi boca reseca tenía sed de tus besos, mi cuerpo amortajado reclamaba el tuyo. ¡Un horror!». ¿Y sabes? Esa obsesión empieza a apoderarse de mí. —Y con una voz en la que se mezclaba la tristeza y la sensualidad, dijo—: Es una fatalidad, viejo. Salgo todas las noches de casa con la certeza de que voy hacia la muerte y, al estrechar a esa mujer contra mi pecho y respirar su aliento, hay momentos en que tiemblo, sintiendo un dolor punzante, como si un puñal me atravesara el corazón. Y la beso, la beso en la boca, en los ojos, en el cabello, entregándole mi alma, toda mi vida. ¡Una locura! Estoy perdido y no puedo huir, no puedo. Este amor es mi destino. ¡Es absurdo! Vamos.

Lanzó una mirada a su alrededor:

—¿Y Brandt? Eso un día va a estallar con el contador. Ese sujeto es irritantemente antipático y tiene una lengua viperina, hasta la infamia. Provoca. Es una víbora por naturaleza. Brandt tiene razón. Vamos a calmarlo. ¡Salió furioso!

El piano preludiaba suavemente y la luz, filtrándose por la ventana del chalet, doraba las ramas lustrosas del jazmín en flor. Caminamos y, al atravesar la alameda de acacias, suavemente perfumada, detuve al estudiante con la necesidad imperiosa y urgente de comunicarle mi secreto, de confiarle a un espíritu sutil esa confidencia maravillosa, el

misterio que James Marian me había encargado proteger.

—Dijiste, hablando de James, que debe haber un misterio en su vida...

—Sí, un misterio divino. Lo dije y lo repito porque lo siento.

—Y tienes razón, Décio.

El estudiante me miró fijamente, escudriñándome.

—¿Sabes algo?

—Sé que es un poeta.

—Sí, una encarnación de Apolo.

—O un loco.

—¿Cómo?

—Si no es, en verdad, un prodigio de las ciencias ocultas.

—No te entiendo, hombre. Hablas un lenguaje enigmático, pareces un iniciado anunciando milagros.

—¿Tienes algo que hacer?

—Si prometes aclarar esas palabras oscuras, te digo que aunque me encargaran pastorear las estrellas, el lobo Fenrir podría devorarlas sin que yo tratara de impedirlo; prefiero escucharte a ti. A tu palabra, incluso sacrificando mi amor, le ofrezco las horas de esta noche que promete ser estupenda. ¡Habla! —Y, girando sobre sus talones mientras respiraba el aire con deleite, exclamó con entusiasmo—: ¡Cómo huelen las magnolias! Flores de carne, pechos de virgen. ¿Lo sientes? Pero habla, dime lo que sabes.

Tomándolo del brazo y caminando despacio por la alameda de acacias, resumí en pocas palabras la historia del manuscrito de James y del libro misterioso, todavía oculto a todo entendimiento. Décio me escuchaba con una sonrisa incrédula y, al terminar mi explicación, soltó una carcajada con tantas ganas que yo no pude contener la risa.

—Te subiste a Pegaso, el caballo de los sueños. Inventaste una novela y quieres atribuírsela al misántropo. Ese truco es conocido. Anda, ve a buscar el original, hombre de fantasía, mientras preparo el ánimo del maestro —que está como el furioso Áyax— para escucharte y disfrutar.

—Te garantizo, bajo palabra, que lo que te dije es verdad. Traeré el original para convencerte.

—Pues ve, hombre; ve y no te demores. La noche está hermosa. Recibiremos la aurora al ritmo de tus frases y la diosa de mejillas rosadas no tendrá más que motivos para enorgullecerse. ¡Ve! —Y, riendo, se encaminó al chalet tarareando una canción de moda.

La casa parecía desierta. El frío de la noche había hecho que los huéspedes se retiraran. En el sótano, a través de la ventana iluminada, una sombra esbelta iba y venía; Crispín, sin duda, repasando textos. En el comedor, una lámpara de gas daba una luz escasa.

Subí a mis habitaciones y, encendiendo la luz de la sala, me puse a reunir las hojas. Tomé el misterioso volumen y estaba por salir cuando golpearon suavemente a la puerta. Creyendo que era Alfredo, que solía aparecer de noche para revisar el cuarto —pretexto con el que se ganaba algunas propinas—, dije sin volverme: —Entra.

La puerta chirrió despacio, se oyeron pasos y enseguida el silencio. Me volví entonces y me llevé una gran sorpresa al ver ante mí a James Marian. Me adelanté para hablarle con un entusiasmo sincero, pero su frío retraimiento detuvo mi impulso. Le ofrecí mi propia silla de trabajo con una atención algo torpe.

El inglés parecía de mármol: ojos fijos, sin el menor gesto en su rostro blanco e impasible; inmóvil y rígido, con la mano apoyada en el respaldo de la silla. Habló en tono pausado y las palabras morían antes de la última sílaba, como si le faltara el aliento para terminarlas.

—Vengo a pedirle mis escritos —dijo—. Debo partir y quiero llevarlos conmigo. Si los tradujo hasta el final, conocerá una vida singular: la historia trágica de un infeliz que se arrastra dolorosamente por los placeres para aturdirse; si no ha comenzado el trabajo...

—Lo tengo casi terminado; me faltan apenas dos páginas que se

refieren a su vida en Brasil, si es que, en verdad, usted es ese ser atormentado que se debate en una narrativa tan extraordinaria.

—Sí, lo soy —dijo, y, palideciendo como en un desmayo, continuó con voz difícil—: Lo que le falta es poco, casi nada, y ese poco no tiene valor. Mi vida en Brasil... aquí busqué la Naturaleza; solo me relacioné con el paisaje y con la luz. Descansé, y me llevo la nostalgia de la tierra y del cielo de este país encantador. Impresiones... aparte de la naturaleza, solo me queda una. Me la dio la infeliz que se esclavizó a mi sombra, que se dejó atrapar en un sueño... y murió de amor. Hice con ella lo que dicen que las sirenas hacen con los náufragos: mientras sienten calor, los mantienen en sus brazos; en cuanto mueren y se enfrían, los apartan de su regazo. Absorbí su sentimiento, la tuve cerca de mi alma como un sedante, viví de ese amor. Vampirismo espiritual, tal vez.

—¿Miss Fanny...?

—Ella misma. Lo demás...

—¿Y se va?

—Sí, me voy. —Bajó la mirada y su cuerpo osciló suavemente, en un vaivén; el cabello se le agitó como por una ráfaga fuerte. Se abotonó el abrigo, protegiéndose del frío.

—¿A dónde va? Disculpe mi curiosidad.

—No lo sé. Entrégueme los libros.

Hice un paquete con todo y, al entregárselo, sentí la frialdad helada de sus dedos. Quise estrecharle la mano; él, sin embargo, retraído, hizo apenas un gesto con la cabeza y, dando media vuelta, salió lentamente, tal como había entrado.

Lo acompañé hasta el descanso de la escalera, lo vi descender y desaparecer abajo. Todavía alcancé a escuchar sus pasos.

No había nada de extraordinario en aquella visita; sin embargo, me sentía asombrado, como suspendido en el vacío, sin firmeza y solo, muy solo, abandonado; como si toda la casa silenciosa se hubiera vaciado de sus habitantes y quedara entregada a espíritus errantes.

¿Qué era aquello? La piel se me erizaba con escalofríos irritantes y el cabello se me ponía de punta. Permanecí un momento inmóvil, con miedo, mirando con ansiedad y viendo pequeñas llamas sutiles que iluminaban fúnebremente y desaparecían.

Regresé a mi cuarto y me senté a fumar, mirando por la ventana abierta el cielo sereno y estrellado. «¿Qué tendría aquel hombre? ¿Qué angustiosa prisa lo empujaba a salir, como huyendo, con pasos tan rápidos y silenciosos?».

Me encogí de hombros, procurando apartar el pensamiento obstinado que me perseguía como una obsesión.

Me pareció oír crujir la puerta, abrirse lenta y suavemente. Me volví rápido. Nada, solo el silencio. A lo lejos, en la vecindad, un piano sonaba triste y las bocinas roncadas de los automóviles resonaban a la distancia.

Entonces recordé al estudiante que me esperaba. Tomé la carpeta donde había guardado mi traducción y, evocando las palabras incrédulas con que había respondido a mi relato, me dije: «Seguramente se reirá cuando le diga que James vino a buscar su original y el libro misterioso. En efecto, justo en el momento de la prueba, cuando yo los necesitaba para documentar lo que afirmaba... Pero con seguridad lo vieron pasar, salir con el paquete. No se marcharía sin despedirse de Miss Barkley...».

Y, sin preocuparme más por el incidente, bajé hacia el chalet con la carpeta en la mano.

CAPITULO 8

Décio dormitaba perezosamente, tendido en el diván, con los brazos bajo la cabeza y balanceando levemente los pies cruzados. Del incensario de bronce, colocado sobre el estante de las partituras, se elevaba un hilo lento y fino de humo aromático. Al sentir mi presencia, el estudiante abrió los ojos, estiró los brazos con fuerza y se incorporó de golpe, mirándome con una gran sonrisa:

—¿Traes el manuscrito?

—En parte. Lo mejor se lo llevó el dueño hace un momento.

—¿Quién? —exclamó con sorpresa—. ¡¿El inglés?!

—Sí.

—¿Estuvo aquí?

—Un minuto.

—Entonces por eso Miss Barkley mandó llamar a nuestro Orfeo.

—¿A Brandt?

—Está con ella. Alfredo se lo llevó justo cuando empezaba a tocar a Dukas. —Se dejó caer pesadamente en el sillón y comenzó a jugar con las borlas de un cordón. De pronto, en un arranque, poniéndose de pie, soltó una carcajada—: ¿Entonces el inglés se marchó con el libro misterioso?

—Te lo juro...

—¡Es fantástico! —exclamó riendo, mientras me estrechaba en sus brazos.

—¿No me crees? —pregunté, incómodo.

Encendió un cigarrillo y dijo:

—Realmente, ese tipo de hombre es de los que impresionan. Si yo hubiera convivido con él como tú, te aseguro que habría escrito un poema de versos extraños, celebrando su belleza, su gracia y su fuerza olímpica.

—¿Pero dudas de lo que te digo?

—Amigo mío, la verdad es la belleza. ¿Qué importa el origen? Dices que viene de esa cabeza académica, ¡está bien!, pero debes permitirme que mis elogios vayan todos a tu modesto genio. Siéntate, abre esa carpeta y cautívame.

—Te juro que aquí no hay más que el trabajo de un traductor, y uno malo; y si vengo a leerte estas hojas, que valen poco en cuanto a estilo, es porque en ellas siento el misterio. Para ti, como para todos los que las lean, no pasarán de ser pura fantasía; pero yo conocí a James en la intimidad, lo escuché, toqué la cicatriz de su cuerpo...

—¿Como Santo Tomás tocó la de Cristo?

—No te rías. ¿Qué necesidad tenía ese hombre de presentarse como un monstruo? Décio, su relato fue hecho con una sinceridad tan dolorosa que lo que me impresionó no fue el prodigio, sino el sufrimiento. La vida de James Marian, si no es un misterio, es una locura disfrazada de melancolía.

—Tal vez.

—¿Crees en la sabiduría de los mahatmas?

—¿Yo? En materia de ciencia dudo de todo. ¿Mahatmas?

—Sí, esos sabios de la India que conservan, como un fuego místico que resplandecerá en un nuevo amanecer, toda la sabiduría antigua.

—No sé nada de eso...

—Pues, amigo mío, o James es un loco o su vida es un absurdo contradictorio, la mentira encarnada en la Verdad.

—Hombre, hablas con tanta convicción... ¡Caramba! ¿Es en serio?

—Por mi honor que lo es.

Décio se levantó preocupado, caminó hasta el fondo de la sala con pasos medidos y se detuvo a contemplar la Venus de Milo, una escultura de mármol que resplandecía bajo la luz. Fijó la mirada enamorada en el cuerpo blanco y divino y dijo:

—Esto también es un misterio. Toda belleza es misteriosa. Y a propósito —en él eran frecuentes esos cambios repentinos que desconcertaban—: ¿Sabes que ando buscando con ansia una Afrodita, la diosa perfecta, hija de la espuma blanca? —Se calló con los ojos muy abiertos, extasiado, y continuó suavemente, con pausa —: Viejo, no hay nada como el agua para conservar y dar esplendor a la belleza. El baño, con un jabón fino y una gota de esencia, es un ritual. La virtud del bautismo está en lavarse. No hay mejor perfume que el del agua: el cuerpo recién lavado resplandece. —Hizo una

pausa y, despeinándose, exclamó—: Eso es lo que encanta de esa mujer diabólica: su aroma a limpieza. Porque, no sé si lo has notado, un cuerpo limpio tiene todos los perfumes, como un jardín... y el agua no huele a nada. El blanco, al no ser un color, es la unión de todos los colores; así el agua, al ser inodora, es la síntesis de todos los aromas. —Aspiró con deleite y, con las manos juntas en señal de adoración, alabó a la Venus marina—: ¡Divina entre las divinas!

Luego, sin embargo, olvidando a la diosa, corrió a la puerta, salió al jardín y, bajo la sombra de los jazmines en flor, murmuró impaciente: —¿Y por qué no viene Brandt? —Pero casi al mismo instante exclamó, agitando los brazos—: ¡Ahí viene! —Entonces, impostando la voz, gritó—: ¡Deprisa! Te esperamos en el umbral del misterio. Apura el paso, hombre de las musas.

Y el artista respondió con voz alegre y tranquila: —¡Allá voy!

El estudiante avanzó con pasos ligeros al encuentro de su amigo y, tomándolo del brazo, le preguntó:

—¿Qué demonios quería de ti la inglesa? —Y retrocediendo de golpe, con gesto severo y voz ronca, añadió—: ¿Sabes que empiezo a desconfiar de esas intimidaciones nocturnas? ¿Habrá usado el caballero algún sortilegio para ablandar el corazón rígido del monstruo? Brandt sonrió.

—Miss Barkley es siempre la misma Minerva, virtuosa y prudente, amiga de la paz y del orden. Me llamó para aconsejarme; para pedirme un poco más de paciencia con el contador.

—Hombre, es cierto... ¡Hoy estuviste imponente! Tus ojos parecían el Olimpo de Zeus lanzando rayos. ¿Y entonces? ¿Van a echar al sinvergüenza?

—No lo sé... Es impertinente, perverso; me irrita. Solo de oírlo se me ponen los nervios de punta. No habla: rechina, raspa. No es rabia lo que siento, es frenesí. Tengo miedo de mí mismo.

—¿Quieres mi consejo? Rompele la cara.

Brandt se dejó caer en el diván, entrelazó los dedos y, mirándome con una sonrisa, preguntó:

—¿Es cierto entonces que posees el secreto de la vida de James?

—Sí, es cierto.

—¿Maravillas, eh? ¿Un poema para que Debussy le ponga música?

—Tal vez. —Indolente, extendió el brazo, tomó la pipa de la repisa, la llenó de tabaco y dijo con lástima—: Confieso que ese hombre me deja cierta nostalgia; se fue sin decir una palabra, como una sombra muda. Solo ahora Miss Barkley supo de su partida.

—¿Partida?

—Sí, en el Avon, anteayer.

De golpe me puse de pie, rígido, como electrizado, sintiendo un tirón en todos los nervios. La voz me salió silbante, áspera, articulando las palabras con dificultad:

—¡Se fue! ¿Cómo? No es posible.

—Fue, al menos, lo que le escuché a Smith, que está con Miss Barkley cerrando las cuentas de James. —Décio comenzó a silbar bajito, paseando la mirada por la sala y, al notar mi perturbación, quizá para no incomodarme, caminó directo a la ventana y allí se quedó jugando con una rama del jazmín.

—¡No! ¡No es posible! —insistí—. Es una broma.

—¿Broma? Repito lo que oí —respondió Brandt, imperturbable.

—Te digo, te aseguro que no es posible. James estuvo conmigo hace cosa de un cuarto de hora, allá arriba. Vino a buscar el volumen que me prestó y los originales que traduje. Le hablé, lo acompañé hasta la escalera...

—¿Tú...?

—Sí, yo.

Nos miramos en silencio. Brandt, con su mirada viva, penetrante y clara, me observaba fijamente y yo, avergonzado ante el estudiante, que permanecía discretamente en la ventana, me sentía envuelto en un calor extraño, como si todo mi cuerpo se incendiara lentamente. La sangre me golpeaba las arterias con latidos frenéticos; mis ojos

eran brasas. De pronto, un violento temblor me sacudió, una sombra fuerte e instantánea oscureció la habitación —o fue mi vista que se nubló por el vértigo— y, cuando volvió la claridad, yo estaba junto al piano, frío, estremecido por los espasmos, y los dos jóvenes a mi lado parecían cuidarme, atentos y afectuosos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Décio, tomándome el pulso. Mi respuesta fue un grito frenético, insistiendo en lo mismo:

—¡No es posible! James estuvo conmigo hace poco, me habló, me pidió el libro, los originales... ¡No es posible! —Por un momento Brandt guardó silencio, con la mirada baja, mordiéndose el bigote. Por fin, como con temor, dijo con voz serena:

—Si quieres convencerte... Smith aún debe estar con Miss Barkley. Vamos para allá.

Me lancé resueltamente al jardín, seguido por los dos jóvenes. Iba como volando, sin sentir la tierra que pisaba. El aire de la noche era helado y yo tenía la sensación de ir atravesando finas brumas. A veces, en un zumbido de vértigo, la cabeza me resonaba y parecía crecer, dilatarse o encogerse con una presión agobiante, amenazando con estallar; todo era confuso en mi interior: las ideas se revolvían en un torbellino como hojas secas en medio de una tormenta. Subí corriendo los peldaños de la escalera.

Miss Barkley conversaba en la terraza con Smith. Al vernos, se callaron. Brandt, más calmado y forzando una risa, pidió disculpas por interrumpir la charla para «terminar con una discusión» y le preguntó al inglés:

—¿No es cierto que James partió en el Avon?

—Sí, señor: se fue. Yo mismo lo dejé a bordo.

Como impulsado por una fuerza bruta, me lancé contra el inglés:

—¡No es posible!

Ese desmentido tan inesperado y violento lo hizo volverse de golpe, mirándome ceñudo, y Miss Barkley, extrañada sin duda por mi respuesta grosera, intervino confirmando las palabras de su

compatriota:

—Pues sí, se fue en el Avon. ¿No vio su nombre en la lista de pasajeros?

Me quedé aturdido y Brandt, para justificar mi desconcierto, le explicó a Smith:

—Él asegura que James Marian estuvo, hace muy poco, en sus habitaciones.

—¡Oh! —exclamó el inglés, balanceándose en la silla—. James tiene sus excentricidades, ¡oh!, pero aparecer aquí cuando está a muchas millas en el mar, eso... —Miss Barkley sonreía, dándole la razón.

—¿Y su equipaje? —pregunté.

—Estaba en mi casa, en la Tijuca. Lo poco que tenía aquí se lo llevó su criado hace días. Los muebles que compró tengo orden de venderlos. El resto es de la casa. —Y risueño, golpeándose los muslos flacos, añadió—: ¿Entonces usted lo vio?

—Como lo estoy viendo a usted. Y es más: le hablé, le entregué un libro que me había prestado y los originales de una novela.

—¿Un libro de garabatos y dibujos? Lo vi. Siempre andaba con él. En Java se lo robaron y ofreció mil libras a quien se lo devolviera. Se lo llevaron al hotel. —Y Smith, como si tan breve relato lo hubiera fatigado, se dejó resbalar suavemente en la silla de mimbre, estiró las piernas y, con la cabeza caída y las manos entrelazadas sobre el vientre, concluyó—: Pues es cierto... A esta hora debe de andar por los cielos de Bahía. —Se incorporó y, volviéndose hacia Miss Barkley, retomó el hilo de la conversación.

Entonces Brandt se despidió:

—¡Gracias! Buenas noches. —Bajaron los dos. Yo permanecí allí, como paralizado.

—¿No vienes? —preguntó desde el jardín el estudiante.

Hice un gesto vago y me demoré un poco más mirando. Por fin, lentamente, débil y sin fuerzas, en un sopor de cansancio extremo, caminé hacia la escalera y, casi sin darme cuenta, subí.

Arriba, exhausto, respiré profundamente, sintiendo una opresión asfixiante. El piso se me escapaba bajo los pies, las paredes oscilaban, el techo parecía curvarse y la claridad, de una palidez mortuoria, lejos de iluminar era opaca, dándome la impresión de un muro amarillo que me encerraba: era una luz que me emparedaba, un resplandor fúnebre de sepulcro. ¡Horrible!

Tanteando, llegué instintivamente a la puerta de mi habitación. Al tocar la manija, fue como accionar un interruptor eléctrico: la luz se aclaró y brilló con nitidez. ¡Vi! Pero mis oídos eran como cavernas profundas que retumbaban; un estruendo tempestuoso me golpeaba el cráneo y, en borbotones, en un murmullo ardiente como oleadas rompiendo en una playa escarpada, los ruidos me zumbaban.

Me arrojé al diván, apretando con las manos heladas mi cabeza aturdida. La sentía crecer, hincharse, inflarse como un globo y, de todos los rincones de la sala, en una cascada irónica, estallaban risitas de burla: era una mofa general, el escarnio de las cosas en un alboroto que me crispaba los nervios y me provocaba un miedo enorme, indescriptible.

¡Oh, el miedo!... Venía como una inundación. Lo sentía llegar, subir, palpable como las aguas oscuras y espesas de una crecida. Un hormigueo de entumecimiento me recorría los pies, que se enfriaban endureciéndose como piedra. El miedo me alcanzó las rodillas, pesado, rígido, como de hierro; me rodeó con anillos de presión, oprimiéndome el vientre, trabándome el pecho, y el corazón comenzó a latir sofocado, angustiadísimo, como si forzara las rejas de una prisión para escapar. La garganta se me cerró, la mandíbula se me trabó y mi respiración, a sorbos, era la de un agonizante: áspera y rasposa.

Me tendí de lleno en el diván, cerré los ojos y una visión fantasmagórica brilló en la oscuridad: títeres de fuego danzando,

formas serpentinas trazando relámpagos, un confuso y extraño juego de luces y sombras, chispas y lenguas de fuego mezcladas con cuerpos oscuros de formas imprecisas; a veces curvas, otras largas, ya esféricas o en espiral.

Abrí los ojos, asombrado, y de golpe me apoyé en el respaldo del diván, esforzándome por levantarme; pero mi energía se desvaneció en una debilidad blanda, fofa, como si me apoyara en montones de algodón. Afuera, tan cerca, la vida seguía su curso. Oía voces, el rumor de los autos, sonidos de piano; a veces, con la brisa nocturna, el dulce murmullo de las palmeras suspiraba como un aliento de amor. Y yo sufría.

Como si fueran apagando luces dentro de mí, una a una, sentía avanzar la sombra, fría y trágica. Mi cerebro se oscurecía como una ciudad al amanecer. Largas avenidas quedaban en penumbra, nubladas, desiertas. Yo iba a terminar, era mi último día, mi hora final, y moría desamparado, solo, sin poder siquiera pedir auxilio porque me faltaba la voz.

Mis ojos, irresistiblemente atraídos, se volvieron hacia la puerta, la puerta por donde había entrado y salido James, el hombre espectro; y mirándola fijamente vi que toda la pared se disolvía sobre un fondo estrellado, que era el cielo, y abajo se extendía la borda de un barco junto a la cual, inmóvil, con los ojos fijos en mi rostro, estaba James Marian, bello y pálido, envuelto en un misterioso halo de luna.

A pesar del aturdimiento, aún pensaba, razonaba y sentía que era víctima de una alucinación, aunque la visión fuera perfecta, nítida, como si realmente fuera real. Pero no, era mi sala, e insistiendo en la mirada, poco a poco la imagen se fue desvaneciendo, diluyéndose; la pared reapareció cubriendo el cielo y la figura del joven y, donde él estaba, se recortó la puerta entreabierta. Solo entonces me descubrí sentado, con el sudor corriéndome por la frente. Ardía en un intenso calor de fiebre, pero los dientes comenzaron a castañetear con

fuerza.

Claridad y sombra, como en una tormenta cruzada por relámpagos; resonaron voces, rumores confusos, volvió el vértigo y todo a mi alrededor comenzó a girar. Tuve la sensación de ir por los aires con la casa, desbocado, arrastrado por la fuerza de un ciclón.

Extendí las manos como buscando amparo y me levanté atónito; di algunos pasos sin equilibrio, choqué contra la mesa y, al ver mi imagen en el espejo, se me erizó el cabello de espanto. Me lancé en un intento de fuga, pero mis movimientos eran bloqueados por una fuerza superior. Cuando creía haber avanzado, me encontraba en el mismo lugar, luchando y debatiéndome inútilmente.

Lloré. Las lágrimas me corrían por las mejillas, gruesas y silenciosas. Las palabras se formaban en mi cerebro, llegaban a mi boca y retrocedían sin que pudiera decirlas; el grito mismo golpeaba y regresaba como una pelota que rebota en una pared. ¡Era horrible! Estaba poseído, víctima de aquel demonio que me filtraba sus hechizos en el alma.

Era un demonio, un verdadero demonio. ¡Oh, bien lo sentía! Lo había tenido allí; momentos antes lo había visto, le había hablado, le había entregado cosas... y sin embargo él iba lejos, por mares remotos, imposibilitado de comunicarse físicamente conmigo. ¿Cómo lo había hecho?

Unos sonidos vibraron dulcemente en el silencio bendito, entraron por la ventana abierta como una visita tierna a mi alma y, por su poder melodioso, fueron apagando y acallando los ruidos aterradores que me aturdían: reconocí la Marcha Nupcial de Mendelssohn. Era Brandt quien tocaba; era él, el artista admirable que me defendía con su arte, exorcizando al espíritu que me acosaba. Y por un momento —¡un suave y consolador momento!— me quedé en reposo, oyendo y pensando, en la soledad de aquel lugar embrujado, tan cerca de la vida y tan cerca de la muerte.

Me concentré en la música como en un refugio. Los sonidos me envolvieron, formaron a mi alrededor un verdadero círculo mágico y, mientras duró la melodía, el miedo, aunque lo sentía rondándome, no se acercó. Estaba como un prisionero al que le hubieran soltado la cadena: sentía el hierro, pero no sufría su peso ni la presión dolorosa. Súbitamente, sin embargo, el silencio cayó más denso y pronto regresaron las visiones y las alucinaciones. La duda terrible volvió a mi espíritu para torturarlo. ¿Era posible que un hombre que iba tan lejos se manifestara, en cuerpo real, ante mis sentidos? ¿Era posible?

Me levanté de golpe y, desorientado, busqué en la mesa con mano nerviosa el libro misterioso y los originales de la novela; pero solo hallé páginas garabateadas, notas rápidas, cartas y recibos. Sin embargo, esa misma mañana había consultado el libro y, durante todo el día, como si adivinara el imprevisto desenlace, había trabajado sin pausa en la traducción.

Me detuve cansado, desalentado. Mi pensamiento se nublaba, las ideas se mezclaban; recuerdos del pasado y de la infancia aparecían junto a incidentes del día. Las imágenes flotaban surgiendo del fondo de la memoria en medio del violento caos de mi mente turbada; mis ojos, abiertos y desvariados, no veían la realidad, sino extrañas quimeras: trazos rayando el espacio, discos, luces que me deslumbraban o me hundían en la oscuridad.

El calor me quemaba, oleadas de fuego me envolvían y luego, de repente, el frío me helaba, me paralizaba y me endurecía como si me encerraran en una prisión de hielo. Tengo un vago recuerdo de una lucha, de figuras agitándose a mi alrededor...

Cuando volví en sí, lo que me impresionó de inmediato fue la habitación blanca en la que me encontraba, casi tan vacía como la celda de un monje. Un hombre seguía atentamente mis movimientos, vestido todo de blanco, con delantal y gorro. Atento, acudía rápido

ante mi menor gesto, se sentaba junto a mi cama de hierro y, de noche, lo sentía cerca, vigilante. A veces, al abrir los ojos en la penumbra triste, lo veía inmóvil, mirándome como un fantasma.

A menudo, en el silencio nocturno, una voz gemía de forma desgarradora: resonaban gritos y lamentos. Yo me estremecía aterrorizado, me sentaba en la cama y enseguida el hombre aparecía para tranquilizarme; conversaba conmigo o se quedaba fumando en silencio, observándome.

Una noche, muy tarde, se escuchó en toda la casa un alarido de agonía. Salté de la cama y me puse a escuchar.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hospital es este? —le pregunté al vigilante que acudió. Él gesticuló confundido, sin hallar una respuesta rápida; solo dijo:

—Usted ya está bien. El director va a darle el alta.

El alarido cesó y el silencio se volvió más denso y lúgubre.

A la mañana siguiente, temprano, al asomarme a la ventana enrejada de mi cuarto, vi a lo lejos la ciudad luminosa, el mar azul y, abajo, en el fondo del jardín, a hombres de campo regando los sembrados y a enfermos paseando lentamente por los senderos bajo el sol. Pero, a cada instante, llegaban gritos como de mazmorras, voces angustiadas de gente encerrada.

¡Era un manicomio, un hospital de locos! ¿Y por qué estaba yo allí, observado por un médico, vigilado por un enfermero y seguido a todas partes? No tenía libertad de movimiento; enseguida me rodeaban, como a una fiera peligrosa, si me desviaba del paseo habitual o tomaba el camino en pendiente que llevaba hacia la cantera que, de vez en cuando, tronaba con estruendo, sacudiendo la casa como un terremoto. ¿Por qué?

Una mañana Décio vino a verme. No era el alegre y locuaz compañero de siempre, sino un joven comedido y discreto, de dulzura serena,

hablándome con palabras ponderadas, sin el ímpetu atolondrado de su genio jovial.

Parecía sondear mi alma antes de entrar en ella con su alegría ruidosa y chispeante, temiendo quizá despertar lo que dormía o tocar en fragilidades.

Fue él el único amigo que vi en aquel aposento triste, él solo, nadie más; y fue con él y con mi corresponsal que, en una radiante mañana de domingo, al repique festivo de las campanas, dejé mi celda de recluso y aquel hombre de blanco que, a veces, parecía salir de las paredes encaladas como un espectro pálido, caminando hacia mí sin rumor de pasos, la mirada dura y fija, las manos extendidas, trágico.

El corresponsal, mostrándome una carta de mi madre en la que la desdichada pedía que me enviaran a la hacienda acompañado de una persona de confianza, se puso a mi disposición declarando que podíamos, si yo quería, partir en el tren nocturno. Acepté. Al tomar el coche que nos esperaba en la puerta, lanzando una última mirada al portón imponente de la casa en que había vivido, inconsciente del eclipse de mi alma, pregunté a Décio:

—¿Entonces estuve loco...?

—¿Loco? ¡Qué locura, hombre! —Me miró risueño y, mientras el coche arrancaba, me estrechó con fuerza en sus brazos y me dijo con su alegría viva y todo el calor de su juventud feliz:— Neurastenia, viejo. ¡Nuestra neurastenia! ¿Quieres saber? Todos nosotros, sin excepción, si fuéramos sorprendidos en ciertos momentos, en esos «estados del alma», habríamos de pasar algunas horas en casas como esa. No pienses que es solo para los locos, es también refugio para los que son atrapados por la tormenta pasajera de los grandes sueños.

—Y quién no tiene su pequeña teja suelta —sentenció el corresponsal.

—¿Y mi ráfaga de locura fue... James Marian?

—Sí, el hermoso inglés...

—¿Entonces fue un sueño?

—La existencia del hombre, no; está claro. El caso del libro, la aparición aquella tarde... ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo; cuando vino a reclamar el libro de su destino y los originales de lo que él presentaba como la historia de su propia vida. Lo recuerdo. Me dijeron que tal visita era imposible porque él se encontraba...

—A muchas leguas en el mar.

—Pues te aseguro, te juro... —el corresponsal carraspeó, gesticulando hacia Décio. Lo tranquilicé asegurándole mi perfecto juicio y continué hacia el estudiante:— Si fue por eso que me encerraron en aquella casa, querido Décio, te digo que los alienistas... —Pero el estudiante me interrumpió estrepitosamente:

—Dejemos el pasado. Fue una crisis, un salto en el azul. ¡Ah, amigo mío, el azul es para contemplarse de lejos, así! —y, inclinándose, lanzó el brazo en un gesto amplio mostrando el cielo limpio, luminoso, resplandeciente al sol.

—Día para un picnic —recordó el corresponsal.

—¡Con mujeres! —añadió el estudiante.

Y el coche rodaba.

Yo volvía a la vida como un convaleciente que sale, por primera vez, al sol, sintiendo y gozando todo el encanto de la naturaleza, participando de la felicidad general, viendo la sonrisa y la tristeza, pasando entre la fortuna y la miseria, los dos lados de la avenida de la Vida. Pero la duda, ¡Dios mío!, la duda, que ha de ser mi eterna compañera, la duda torturante, o mejor: la Certeza, que nunca probaré a quienes me arrojaron entre locos, de la verdad del incidente de aquella tarde, la certeza horrible de la visita de James Marian, de su presencia en mi aposento, de su pedido, de la entrega de los libros y de los originales, de su partida, del rumor de sus pasos en la escalera... todo, ¡todo! Esa Certeza, ¡Dios mío!... ¿Locura?

No, estoy perfectamente sereno, rememoro todos los hechos sin omitir un detalle, recuerdo episodios insignificantes... Pues si todo lo relato y todo es verdad, ¿por qué justamente ha de ser Locura aquello que más profundamente me impresionó y de lo que me acuerdo con más exactitud?

Y ahora, cuantos me vean dirán que soy loco. Aquellos días de encierro me inutilizaron para siempre... y estoy seguro de que la Verdad está conmigo: ¡Yo lo vi!

¿Pero quién dará crédito a mi palabra? ¿Quién?

Tal vez los siglos confirmen lo que digo. ¡Los siglos!...

Cuando brille el día de la Verdad, ¿quién recordará a un triste que pasó?

Ya tengo mi estigma, como un galeote: estuve en una casa de locos.

Tantos inocentes han sido condenados injustamente... Cuántos, como yo, habrán sufrido por la verdad. ¡Cuántos!

